

 **PARKER**
es el regalo
y está en...

Jaque

Revista Semanario

pen SERVICE
la casa de las lapiceras
galería del notariado.

Montevideo, 20 al 27 de Enero de 1984 Año 1 N°7 N\$ 25

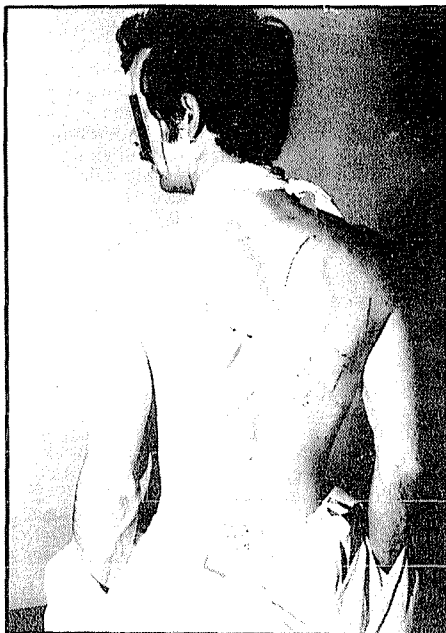
Edición de emergencia Bajo protesta



Reportajes: Helder Camara,
Cr. Enrique Iglesias, Timerman,
Roa Bastos y "China" Zorrilla.

Los niños del exilio

Notas de Octavio Paz, Cela,
G. Márquez, Cortázar y Onetti.



La tortura en Chile

Lucía Morales, como demasiados chilenos, fue torturada. Además, por si fuera poco, su hija fue torturada en su presencia. Y su hermano asesinado.

Su voz apenas crispada, su gesto casi imperturbable nos hablan de dolorosísimas fronteras traspasadas, de experiencias inconcebiblemente extremas.

Cuando Lucía Morales afirma e interroga "Me angustia el sólo pensar quién estará pasando por esto, quién, quiénes, cuántos más, cuántos más, cuántos más" la indiferencia se revela como lo que es: una culpa. Una terrible forma de la complicidad...

Foto exclusiva LIT

Decreto sin justificación

Es claro para todos que la comprensión del decreto del Poder Ejecutivo del pasado miércoles va más allá del simple análisis jurídico del mismo. Máxime cuando el preciosismo jurídico no ha sido una de las preocupaciones del actual gobierno, repitiéndose las normas muchas veces contradictorias entre sí, herméticas, difíciles de interpretar y con un campo muy amplio para el intérprete. Factor este de sumo riesgo para los derechos individuales cuando de aplicar el decreto se trata. Y más riesgoso aún cuando son normas restrictivas o limitativas, tan abundantes últimamente.

Pero vamos, igual, al Decreto, a lo que creemos son las contradicciones que encierra.

Buscando legitimidad

Salta a la vista el deseo de justificar las acciones de la actual administración con normas provenientes del período anterior a 1973. La Constitución del '67, el Código Penal e incluso la vieja ley de 1936 sobre extranjeros indeseables. El resultado de esta extrapolación de un ordenamiento a otro es muchas veces, por lo menos, sorprendente.

Así, normas creadas para proteger un derecho individual, terminan justificando su suspensión sin plazo. E institutos jurídicos, pensados como piezas de un mecanismo democrático, estructurado, balanceado y contrapesado con otras piezas del andamiaje representativo, terminan siendo citados para una estructura que de democrática no tiene nada.

Sería más lógico, quizás, que el gobierno justificara sus actos con el ordenamiento jurídico que se ha dado a sí mismo, sin tener que recurrir a normas instituidas para un país de libertad.

Y esto resulta particularmente patético con la Constitución del '67. Es triste ver que no se interprete correctamente nuestro máximo cuerpo jurídico, garante, sí, de las libertades individuales y de nuestra estructura de nación independiente y soberana. Haciéndola perderse en las profundidades del océano de normas que hoy limitan la libertad del hombre uruguayo.

Curiosa contradicción esta que causa el fervor democrático de nuestro pueblo, pues hasta las disposiciones creadas para limitar ese fervor deben buscar su legitimidad en un ordenamiento democrático.

El decreto

El primero de los Considerandos expresa que "la incitación al paro general de actividades constituye un hecho ilícito penal", indicando las figuras previstas en los arts. 147, 148, 149 y 216 del Código Penal.

El art. 147 del C.P. estipula el delito de Instigación pública a delinquir y el 148 establece el delito de Apología de hechos calificados como delitos.

El art. 149 es el de Instigación pública a desobedecer las leyes y a promover el odio de clases.

El 216 estipula el Atentado contra la seguridad de los transportes.

Creemos que la convocatoria hecha por el ahora disuelto PIT no encuadra en ninguna de las tipificaciones penales aludidas.

La convocatoria al paro no es una instigación a delinquir, ya que en ella no hay ninguna propuesta a cometer un delito.

La huelga, lejos de ser un delito, es un derecho previsto en la Constitución de 1967 y que no ha sido derogado ni siquiera por las normas aprobadas posteriormente a 1973.

¿Acaso podría existir algún otro delito entre las actividades propuestas y desarrolladas a instancias de los trabajadores el pasado miércoles? Evidentemente no, puesto que las autoridades policiales y judiciales no han dado cuenta de ningún hecho de esa naturaleza, ni antes ni durante ni después de la jornada de paro.

Cacerolas

Dos sorprendentes caceroleos se escucharon esta semana en la mayoría de los barrios de Montevideo y en ambas ocasiones el metálico concierto fue acompañado en algunas zonas, por detonación de cohetes y el sonar de las bocinas de los automóviles en la calle.

La primera de estas expresiones, se hizo oír el lunes pasadas las 21 horas, cuando el Ministro de Trabajo y Seguridad Social, Coronel (R) Néstor Bolentini hacía uso de la cadena de radio y televisión, para referirse a distintos asuntos de orden laboral.

El miércoles aproximadamente a la misma hora, el metálico sonido se apoderó nuevamente de las calles montevideanas, poco después que las radioemisoras capitalinas, transmitieran el contenido del decreto por el que se declaró ilícito al PIT y se prohibió toda propaganda sobre ocupaciones, paros o huelgas, etc.

En este caso, los "caceroleadores" golpearon esos utensilios y otros objetos de metal en las puertas de sus casas, como pudo apreciarse por ejemplo, en Palermo y Pocitos, siendo saludados por el sonar de las bocinas de los coches que transitaban por el lugar.

En ninguno de ambos casos, fueron denunciados incidentes.

Con respecto al segundo delito aludido, entendemos que tampoco hubo apología de hechos calificados como delito. Si hubo por parte de los convocantes propaganda o apología sobre ciertos hechos, ella no apuntaba a ningún hecho calificado como delito sino a aspectos gremiales de la medida. La huelga, repetimos, no está calificada como delito en ningún cuerpo legal de nuestro país. Y en la convocatoria al paro del miércoles no había ninguna apología o alabanza a hechos que estén previstos como ilícitos penales.

El tercer caso mencionado es el delito de Instigación a desobedecer las leyes y a promover el odio de clases. La doctrina entiende que debe tratarse de una verdadera rebelión y no de una crítica o una mera censura.

La única alusión a la ley en la plataforma del paro era la del punto 6 que pedía "derogación de la ley de propiedad horizontal", buscando aliviar la situación en que se encuentran actualmente los cooperativistas de viviendas al ser englobados por esa norma. Este punto está muy lejos de ser una "rebelión". Además no se instiga, no se "provoca a alguien para que haga algo", sino que se reclama de las autoridades competentes una reforma legislativa.

No hubo ninguna otra alusión a las leyes de la República. Menos todavía a desobedecerlas.

Con respecto a la segunda parte del delito previsto por el art. 149 del C.P., "suscitar en forma pública el odio de clases", tampoco parece posible aplicarlo a los hechos del miércoles.

El análisis de la plataforma levantada (2.500 \$ de aumento, solución de conflictos planteados, subsidio de la canasta familiar, fuentes de trabajo hasta plena ocupación, presupuestación de estatales, etc.) no muestra que se promueva odio hacia ninguna clase, entendida esta como "conglomerado de individuos con vínculos comunes". No existe un planteo contra un grupo de individuos sino a favor de un sector social que se buscaba promover: el de los trabajadores.

En último término tenemos la alusión al delito del art. 216, Atentado contra la Seguridad y regularidad de los transportes. Cabe señalar que el delito está incluido dentro del título VI del Código Penal que comprende todos los delitos contra la seguridad pública. Se trata siempre de situaciones que implican la creación de un peligro comunitario para bienes o personas.

Señala la doctrina que "se ofende la seguridad cuando se cometen hechos que causan en el ánimo de un número indeterminado de personas, el sentimiento de que es posible se afecten sus vidas y sus bienes".

Ante esto: dónde está la ley que justifique, por razones de interés general, la limitación al derecho a la libertad de asociación que la disolución del PIT implica?

Las leyes, y nuestra Constitución, más bien indican lo contrario, el derecho del individuo a reunirse y asociarse con quien quiera. Pues ningún habitante de la república puede ser obligado "a hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe": este es el pilar, el principio de libertad de un país democrático.

La única acusación concreta contra el PIT en el Decreto es su vinculación ideológica y personal con la disuelta CNT y la aseveración de que el paro era injustificado. Lo primero no se demuestra ni se explican los motivos de la transferencia de ilicitud en caso de que la ilicitud de la C.N.T. fuera legítima. Y lo segundo es una opinión de oportunidad pero no de legalidad.

El Decreto termina con una gran severidad, sumándole a la disolución del PIT en quien muchos veían la esperanza de una nueva vida sindical para el país, la prohibición de divulgar informaciones, de reuniones, la desocupación de las fábricas y el anuncio de medidas prontas de seguridad.

Sobre estas últimas, cabe señalar que son un instrumento que existe en la Constitución de 1967. Establece que al tomarse las medidas, las mismas deben comunicarse al Legislativo (Asamblea General) en menos de veinticuatro horas, "estándose a lo que éstas resuelvan". Es decir que la trascendencia de las medidas y el vigor que estas tienen como limitante de ciertos derechos individuales, hacen que las mismas sean administradas por el legislativo integrado con todos los partidos políticos, todas las opiniones y una prensa libre opinando e informando sobre la marcha de los acontecimientos.

Este instituto actualmente no operará de esta manera. El Consejo de Estado fue nombrado por el Ejecutivo, no ha rechazado prácticamente nada que éste le haya enviado y la prensa libre no existe, aunque existan periodistas libres en tren de liberarla.

En suma, la disolución del Plenario Intersindical luce como una medida política, ya que no convienen ni los motivos jurídicos expresados en el decreto ni el marco jurídico utilizando para encuadrar la situación.

Además de abortarse así un novel intento por un sindicalismo democrático, el país se deslizo unos centímetros más al despenadero. Y queda muy poco espacio. ¿Queda?

Juan Miguel Petit

Tres requisas, tres.

La natural indignación y rebeldía que nos invade al tener que omitir la más importante información de la semana nos llevó por un instante al desánimo y a la fugaz idea de no editar este número.

Luego nos enteramos que esta semana son varios los colegas que han sufrido los arrebatos de la censura. Aquí cayó. Búsqueda y Opinar sufrieron una situación de crítica incertidumbre al cerrarse nuestra edición. A ellos nuestro más cálido homenaje. Debemos sumar a las bajas a La Democracia que no sale desde su última requisita (que para ellos, luego de 5 clausuras, es la segunda) y que Convicción debió suspender la edición ya preparada a propósito de lo que usted ya sabe. Entonces pensamos que había que tratar. Por lo menos para decir lo que les habían hecho a los colegas.

Han cometido además de una arbitrariedad anticonstitucional una perversidad. Como nos retienen la edición y se posterga la salida —con todo tipo de perjuicios— los semanarios se han ido remediando para imprimir antes y poder conservar un día estable de salida, que es, crudamente, también conservar a los lectores, ya que no puede exigírsele a la gente que persiga la peripecia de cada salida a través de los días.

Es así que como el miércoles iba a pasar algo que no se puede decir los colegas imprimieron el martes. Pero hete aquí que el martes existían cosas que dejaron de existir —formalmente, claro— el miércoles. Al margen de que el martes se podían decir cosas que el miércoles no se podían decir. Entonces las requisas. Cientos de millones de pesos de pérdida. Ediciones enteras tiradas a la basura. Queréis democracia, perdé plata.

Pero como dijo un químico de los de antes, nada se destruye, todo se transforma: algún día alguien va a pagar el papel que se tiró. Mientras tanto colegas, tranquilo el perro y banquemos juntos, hoy salgo yo mañana salís vos, que las cosas hay que decirlas aunque no las digas.

Maneras de contar

"El primer personaje histórico que fundó un gobierno de hombres seleccionados por su sumisión a un credo determinado fue Pitágoras que, durante un tiempo, estableció su autoridad sobre la ciudad de Crotona, imponiendo a los habitantes el estudio de la geometría y la obligación de no ingerir alubias. Pero ya fuera por odio a la geometría o por amor a las alubias, los ciudadanos se volvieron contra él y tuvo que huir...".

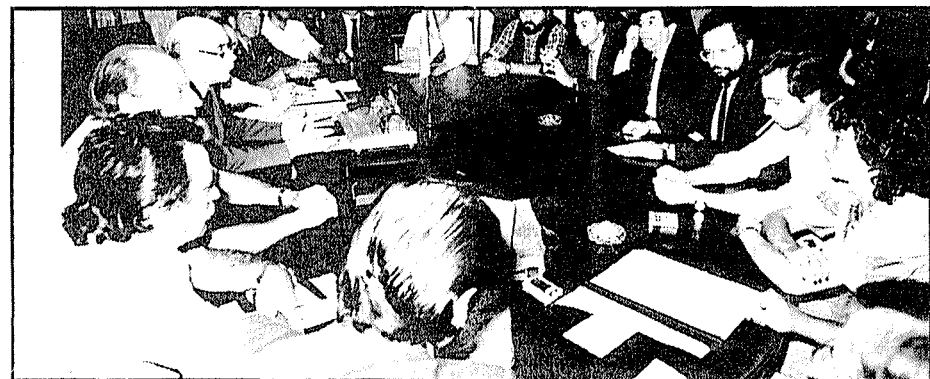
Bertrand Russell

Como saben los lectores la edición normal de Jaque es de 48 páginas. Ahora bien, tras la implantación de la censura previa insistir en mantener esa cantidad de páginas es, precisamente, satisfacer los objetivos que esa nueva modalidad de la censura persigue: quebrar el frágil equilibrio económico sobre el que se asientan los semanarios opositores.

De cualquier manera habíamos preparado para este viernes 20 de enero una edición de 28 páginas. De esas 28, 4 estaban dedicadas a reflejar la realidad uruguaya del pasado miércoles y, claro, debimos —"decretazo" mediante— guardarlas. También debimos sustituir el editorial que, obviamente, se refería al mismo tema. Entonces, como se notará, la edición de esta semana exhibe una característica peculiar: la contratapa luce el número 28 aunque al contar las páginas el lector no encuentre ni una más que 24. Contamos, pues, las cuatro páginas que no están, que es, a estas alturas, una excelente forma de contar. Lo que no está, entonces, está: usted no encontró omnibus y nosotros tampoco.

A.B.

"Contra la censura, por la Libertad de Prensa"



Los semanarios en el Directorio blanco



Los semanarios en el Ejecutivo colorado.

Se inició esta semana la campaña de los semanarios que se publican en Montevideo "Contra la Censura, por Libertad de Prensa", destinada a advertir a la comunidad a través de sus instituciones representativas y directamente en las calles, la gravísima situación que atraviezan estas publicaciones a raíz de la aplicación de un sistema inédito en la historia del mundo: la censura "previa" aplicada a "posteriori" de la edición.

Mientras nadie se hace responsable por la aplicación de la medida y mientras se espera alguna resolución concreta —ya que hasta ahora el sistema se aplica de hecho— los semanarios padecen, "por clausura lenta", la incertidumbre de pérdidas millonarias que los harían desaparecer, dada la fragilidad financiera de estas débiles empresas, impulsadas sólo por el esfuerzo de sus responsables y colaboradores.

Comisión

A los efectos de llevar adelante la campaña, se formó una comisión operativa, integrada por miembros de los cuerpos de dirección de los siguientes semanarios: La Semana Uruguaya, Aquí, Búsqueda, Somos Idea, Opinar, Jaque, Correo de los Viernes, ACF, La Democracia, Convicción, Asamblea, Orsai y Guambía.

Hasta el momento este grupo se ha reuni-

do con los órganos ejecutivos de los tres Partidos habilitados, exponiendo los lineamientos de la campaña y —en detalle— los perjuicios que provoca la medida, además de la gravísima violación que supone, a la libertad de prensa.

En las 3 visitas a las cúpulas partidarias recibieron el apoyo oficial y entusiasta de las colectividades para la movilización. La próxima semana, la comisión será recibida por los cuerpos ejecutivos de ASCEP y Colegio de Abogados.

Campaña

En cuanto a la campaña pública, está prevista una movilización que incluye la distribución de autoadhesivos y escarapelas con la inscripción "Tengo derecho a estar informado".

Esta campaña está destinada a que la ciudadanía sea protagonista de un reclamo que le corresponde directamente, ya que si la censura está dirigida contra los semanarios, en definitiva se trata de que la población no reciba libremente la información que merece y puede seleccionar a su libre albedrío, sin la "actuación" previa de censores.

También se realizarán jornadas, donde los periodistas saldrán directamente a la calle, tomando contacto con el público para analizar este tema.

JAUQUE

DIRECTOR:

Manuel Flores Silva.

REDACTOR RESPONSABLE:

Juan Miguel Petit, (Jaime Zudáñez 2836 Ap. 302).

SECRETARIO DE REDACCION:

Alejandro Bluth.

CONSEJO EDITOR:

Manuel Flores Mora, Nicanor Comas Arocena, Fructuoso Pittaluga Fonseca, Manuel Flores Silva, Juan Miguel Petit, Alejandro Bluth, Thomas Lowy.

REDACTORES POLITICOS:

Luis Mosca, Víctor Vaillant, Enrique Alonso Fernández, Mario Daniel Lamas.

INTERNACIONAL:

Enrique Alonso Fernández, Carlos Núñez, Elvio Gandolfo, Miguel Vieytes, Alvaro Diez de Medina.

NACIONAL:

Francisco Amaral, Joaquín Bou, Eduardo Varela, José M. Busquets, Fernando Arnaiz, Claudio Invernizzi, Mercedes Sayagués.

COLUMNISTAS:

Derechos Humanos: Alejandro Bonasso. **Salud:** Félix Rigoli. **Educación:** Diosma Piotti. **Vivienda:** Domingo Mendivil. **Economía:** Julio Iglesias Alvarez, Luis Mosca. **Cultura:** Ricardo Pallares, Carlos Maggi, Jorge Medina Vidal, Lucy Garrido.

AGRO:

Martín Buxedas.

OPINION PLURAL:

Carlos Filgueira, César A. Aguiar.

DISCIPLINAS:

Julio Rossiello. Pedagogía: Carlos Pazos. **Psicología:** Carlos Kachinovsky. **Sociología:** Martín Gargiulo. **Justicia:** Gervasio Guillot. **Mitoanálisis:** Leopoldo Müller. **Arquitectura:** Luis Livni. **Antropología:** Luis Vidal. **Arqueología:** José María López. **Ecología:** Ruben Cassina. **Sexología:** Arnaldo Gomensoro. **Informática:** Jorge Grunberg. **Filosofía:** Mario Silva García. **Semiótica:** Lisa Block de Behar. **Tercera Edad:** Herald Poletti. **Ciencia:** Pablo García.

CULTURA:

Danza: Isabel Gilbert. **Teatro:** Lucy Garrido, Mariana Percovich. **Cine:** Eduardo Alvariza. **Plástica:** Ma. Luisa Rampini, Tatiana Oroño. **Libros:** Jenny Barros, Miryam Pereyra. **Música:** Carlos Da Silveira, Fernando Condon, Ricardo Villasaes.

HUMOR:

Pangloss, Fidelio, Paco, Mirmidón, Miguel, Pieri, Lizán, Jorge "Cuque" Sclavo.

ILUSTRACIONES:

Pieri, Domingo Ferreira, Oscar Ferrando, Pilar González, Ignacio González, Horacio Gómez, Lizán, Alvaro Cármenes, Ariel Pereira, Miguel Ruibal, Inés Olmedo.

COLUMNISTAS INVITADOS:

Jorge Notaro, Luis Macadar, Carlos Viera.

COLABORADORES:

Hugo Achugar (Chicago), Hugo García Robles (Caracas), Alfredo Fressia (San Pablo), Alberto Urrutia Valenzuela (Madrid), Ida Vitale (México), Patricia Pitman (Buenos Aires), Ana María Larravide (Buenos Aires), Felipe Breish (Nueva York).

DIAGRAMACION:

Thomas Lowy (Diseño), Alejandro Di Candia, Leonel Aguirre, Marcela Córdoba.

REALIZACION GRAFICA:

Taller de Comunicación.

FOTOGRAFIA:

Jorge Caggiani, Carlos Velázquez.

DOCUMENTACION:

Javier Miranda, Carlos Vellozas.

TRAFICO:

Sergio Pittaluga.

SECRETARIA:

Mónica Pássaro.

SERVICIOS EXTERIORES:

EFE - DPA - IPS.

SERVICIOS EXCLUSIVOS:

Le Nouvel Observateur.

Depósito Legal 191.676/83. Impreso en los Talleres Gráficos de "El País S.A.". Composición: CBA S.R.L. Distribución: Berriel y Nery Martínez, Ciudadela 1424. Tel: 91 56 14. Es una publicación de SERRAT S.A. Redacción: Reconquista 338 apto. 106. Teléfono: 95 62 64.

A contramano

Al retomar contacto con nuestros lectores lo hacemos en circunstancias todavía más difíciles para el país que las que dejáramos en aquel oca de diciembre crepuscular de censuras. No sólo se ha agravado la situación política y social, sino que han añadido nuevas restricciones a la ya seriamente afectada libertad de informar.

En efecto, cuando teníamos ya prácticamente todo nuestro material compuesto -editorial incluido-, cae encima de nosotros, y de toda la prensa independiente del país, ese nuevo decreto por cuyo artículo primero se disuelve el Plenario Intersindical de Trabajadores y por cuyos artículos siguientes se limitan de manera drástica los derechos sindicales, así como la posibilidad de informar sobre el ejercicio de los mismos.

Detenemos sobre la inconstitucionalidad de estas medidas no hace al caso. No estamos en tiempos de regularidad constitucional. En esto, cuando menos, séanos permitido reconocer la coherencia del gobierno. Siendo él mismo inconstitucional por definición, por vocación y por origen, no puede preocuparle la inconstitucionalidad de las definiciones que adopta o de las normas o pautas que establece. Aunque -y ello sólo lo podemos entender como un rictus de nostalgia de legalismo- se empeñe siempre en citar, ignoramos por qué, algún artículo de la Constitución no respetada, en los considerandos de cada una de estas inconstitucionales disposiciones que adopta.

Pero hay algo en todo este proceso cuya gravedad no se puede pasar por alto. La manifiesta incapacidad del gobierno de mantener un diálogo con cualquier otra parte de la sociedad, hipotecando por esta vía su propio camino de salida, al tiempo que continúa ciega-

te profundizando la ruta de su propio aislamiento.

La acción del gobierno se reduce cada vez más a la limitación de la acción y expresión de las fuerzas políticas u obreras que, por representar al país, no pueden en modo alguno coincidir con el gobierno ni aceptar los derroteros, probadamente errados, en que se ha embarcado y ha embarcado al país.

Todo gobierno de facto es, por naturaleza, un gobierno débil. Todo gobierno débil, es decir, carente de la fortaleza que le da una base popular dilatada y firme, es por naturaleza un gobierno que necesita, para mantenerse, ejercitar la fuerza.

A diferencia de la composición, de la transacción, de la recepción de la idea ajena o del diálogo con aquel que disiente, el ejercicio de la fuerza conduce, también por naturaleza, al aislamiento.

Incapaz de convencer a los delegados políticos o de reconocer las poderosas razones que, en nombre de la voluntad nacional, éstos formularon, el gobierno asistió a la ruptura del diálogo y sigue esperando (¿lo espera?) que los partidos, es decir, el país, acepten las tesis que el gobierno solitariamente propugna. Como el diálogo no le dió razón, actuó para que éste no progresase. Hasta asistir a su ruptura. Y prohibir tanto la actividad política como la información respectiva.

Ahora se ha prohibido la acción sindical de los trabajadores -salvo si fragmentan sus organizaciones y son dóciles en sus reclamos- así como la información laboral.

El gobierno ha completado el círculo: da la espalda a la realidad política -la voluntad democrática de la nación-, da la espalda a la realidad social -el reclamo de una vida digna en lugar del em-

pobrecimiento creciente- y amordaza semanarios porque cree que son infiltradores artificiales de las voluntades y necesidades nacionales antes citadas.

Y este es un punto clave. Porque en su daltonismo el gobierno no ha advertido que las cosas han cambiado. No ha advertido el nuevo dinamismo social que protagoniza a nuestra comunidad y que hace, por ejemplo, que en la estructuración de la participación social los fenómenos se generen de abajo hacia arriba. Las medidas que el PIT resolvió, no fueron obra de sus dirigentes -como ellos reconocieron con humildad- y menos orden del exterior como el Cnel. (R) Bolentini aventuró sin base alguna, sino que nacieron, se gestaron en la gente misma, en su problemática y en su urgencia, en la base trabajadora arrasando todo con su torrente de necesidad.

Hubo, en los trabajos democráticos, una primera etapa en que el agente de acción en la oposición era individual, generándose así una eficacia de prédica con nombre y apellido que convocaba al pueblo a asumir determinadas posiciones. Siguió una segunda etapa -este año recién terminado- en que una masa disciplinada, pasiva ante los dirigentes, fue todas las veces que tuvo que ir a todos los lados donde se le pidió. Ahora, vencidos temores, liberalizada la gente, habiendo la necesidad material pasado todo umbral de tolerancia, el verdadero agente de acción de la oposición no son ya los dirigentes: es la gente que desborda todo, que tiene iniciativa, que exige, condiciona, y que ha pasado a fijar la estrategia y el ritmo. Y ese es el momento que el gobierno elige para comprimir, para cercar, toda dirigencia política o social.

Pero nuestros cercos dibujan -entre todos porque sino, no- un cerco más firme: el verdadero cercado por el devenir es el gobierno, en tanto solo se concebía asimismo como represor.

Manuel Flores Silva

Nuestra salida

Luego de la instauración del régimen de censura previa el pasado 19 de diciembre, JAUQUE entendió su deber trabajar ahincadamente en la instrumentación de una acción conjunta de los semanarios democráticos. Así lo entendió desde que la agresión a estos órganos de prensa no es obviamente un mero acontecimiento periodístico, sino fundamentalmente un hecho político, que merece una respuesta política solo plasmable con eficacia a través de la acción mancomunada de las diferentes publicaciones. Algunas de las primeras propuestas en este sentido fracasaron, pues se debe entender que cada semanario representa también una identidad conformada política, ideológica y periodísticamente de modo particular, así como el castigo de la coyuntura les crea diferentes problemas, posibilita diferentes respuestas y provee tanto de diferentes daños como de armas.

La perseverancia unitaria y la buena voluntad general dieron por fin en la configuración de una acción común actualmente en desarrollo. Como se sabe ella se inició a través de un comunicado conjunto difundido en conferencia de prensa -y recogido en la presente edición- y continuó con las visitas y el consecuente apoyo de los organismos superiores de los partidos políticos. Lo que ha de seguir con entrevistas similares con las llamadas fuerzas sociales, con entrevistas con enviados de organizaciones de prensa internacionales que preocupados específicamente por esta situación han de comenzar a venir a partir de esta misma semana, así como con la convocatoria directa a la población a expresar un apoyo a los semanarios a través del uso de distintivos con el lema "Tengo derecho a estar informado". Todo esto en el marco de otras medidas que se han de instrumentar, y sin perjuicio de las acciones legales que se han iniciado y se iniciarán en amparo de derechos, por revocación de decisiones, o en reparación de los daños causados. A este respecto cabe consignar que los representantes de JAUQUE han anunciado que los recursos jurídicos reparatorios que promuevan en caso de requisa no se dirigirán solo contra el Estado, sino también subsidiariamente contra los funcionarios en

nuestra opinión, responsables de tomar medidas violatorias de derechos constitucionales, y que en la oportunidad se concretarían en las personas del Presidente de la República, el Ministro del Interior y el Jefe de Policía. Una postura similar en lo general ha anunciado Opinar en su penúltima edición.

El hecho entonces es que JAUQUE ha priorizado los trabajos por la acción conjunta, modo de defender mejor el trascendente espacio político de los semanarios, y una vez lograda esa unidad de acción, sale nuevamente a la luz a sufrir las peripecias que en esta actividad afectan a los que no nos sometemos.

Salimos hoy (¿?) con una edición restringida de 24 páginas en lugar de las 48 habituales. Y ello ocurre obviamente porque la "censura previa" que se aplica es "previa" de la

Flores Mora contesta al gobierno

Difundido el texto del decreto de Medidas Extraordinarias, junto con el cual se alude a políticos que en el pasado habrían votado a favor "medidas similares", Manuel Flores Mora reaccionó en mensaje dirigido al Ministro del Interior.

El que sigue es el telegrama de Flores Mora a Linares Brum:

En el día de ayer, en una aparente justificación del Decreto por el cual se disuelve la incipiente central de trabajadores del país, se menciona mi nombre entre los Ministros firmantes de las Medidas Extraordinarias adoptadas en 1967 por el Gobierno de Don Oscar Gestido.

Omiten ustedes decir que aquel gobierno era democrático y surgido del mandato popular. Omiten decir que actuaba dentro de los marcos estrictos del Derecho, de la Constitución y de la ley. Omiten imperdonablemente señalar que aquellas medidas extraordinarias que

salida a los puntos de distribución de los ejemplares al público, pero posterior a la impresión de la edición completa. Lo que motiva que, de hecho, se esté aplicando censura más sanción económica, buscando una autocensura que desnaturalice el papel de los semanarios o, en su lugar, la muerte por asfixia económica lenta o no tan lenta.

Ese es el punto. Para resistir más largamente sin dejar de asumir el riesgo político -que es un deber- es necesario disminuir el riesgo económico. Sépase que si esta edición restringida a 28 páginas es requisada, las pérdidas pasan largamente los cien millones de pesos, cifra importantísima en la pobre y digna economía de los semanarios.

¡Vamo arriba!

como Ministro voté, fueron enviadas a un Parlamento libre, para que las mantuviera, corrigiera o levantara, aceptándose de antemano lo que dicho Parlamento, donde no había partidos ni palabras prohibidas, decidiese.

No está bien y carece de gallardía aludir a hombres que no podemos contestar plenamente, en virtud de las mismas restricciones inconstitucionales que ha impuesto el actual Gobierno en el país.

Me agravo de toda posible comparación entre aquel estilo político y las actuales medidas, que se intentan justificar con la comparación. Si no comprende Ud. la diferencia entre un gobierno democrático y de derecho como el de Gestido y este de que usted forma parte, lo invito a discutir públicamente esas diferencias delante del país.

atte.

(Firmado) Manuel Flores Mora

Miércoles 18: decreto

El Poder Ejecutivo declaró ilícito y dispuso la disolución del Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT), prohibiendo paralelamente toda propaganda oral o escrita sobre ocupaciones, paros o huelgas, así como paralización de servicios públicos.

La resolución fue adoptada el miércoles en la tarde por el Teniente General Gregorio Álvarez y los Ministros de Trabajo, Interior y Defensa, tras una reunión del COSENA.

Se determinó en la medida, que los órganos periodísticos que la transgredieran estarán sujetos "a retención o clausura".

Reuniones y locales

Más adelante el Decreto prohíbe "las reuniones que a juicio de la autoridad puedan, presumiblemente, conducir a los resultados previstos en la anterior disposición y clausurar los locales donde se efectúen esas reuniones o se intente realizarlas".

También se dispone "proceder cuando se estime oportuno a la desocupación de los locales para reestablecer la normalidad del trabajo".

Requisas y gastos

En el artículo sexto el Decreto del pasado miércoles 18, autoriza a "los Ministros del Interior y Defensa Nacional, a efectuar requisas, contrataciones y todos los gastos que sean necesarios mientras dure la situación a que se refiere el presente Decreto, con cargo a Rentas Generales".

Por último el séptimo artículo comete a "los Ministros del Interior y de Defensa Nacional al cumplimiento de la disposición".

Motivos del decreto

En los vistos, resultandos y considerandos del Decreto, se establecen las motivaciones que determinaron su aprobación en el régimen de medidas prontas de seguridad.

Allí se señala que "la incitación pública al paro general de actividades en el país para el día de la fecha (miércoles pasado)" fue realizada por "la asociación Plenario Intersindical de Trabajadores... sociedad de hecho, carente de personería jurídica y legitimidad, y por ende representatividad".

Señala además que la "incitación al paro es totalmente injustificada", dado que el gobierno "atiende las reivindicaciones de los trabajadores y propicia un entendimiento con el sector patronal", "se han logrado acuerdos salariales en numerosas empresas" y porque "toda medida de fuerza y aún las ocupaciones tituladas pacíficas, tiene efectos negativos porque enrarece la atmósfera de las negociaciones obrero-patronales".

Hecho ilícito

El Decreto menciona después las "notorias vinculaciones ideológicas y personales" del PIT con la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), señalando además que la "incitación al paro general de actividades constituye un hecho ilícito penal" y que las medidas de fuerza "sin antes intentar la conciliación y el arbitraje, transgreden el principio constitucional establecido en artículo 57".

Refiriéndose a la plataforma sindical, el Poder Ejecutivo señala que "son en su mayoría ajenos a problemas laborales, trascendiendo a las áreas política ideológica y aún de seguridad nacional".

Puntualiza también que las actividades sociales que "conspiran abiertamente con el clima imprescindible para lograr los acuerdos indispensables en el campo político, que propicien la normalidad institucional".

Vegh: en 1984 sí. ¿Sí?

El Ministro de Economía y Finanzas, ingeniero Alejandro Vegh Villegas, no formuló las tan anunciadas y esperadas medidas que pautarán su gestión al frente del equipo económico de gobierno.

Tras el "tarifazo" y la consecuente escalada de precios de todos los artículos de consumo, se aguardaba con expectativa la disertación del Secretario de Estado en la Cámara de Comercio el miércoles pasado, donde según la prensa especializada, se formularían tales anuncios.

De los 20 minutos de exposición, se pueden resumir las palabras del ingeniero Vegh cuando señaló que tras el primer trimestre de 1981 comenzó la recuperación económica.

Dijo además que en 1983 tal recuperación se consolidó y en 1984, sí, comenzará el despegue.

En tal sentido destacó que durante este ejercicio, el producto crecerá en un índice que ubicó entre el 3 y el 5 por ciento, de la mano de la actividad agropecuaria, la industria de exportación y los servicios.

El Ministro de Economía y Finanzas omitió señalar, de qué forma repercutirá ello en el salario real, el nivel de ocupación, las tarifas públicas y los precios de la canasta familiar.

De los semanarios

"La instauración por parte de las autoridades del sistema llamado de 'censura previa' a los semanarios, aplicado además en condiciones de especial severidad recién una vez que las ediciones han sido terminadas con su multimillonario costo, y sin que en todo el trámite realizado por vía policial mediara comunicación alguna a los responsables de las publicaciones, es claramente un nuevo acto de sanción a la actividad de informar y divulgar ideas, violatoria de toda concepción de libertad de prensa, de la libertad de expresión, y del derecho de los uruguayos a opinar libremente.

La censura se impone mediante la ocupación de las plantas impresoras por efectivos policiales, la obligación de imprimir la totalidad de los ejemplares antes del pronunciamiento inapelable del gobierno, la detención en tanto y por un tiempo incierto de la edición alterando los días y horas de salida, y la prohibición de retirar ejemplar alguno aun a los directores de los respectivos órganos, llegando incluso a la revisión personal de los mismos.

El hecho de que la siempre condenable censura de prensa se complementa en las presentes circunstancias con la sanción económica resultante de la requisa de las ediciones de los semanarios (ya han sido incautadas ediciones de 'Búsqueda', 'La Democracia' y 'Correo de los viernes') supone sin lugar a dudas el intento global más fuerte de amordazamiento a la prensa nacional, con una severidad desconocida para los uruguayos aún en circunstancias harto difíciles para el país como las vividas a comienzos de la década pasada, o en los sucesos de 1973. Todo lo cual violenta la proclamada voluntad oficial de apertura democrática.

Los semanarios del Uruguay han supuesto como se sabe - la posibilidad de información de alternativa para los lectores uruguayos

Volverán...

Con el regreso a Europa esta mañana del último contingente de niños que integraron la delegación de 154 hijos de exiliados compatriotas en el viejo mundo, culminó la primera fase del primer operativo de la Comisión Nacional por el Reencuentro de los Uruguayos. Esta mañana (en caso de que hoy sea viernes) 28 chicos parten desde Carrasco, donde seguramente se volverán a registrar tiernas y conmovedoras escenas de despedidas con los familiares que quedan aquí, amigos y ciudadanos en general, que consideran a los niños como hijos propios.

Afecto del pueblo

Los "niños del exilio" regresaron a Europa en cuatro "tandas" y en cada oportunidad se registraban emotivas despedidas, acompañadas por caravanas de simpatizantes que les tributaban toda su solidaridad hasta el último minuto de su permanencia entre nosotros, con la esperanza de que regresen muy pronto y para siempre.

Desde su llegada a Montevideo el 26 de diciembre, los muchachos recibieron toda la adhesión de la ciudadanía, que manifestó permanentemente su algarabía por la presencia de los "154 embajadores del futuro".

El futuro

Mientras no se apagan los ecos de esta visita y al tiempo que se generan otros con la despedida de este viernes, la Comisión del Reencuentro prepara la evaluación de este "operativo avanzada del desexilio" y nuevas instancias de actividades.

Se adelantó que se preparan otros viajes desde Europa, y también desde países latinoamericanos donde residen exiliados uruguayos.

Lo más importante resaltó Víctor Vaillant es preparar y hacer efectivo el retorno de todos y a eso apuntan los mayores esfuerzos de la comisión.

"La 30": de nuevo "al aire"

"Transmitiendo en el año de nuestro pueblo" volvió a emitir CX 30 La Radio, después de un mes de injustificada clausura durante el cual recibió la adhesión solidaria de la ciudadanía, los partidos políticos, sindicatos, organizaciones periodísticas e instituciones extranjeras. Las emisiones de La Radio se reanudarán exactamente a las 22 y 10 del lunes, al cumplirse 30 días de la irrupción y posterior ocupación policial de sus estudios y planta transmisora, con el simultáneo cierre de la salida al aire.

El lunes cuando la radio se preparaba a volver al éter, una multitud con aparatos de transistores se agolpaba en las inmediaciones del Palacio Salvo para acompañar el término de la clausura y saludar al personal de ese órgano de difusión.

La emisión fue retransmitida a España, Suecia, Holanda, Francia, México, Estados Unidos, Colombia, Italia, Argentina y en

así como, en la mayoría de sus casos, han sido un trascendente espacio en la articulación de la voz de la oposición democrática uruguaya. Han sido una respuesta cívica que la historia ha demostrado como una necesidad de la nación.

Estas publicaciones son además empresas económicamente esforzadas y pequeñas, construidas con el aliento de las ideas, y ellas, puestas a merced de un sistema arbitrario, no han de poder resistir el mecanismo de las requisas y atrasos continuos, ocasionándose también un grave problema laboral al peligrar la fuente de trabajo de varios centenares de periodistas, gráficos y canillitas.

Ante esta situación que los semanarios del Uruguay venimos a denunciar, y sin perjuicio de las acciones judiciales que se estimen convenientes, declaramos de común acuerdo:

1) El rechazo más tajante al régimen de cercenamiento impuesto por las autoridades, o a todo otro que se aparte de la Constitución. El artículo 29 de la misma garantiza la libertad de prensa y excluye expresamente la censura previa; dicho artículo tiene su origen en la primera Constitución que se dio al país en 1830, y se mantuvo a través de la evolución institucional de la República, erigiéndose, por tanto, en uno de los pilares esenciales de la convivencia entre los uruguayos.

2) La voluntad indoblegable de seguir luchando por la libertad de prensa en el país, y de todas las libertades constitutivas de la dignidad humana.

3) Que se declaran en estado de movilización permanente y que han de instrumentar en conjunto una labor de difusión y sensibilización de la opinión pública respecto de la situación creada, y de defensa de la libertad de prensa, en el marco de la cual han de solicitar el apoyo y la colaboración a las fuerzas políticas y sociales, y a la población en su conjunto, seguros de que la lucha por la libertad de prensa -hermosa lucha- sirve al país."



Un grupo de chicos parte luego después de conocer su propio país.

(Ver las páginas 16 y 17 de esta edición).

diferido a Alemania y gran parte de Latinoamérica.

Tras el anuncio del locutor de que CX 30 estaba nuevamente en el aire, se difundió el primer "Diario 30" a cargo del Director de la emisora, José Germán Araújo, completamente restablecido tras 11 días de huelga de hambre, cuando el futuro de su radio era incierto.

En tal ocasión Araújo hizo hincapié en que el pueblo debe conquistar aquello que "sólo al pueblo le pertenece" en este año que calificó de "año de nuestro pueblo, del reencuentro de todos y de la liberación".

El Director de CX 30 resaltó que la reapertura de su radio era un triunfo del pueblo, por haber acompañado su protesta contra el cierre preventivo a mediados de diciembre.

Durante el espacio de Araújo, el público que permanecía en las inmediaciones del Palacio Salvo ovacionó al Director de la "30", que se asomó a los balcones de su despacho para agradecer las adhesiones recibidas en ese momento y durante todo el lapso de clausura. "Transmitiendo en el año de nuestro pueblo", será el lema de CX 30 durante 1984.

Debemos... y seguimos pidiendo

El Banco Central del Uruguay reveló en los últimos días, que la deuda externa total del país al 30 de setiembre pasado, asciende a la escalofriante suma de 4.330,6 millones de dólares.

De esa cifra surgen las constantes preocupaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y su "embajador" para Uruguay, Christian Brachet, por controlar hasta la forma en que nuestro país administra su economía, dado que ello determina el que podamos pagar o no, y a tiempo.

Pero contra todos los cálculos, la deuda no se termina allí, porque si ésta no fuera ya lo suficientemente abultada, el gobierno sigue pidiendo créditos al exterior, comprometiendo en su pago, la producción actual y futura del país.

En efecto, hace pocos días volvió de Estados Unidos el Ministro de Transporte y Obras Públicas, ingeniero Tourreilles, quien había viajado a Washington para solicitar préstamos para financiar nuevos planes de obras públicas.

En marzo se reunirán en Punta del Este los Intendentes y técnicos del BID, para discutir los detalles de otro préstamo destinado a financiar el llamado plan de obras públicas municipales.

Pero ahí no termina todo, ya que seguramente en los próximos meses surgirán otros proyectos que requerirán más créditos a lo que hay que agregar los préstamos requeridos entre el 30 de setiembre último, (fecha de actualización de la deuda) y la "misión Tourreilles".

Tres semanarios requisados

Decreto con retroactividad

Un valioso material periodístico producto del esfuerzo de decenas de personas y millones de pesos se perdieron el miércoles cuando las autoridades dispusieron aplicar con retroactividad el Decreto de ese día sobre medidas sindicales y su propaganda, y resolvieron requisar las ediciones de Aquí, Búsqueda y Opinar, después de haber obligado a sus responsables a realizar todo el tiraje.

Las publicaciones esperaban el respectivo "visto bueno" de los censores del ESMACO, cuando recibieron la comunicación telefónica de DINARP que adelantaba las medidas resueltas el miércoles, que al ser transgredidas por los referidos semanarios -impresos ya, 24 horas antes de la aprobación del Decreto- determinaban las requisas.

En síntesis, Aquí, Búsqueda y Opinar, fueron requisados por transgredir disposiciones que no existían al momento de ser violadas.

Tanto apronte ¿para qué?

Los tres semanarios trabajaron durante el fin de semana "apurando" la impresión, a los efectos de salir el jueves y calculando la demora ya habitual en la labor de los censores, pusieron la edición en máquinas el martes de noche, con el riesgo anticipado de -al salir el jueves- ofrecer muchas notas pasadas de tiempo.

Aquí se publicaba en una edición especial de 16 páginas, cuya tapa y 4 páginas interiores estaban destinadas al tema sindical y las actividades que eran noticia hasta la aprobación del Decreto. Opinar y Búsqueda salían con sus ediciones habituales, destinando también varias páginas al tema gremial.

La espera de los responsables de los tres semanarios, para ver si podían salir o no, se interrumpió alrededor de las 18 horas, cuando un jerarca de DINARP, los puso en conocimiento del Decreto que se aprobaría dos horas después y también que se había decidido aplicarlo con retroactividad a sus órganos de prensa, por haber violado la disposición antes de que ésta existiera.

La República perdida

HOY centrocine



Cr. Enrique Iglesias

“Compartir el peso de la recesión”

—Usted ha dicho recientemente que 1983 fue el peor año, económicamente, para América Latina. ¿A qué se debe eso y qué perspectivas podemos tener para el '84?

—Se ha dado una serie de factores que se han reforzado mutuamente. Por una parte encontramos el elevado endeudamiento de la región al empezar el año y el hecho que dos elementos fundamentales para hacer frente al endeudamiento, que son el poder de compra de las exportaciones y las tasas de interés, no han cedido por efecto de la reactivación económica internacional. En la medida en que los efectos de la reactivación no solamente no se han hecho sentir sino que persisten acelerando la crisis, pues este año los términos de intercambio bajan aún un 7 por ciento más que el año pasado, el servicio de la deuda se ha convertido en un factor dominante en la estructura de pago de la región.

Dado que los mecanismos de cooperación internacional son insuficientes, la región se ve obligada a comprimir violentamente sus importaciones. Este año hemos tenido un excedente en el balance comercial de 31 mil millones de dólares, obtenido obviamente a través de una compresión del nivel de actividad para generar el excedente en el balance comercial.

A este fenómeno de ajuste se le agregó el fenómeno de la depresión financiera, es decir la retirada masiva de los capitales en relación a experiencias pasadas. Hemos dicho que en el '81 ingresan a América Latina 38 mil millones de dólares y en el '83 los capitales privados llegaron a tan solo 5 mil millones de dólares.

Es decir que a la coyuntura económica de contracción para hacer frente a los pagos internacionales, se agregó este otro factor. La combinación de los dos ha llevado la región a una contracción sin precedentes.

Ciertamente no puede decirse que la situación sea exactamente igual en todos los países, ya que muchos han debido sufrir síndromes que les vienen del pasado, como las presiones inflacionarias que se vieron aceleradas en muchas partes.

Al lado de esto creo que también hay que señalar algunos factores positivos. Por ejemplo: en buena medida los países han solucionado sus urgencias de pago más inmediatas al haber renegociado la deuda con el Fondo Monetario y la Banca Privada. Y también en algunos casos se ha insinuado en forma muy modesta el retorno de algunos capitales.

—La deuda contraída aparece como un elemento central de la vida económica de toda la región. ¿Qué perspectiva global hay con respecto a ella?

—Ha habido un cierto cambio en

Enrique Iglesias, Secretario Ejecutivo de la CEPAL, es uno de los economistas uruguayos más prestigiosos. Actualmente radicado en la sede de CEPAL en Chile, sus cortas visitas a nuestro país siempre son propicias para importantes reflexiones sobre el devenir económico del continente latinoamericano.

“JAQUE” conversó largamente con Iglesias quien efectuó un balance de la economía de América Latina en el año que pasó y trazó algunas líneas sobre lo que puede esperarse de este '84.

lo que tiene que ver con el clima internacional. Hemos salido de lo que llamaría una situación de pánico que se crea cuando la crisis mexicana. En el mercado financiero internacional hay una mayor tranquilidad en el sentido de que América Latina ha enfrentado los problemas con responsabilidad y evitando caer en excesos como el repudio de la deuda u otras medidas originadas por el estrangulamiento actual.

Pero también hay una mayor comprensión de que en última instancia la capacidad de pago de la región está dependiendo de factores que la región no controla. O sea la región ha hecho lo máximo posible en materia de contracción de importaciones y a partir de ahora tiene que aprestarse a una política ineludible de reactivación. Necesitaremos más importaciones si queremos mantener un mínimo de actividad en la región.

Esto supone que mientras no se alteren los datos externos, el continente requiere algunas soluciones especiales. Por eso tengo la impresión de que hay un clima creciente, especialmente en los medios políticos internacionales, que de no cambiar la situación, la región necesitará soluciones especiales. Y es por eso que creo que en los futuros ejercicios de refinanciación habrá que tener en cuenta este elemento, que deberá operar en dos niveles. Primero, no podremos transferir al exterior un porcentaje de nuestras exportaciones que comprometa ese mínimo de reactivación. Y en segundo lugar, los costos tienen que decrecer de alguna manera. Mientras no lo hagan las tasas de interés internacionales, que son difíciles de comprimir, los bancos deberán hacer sacrificios mucho mayores en materia de spreads y márgenes de ganancias, que han sido exorbitantemente aumentados en los últimos años.

Esto parece una contrapartida natural para lograr que el ajuste sea más simétrico que el actual, donde todo el costo del ajuste recae en los deudores y prácticamente nada en los acreedores.

Es necesario frente a una situación internacional que no reacciona con la prontitud que esperábamos,

que se haga valer el principio de simetría en los futuros ejercicios de ajuste internacional.

—O sea que los países ya han pagado suficientemente las consecuencias del colapso económico internacional como para que carguen ellos solos con la deuda...

—Exactamente. Hemos pasado tres años de muy violenta contracción, fruto de la responsabilidad con que la región asumió sus deudas y prácticamente comprimió la actividad interna para hacer frente a un mecanismo de pagos.

De ahora en adelante la región además de contemplar los intereses de los acreedores tiene que poner arriba de la mesa sus legítimos intereses de sociedad y sostener un mínimo de desarrollo para poder tener capacidad de pagos en el futuro.

—O sea que la posibilidad de una negociación colectiva de la deuda ya se ha agotado.

—Yo creo que nunca se tentó, pues nunca tuvo viabilidad política. Y además, en segundo lugar, las diferencias entre países y situaciones relativas es tan grande que no creo que haya en este momento un ambiente propicio para una solución de ese tipo. Incluso habría serias dificultades técnicas para encararla. Por eso es que simplemente no se plantea en este momento como una solución viable en el mercado internacio-

nal.

—Ampliando la escala: ¿hacia dónde le parece que marcha la economía mundial? ¿Cómo influyen sobre ellas los hechos políticos más salientes, cómo podrían ser las negociaciones por el desarme, el temor a un estallido nuclear, las crisis en Centro América y Oriente Medio...?

—Con respecto a lo primero, ciertamente que no es fácil predecir hacia dónde marcha la economía mundial.

La recuperación de los Estados Unidos es un hecho y es un hecho sobresaliente en la medida en que la economía ha emprendido su crecimiento con un enorme vigor.

Sin embargo nadie cree en este momento que la teoría de la locomotora se aplique a Europa con la misma intensidad. Incluso hay cierta perplejidad ante cómo está reaccionando el mercado de productos básicos.

Por lo demás, la gran incógnita del momento son las elevadas tasas de intereses. Cuesta encontrar ejemplos comparativos en el pasado en donde la economía capitalista crece con tasas de interés del 6 ó 7 por ciento, en términos reales. No hay experiencias históricas abundantes de un crecimiento sostenido con esas tasas. Todo eso crea un clima de incertidumbre que se ve en las previsiones, aun cuando el horizonte de previsión se ha achicado mucho en el mundo y los errores cometidos en esta materia son bastante evidentes y sorprendentes.

De ahí que se deba tener una actitud muy pragmática y seguir los hechos día a día, pues muchas de las cosas con las que estamos trabajando pueden cambiar rápidamente, para bien o para mal, en los próximos meses.

Lo prudente es pensar que no habrá una explosión de los precios de las materias primas salvo que hechos o accidentes políticos lo provoquen. Que tendremos tasas de interés por lo menos elevadas en el año '84 sin que nadie pueda imaginar una caída significativa de los intereses reales. Y además los recursos financieros seguirán siendo eminentemente escasos. En ese clima el entorno internacional para nuestra reactivación va a ser mediocre cuando no negativo y debemos prepararnos para ello.

En cuanto a la parte política, ciertamente que el clima político internacional es muy preocupante y ha generado y sigue generando muchas inquietudes, fundamentalmente por la amenaza de un conflicto nuclear. Todo eso deprime las actitudes en el campo económico en la medida en que las expectativas se ven todas ellas matizadas por este hecho. Y lo mismo ocurre con la inversión, que es el gran motor de la economía internacional, siente estos conflictos políticos que crean sombras de dudas que hacen que no pueda aceptarse plenamente el efecto de la recuperación.

—¿Cuál cree que es la actitud general del ciudadano, del hombre latinoamericano frente a la situación económica del continente? Es acaso, una sensación de descrédito generalizado ante cualquier fórmula económica, algo así como sentirse en un descenso que no tiene fin...

—En general hay que prevenirse contra estas tendencias de extrapolar el presente hacia el futuro sin tener matices.

En los años '70 se pensó por parte de algunos sectores que se habían logrado soluciones mágicas y que el crecimiento habría de ser poco menos que infinito y que la limitante externa había cesado.

Así se proyectó un optimismo desmedido.

Hoy creo que estamos tentados a proyectar un pesimismo también excesivo.

Hay que apelar al optimismo histórico en el sentido de que va a haber una acomodación y que de alguna manera hemos de salir de estos problemas.

Ciertamente que no habremos de salir retornando al punto de partida y de eso hay que tener conciencia plena: en el mundo están cambiando muchas cosas y por tanto tenemos que prepararnos para tiempos diferentes, lo cual no quiere decir necesariamente tiempos peores, sino simplemente adaptar políticas para navegar en un mundo que está cambiando constantemente.

Es cierto que en este momento la profesión de economista no es la que goza de mayor prestigio en general, pero ello se debe a que hay grandes mutaciones estructurales en el mundo en todos los órdenes, que hacen que los datos para la previsión y la anticipación sean mucho más difíciles de dominar. Además es destacable que esta crisis actual, a diferencia de la crisis de los años '30, es una crisis que compromete muchas actitudes y actores de clase media, que vieron crecer mucho sus expectativas en los años 70 y que ahora las ven recordadas por el imperio de las circunstancias.

Esto hace que tengamos una crisis muy compleja, pues al tocar a las clases medias, además por supuesto de tocar a las clases bajas, hay un efecto de difusión y de impacto psicológico muy violento que la hace más difícil de dominar tanto en lo económico como en lo político.

—¿Estamos también en una crisis de ideas para poder navegar en esas difíciles aguas de la economía actual?

—En general hay una crisis de las ideas. No diría de la ciencia económica, sino más que nada de las políticas económicas enfrentadas a circunstancias nuevas y a evoluciones bastante novedosas también.

Al igual que en otras crisis, las ideas son lo más desafiado en este momento. Y quizás tanto en el norte como en el sur, estemos necesitando nuevos planteos y aprovechar la experiencia pasada para encontrar nuevas síntesis para enfrentar la complejidad actual.

Sí, pues, creo que hay una crisis de ideas que obliga al gran desafío del momento y que sería muy negativo no aprender de las experiencias pasadas, las que han dejado lecciones y sedimentos de una enorme importancia.

Una de las cosas que estamos tratando de hacer es asumir esas experiencias con objetividad para ubicarnos con un poco más de pragmatismo en el panorama que nos toca vivir.

—¿Qué ha dejado el reciente choque de ideas, entre la redefinición del

clásico liberalismo en el actual neoliberalismo y la línea de pensamiento de la CEPAL?

Han quedado experiencias importantes de todas partes. Especialmente en el campo concreto del avance de la ortodoxia de los últimos años han quedado firme varias cosas. Primero, que los países no pueden ampararse a un proteccionismo ineficiente por un largo tiempo sin que ello lleve al país a la obsolescencia tecnológica y al estancamiento. Eso ya lo dijo la CEPAL a fines de los '60 cuando intentó las experiencias de integración económica, que no eran otra cosa que ampliación de los mercados limitados de los países, y cuando además pretendió con imaginación lograr que los mercados internacionales se abrieran a la exportación de manufacturas a través de la UNCTAD. De manera que ese peligro se vio en su momento.

O sea que la apertura externa es un hecho inevitable si queremos al mismo tiempo profundizar los mercados internos. Hay una relación muy directa entre profundización del mercado interno y apertura externa.

La diferencia fundamental es que a nuestro juicio esa apertura debe ser selectiva y no indiscriminada en todos los campos como lo han demostrado las penosas experiencias del fracaso de alternativas ortodoxas monetaristas en los últimos años. Pero eso no invalida el hecho de que estos países no tienen otra salida que la de una apertura externa que les permita avanzar en los frentes con un gran pragmatismo.

En ese campo un elemento que tiene importancia es la apertura externa en el área regional, en lo que seguimos creyendo, no porque sea la panacea a nuestros problemas en toda su magnitud, pero sí porque implican una posibilidad de encontrar motores adicionales al crecimiento, en momentos en que los motores internacionales no son tan transparentes como habíamos pensado.

La experiencia fundamental es que América Latina debe alejarse de toda tentativa de reproducir populismos redistributivistas que en definitiva se agotan al poco tiempo y a la vez pensar que las experiencias monetarias basadas en mercados tremendamente imperfectos y en una actitud internacional que no siempre es la que supone la teoría, han dado también resultados de los que habrá que prevenirse en el futuro.

—¿Qué espera del encuentro de economistas que se realiza en Quito?

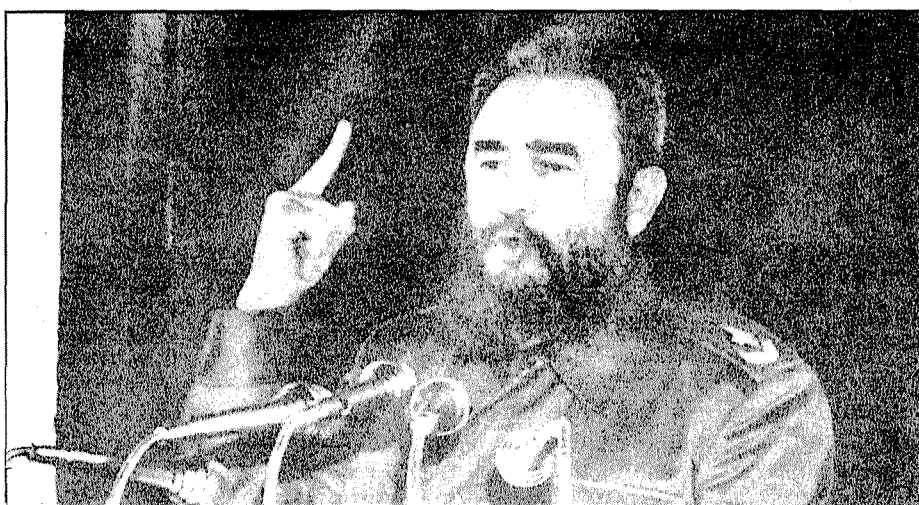
—Se trata de un encuentro político de primer nivel, donde los países a iniciativa del Presidente Hurtado, pusieron una gran esperanza, pues de lo que se trata es de arribar a algún punto de encuentro frente a la crisis y lograr algún tipo de planteo político hacia adentro y hacia afuera.

Hacia dentro de la región pues se necesita restablecer un mínimo de vigencia de la cooperación regional que ha sido muy erosionada por la crisis de los últimos años.

Y el mensaje hacia afuera tratará de mostrar algunas de las características peculiares de la crisis latinoamericana en sus rasgos más propios. América Latina, habiendo hecho un esfuerzo de tanta magnitud para hacer frente a sus compromisos internacionales, de no obtener los resultados rápidos de la reactivación, no podrá continuar haciendo frente a los compromisos en las actuales condiciones. Necesita de esquemas especiales de refinanciamiento de deuda que le permitan salir del pozo actual.

Es de esperar también que el mensaje de Quito sirva de telón de fondo para los países que van a tener que negociar este año, especialmente Argentina y Venezuela, y que por lo tanto tendrán el apoyo político de esa reunión y puntos sobre los cuales podrán basar sus futuros ejercicios de refinanciación. A partir de lo que ellos puedan hacer o lograr, podrán cambiarse o matizarse las actuales formas como América Latina viene refinanciando su deuda.

Juan Miguel Petit



Mario Bunge

Cuba: sí, pero

Hace veinticinco años, en Cuba, un pequeño grupo de guerrilleros barbados conmovió al mundo al derrotar a una de las más sangrientas dictaduras que haya conocido la moderna historia latinoamericana. Había caído el corrupto sargento Batista. Se había terminado el privilegio de los capitales extranjeros, finalizaba una larga jornada de abusos y crueldades. Comenzaba un nuevo tiempo: Cuba se encontraba con Cuba y toda América Latina abrió un paréntesis para la esperanza y la solidaridad. Había caído Batista y un joven abogado electrificaba al pueblo cubano con sus pronunciamientos democráticos y humanísticos.

Tres años después, en 1961, el mismo pueblo cubano vivaba a ese mismo joven abogado que se declaraba marxista-leninista.

Han pasado veinticinco años. Fidel sigue allí.

Con motivo de este singular aniversario se han escrito numerosos artículos, apologías y diatribas, iracundas defensas y furiosas críticas. Valladares asegurando que el estudiante universitario Carlos Gutiérrez, de veintitrés años, militante de la Juventud Comunista, fue fusilado en mayo de este mismo año, acusado de "terrorismo" tras un proceso fraudulento y Cortázar afirmando que "en Cuba hay un pueblo que goza de los derechos humanos".

Año tras año los indicadores relativos a la Salud y a la Educación señalan una constante superación. Amnesty International denunció, en 1983, el fusilamiento de veintinueve cubanos acusados de conspiración.

Fidel Castro goza, sin duda alguna, de las simpatías de la mayor parte del pueblo de Cuba y con respecto a aquellos que disienten la postura de "el caballo" es contundente: "Toda crítica es oposición, toda oposición es contrarrevolución". JAUQUE ha decidido hoy contribuir a la polémica reproduciendo el siguiente artículo del filósofo Mario Bunge.

Acabo de pasar tres semanas en la Perla de las Antillas, invitado por la Academia de Ciencias de Cuba. Di una docena de conferencias, conversé y discutí con docenas de intelectuales y visité varios lugares e instituciones. Me moví por mi cuenta cuantas veces quise, vi lo que deseaba ver y dije lo que pienso, con mi habitual falta de tacto. Critiqué el dogmatismo, el atraso de la teoría económica marxista, las oscuridades de la dialéctica, el descuido de la investigación básica y la falta de libertad de Prensa. Mi público y mis interlocutores me escucharon con atención y me discutieron con cortesía. Al despedirme, un miembro del Consejo de Ministros me dijo: "Vuelva, aunque no demasiado a menudo". Volveré por los muchos síes y pese a los muchos peros.

Los cubanos parecen felices: se les ve actuar apaciblemente, departir amablemente, acoger al extraño con hospitalidad y sonreír a menudo, sin la tensión característica de otros pueblos. Pero no ven problemas donde los hay y, por consiguiente, no protestan ni se afanan por resolverlos: son un tanto happy-go-lucky.

Es evidente que nadie pasa hambre. En particular, la población campesina, que antes no comía carne ni huevos, ahora los come. Pero la isla aún no se abastece completamente de alimentos. En particular, escasean las hortalizas y frutas, y la comida estándar es excesivamente rica en almidón y grasa.

El cuidado de la salud está muy avanzado: hay policlínicos bien atendidos aun en lugares remotos, y nadie paga por la aten-

ción médica. (Llevé a mis hijos a uno de ellos sin aviso previo. Nos atendieron en seguida tres médicos, que nos despacharon competentemente en cinco minutos. No hubo otros pacientes). Pero en algunos barrios falta agua, y en los baños escasea el jabón. El resultado es que aún hay casos de diarrea, aunque no tan graves ni frecuentes como en otros países tropicales.

La educación ha progresado enormemente: la asistencia a las escuelas primarias y secundarias es obligatoria y los alumnos estudian largas horas. Pero el nivel de conocimientos de la población general es aún bajo.

Los precios de los productos de primera necesidad son bajos, y muchos de ellos no han variado desde la revolución. (Todos los medicamentos llevan su precio impreso. Los de mis hijos costaron un peso cada uno, o sea, unas 130 pesetas). Pero, al igual que en los demás países socialistas, siempre hay colas en los comercios.

Todo el mundo parece tener televisores. Pero los programas de televisión suelen ser de un nivel artístico deplorable y los noticieros son aburridos y tendenciosos.

Hay periódicos y revistas bien escritos, en particular Granma, Bohemia, y El caimán barbudo. Pero están mal distribuidos y su misión principal no es informar objetivamente, sino adoctrinar y movilizar.

Hay numerosas librerías que venden buenos libros a precios ridículos. (Por ejemplo, Tierra inerte, de la distinguida escritora

Dora Alonso, tiene 234 páginas bien impresas y cuesta 30 centavos, o 40 pesetas). Pero sólo hay libros cubanos y soviéticos recientes.

Los niños jóvenes tienen un físico espléndido, resultado de una alimentación adecuada, de la gimnasia y de la vida al aire libre; los reclutas parecen atletas. Pero, a partir de los 30 años de edad, las gentes ostentan vientres burgueses.

Todo el mundo participa de numerosas actividades sociales o de defensa. Pero hay exceso de locales dedicados a estas actividades, atendidos por funcionarios y empleados del Estado, que hacen poco más que mirar televisión.

Todo está planificado. Pero, de hecho, los propios cubanos reconocen que son finalistas, en el sentido de que tienden a dejarlo todo para el último momento.

La ciencia aplicada y la técnica son de nivel respetable, y están tan planificadas como la producción, lo que es razonable. Pero también está planificada la investigación básica, que es tan implausible como la poesía, la composición musical o la pintura.

La ciencia cubana es creación de la revolución: antes de ésta no había sino aficionados aislados. Pero la ciencia básica está muy poco desarrollada, tanto debido a la planificación como al dogma marxista de la preeminencia de la práctica.

El poder político se ha diluido radicalmente después de la profunda reforma de 1975, que descentralizó el Estado e instituyó los órganos de poder popular. Hay, pues, democracia participativa, no sólo representativa. Pero los propios dirigentes se quejan de que los delegados a las asambleas de poder popular, lejos de tomar iniciativas y de pedir cuentas a los dirigentes, esperan órdenes.

Se insta a intensificar la participación popular en la administración de la cosa pública y en la defensa. Pero en un negocio vi un cartel que rezaba: "Apoyamos los editoriales de Granma", y en la puerta de un cuartel leí la inscripción: "Comandante en jefe (Fidel): ¡Ordene!". La democracia es incompatible con la obediencia ciega.

No hay criminalidad ni corrupción, no sólo porque no hay miseria y porque la legislación penal es rigurosa, sino también porque los líderes del Gobierno dan ejemplo de pureza. (El Che decía que en Cuba se puede meter la pata, pero no la mano). Pero hay abusos: por ejemplo, en el uso de vehículos estatales y en el cumplimiento de los horarios de trabajo.

Se insta a la gente a que se mantenga bien informada en cuestiones de economía y de política. Pero, puesto que no hay libertad de Prensa, de hecho el público no está bien informado.

El Gobierno ha emprendido una vigorosa campaña para ahorrar energía. Pero las propias dependencias estatales son las que más energía desperdician. Basta ver la enorme cantidad de vehículos estatales que ruedan por las calles y carreteras y las numerosas oficinas gubernamentales, excesivamente frías e iluminadas.

Hay plena libertad de creación artística. Tanto en literatura como en música y artes plásticas hay una gran variedad de escuelas, incluyendo el surrealismo. Pero no hay libertad creadora en ciencias básicas ni en filosofía: en las primeras, debido al planificacionismo; en la segunda, porque se cree que la misión del filósofo no es tanto buscar conocimiento nuevo como defender la fe y demoler al infiel.

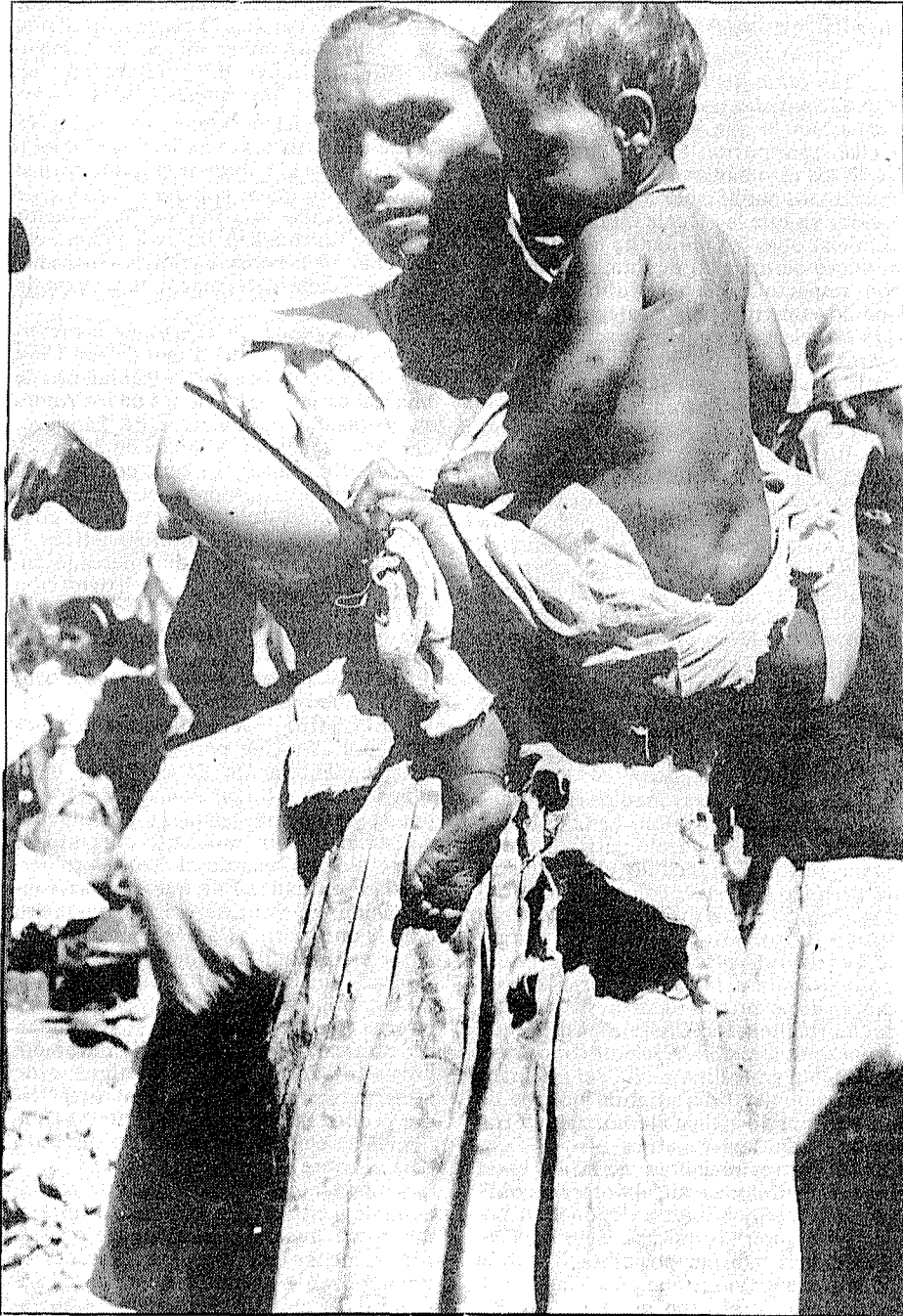
Los cubanos mantienen generosas y eficaces misiones médicas y técnicas en una treintena de países subdesarrollados: ofrecen un modelo de cooperación internacional. Pero también se han embarcado en algunas aventuras quijotescas, tal como el apoyo al independentismo boricua, impopular por impracticable, en el propio Puerto Rico.

Los cubanos se jactan, con razón, de haberse librado de la dominación norteamericana que los oprimió durante seis décadas. Pero, debido a la permanente hostilidad de EE.UU., han pasado a depender de la URSS a punto tal que se ven obligados a seguirla en lo bueno y en lo malo.

En Cuba no hay paro, mendicidad, adicción a drogas, prostitución, juegos de azar, loterías, ni riñas de gallos. Pero... Y aquí no encuentro qué contraponer.

En resumen, Cuba es una perla imperfecta. Pero es la perla de América Latina. Es el único país latinoamericano que ha progresado en todos los frentes, salvo en el de la libertad, en el curso de los últimos 25 años. Es un modelo del que todos podemos aprender y que los cubanos debieran perfeccionar.

N. de R.: Mario Bunge es hoy uno de los contados filósofos de la ciencia. Dice Marcel Roche que al igual que el antiguo filósofo que mostraba la realidad del movimiento moviéndose, hombres como Bunge demuestran la posibilidad de nuestra ciencia haciéndola. Hace muchos años que Bunge reside y trabaja fuera de la Argentina, sin embargo nunca ha perdido contacto con su país ni con Latinoamérica. Prueba de ello: son sus viajes por el cono sur y su sensibilidad ante los problemas que afectan nuestra zona.



Helder Cámara y los "Flagelados".

Más de los dos tercios de la humanidad viven en una situación subhumana: de miseria y de hambre. Hoy en día, un pequeño grupo tiene una supervivencia y la gran multitud se arrastra sin vida. Es preciso redimensionar la economía mundial".

Así se expresa el mítico y polémico Arzobispo brasileño de Olinda y Recife, Monseñor Helder Cámara, universalmente conocido como el "Arzobispo de las Favelas", barrios miserables de barracas en las grandes urbes.

El "Apóstol de los pobres" tiene 74 años, es un hombre frágil y de pequeña estatura. Pero emana de su figura extraterrestre, una fuerza y una ternura que marcan para siempre a quien haya encontrado un día la mirada de sus inmensos ojos azules, deslavazados.

Diez millones de "flagelados"

En la antigua ciudad colonial de Olinda —declarada por la UNESCO "patrimonio histórico y cultural de la humanidad"—, situada a seis kilómetros de Recife, capital del Estado de Pernambuco, en el Nordeste de Brasil, hay una imagen mutilada de la Virgen, con un niño Jesús decapitado. La imagen de arcilla policromada, data del siglo XVII y fue bautizada por Monseñor Helder Cámara con el nombre de Nuestra Señora del Nordeste.

Esta patética figura habla por sí sola para quien sabe que en el Nordeste brasileño

hay ahora cerca de 10 millones de "flagelados", de los cuales se estima que morirán 3 millones antes de 1985. En Brasil se llama "flagelados" a aquellas personas que han sufrido el azote de una calamidad climática que les ha hecho perder todo lo que tenían.

Esta amplia región brasileña, que cuenta 34 millones de habitantes, sufre desde hace dos siglos sequías cíclicas, que recuerdan las plagas bíblicas. Ahora cinco años seguidos sin lluvias, y un proceso de desertización progresiva, están acabando con la tierra, el ganado y los habitantes.

La mortalidad infantil, debida al hambre, alcanza en el primer año de vida el 250 por 1.000, según alertó recientemente el Gobernador del Estado de Ceará, que es uno de los más afectados de dicha región.

Allí, los "flagelados" que aún no han huido de sus tierras calcinadas y resquebrajadas, se alimentan con ratas, lagartos, camaleones y serpientes. La sed y el hambre están diezmando la población y creando una "sub-raza", con lesiones cerebrales irreversibles debidas a la desnutrición.

A pesar de la ayuda gubernamental y de la extraordinaria campaña de solidaridad de todos los brasileños hacia sus hermanos del Nordeste, el problema es gigantesco y de difícil solución, porque no se trata sólo de distribuir comida y agua en aquellas zonas semi-desérticas, sino que haría falta, para salvar la

región y sus habitantes, crear nuevas condiciones climáticas y fuentes de irrigación.

Pero precisamente ahora Brasil se encuentra acorralado por la peor crisis económica y financiera de toda su historia, y está renegociando su deuda externa, la mayor del mundo, que ronda los 100 mil millones de dólares. Además, el país ha sufrido en los últimos meses, las peores lluvias e inundaciones del siglo, que han arrasado la economía de los ricos estados del sur.

Esta grave situación interna, y el sufrimiento de las dos terceras partes de la humanidad, son sin duda la razón por la cual Helder Cámara, que ha dedicado su vida a los pobres y a Dios, llora cuando reza misa. Su cuerpo es sacudido por espasmos, y se enjuga las lágrimas con el lienzo purificador. Cada día, parece que "Dom Helder", como le llaman en Brasil, reza la primera misa de su existencia.

"La paz es posible"

"La paz será siempre imposible sin justicia y amor. Las injusticias son abismales", dice Helder Cámara.

—¿Pero es compatible la paz con la naturaleza humana?

—Sí, la paz es posible, porque evidentemente Dios no creó el mundo para divertirse. Pero infelizmente, así como tenemos cualidades divinas, existe también en nosotros el viejo egoísmo, que crea problemas desde la familia hasta en el plano internacional. El hombre es capaz de eliminar la miseria de la tierra —señala el Arzobispo— pero desgraciadamente, la humanidad se encuentra en plena carrera armamentista. Las dos superpotencias y sus aliados respectivos, poseen más de 40 veces lo necesario para destruir completamente la vida en la tierra.

Aparte del peligro latente de deflagración de una guerra nuclear o biológica, por un simple error electrónico, Dom Helder alerta sobre el hecho de que el costo de las armas y de la carrera espacial son de tal índole, que incluso sin que haya guerra nuclear declarada, "El hombre no puede acabar con la miseria, y en vez de intentar eliminarla, se encuentra apto para exterminar la vida de nuestro planeta".

—Nosotros —advirtió Helder Cámara—, cuando vimos aquella guerra horrible, trágica, entre Argentina y Grrrrrran Bretaña (hace sonar la "r" entre sus dientes), comprendimos que era una oportunidad para experimentar las armas de la tercera guerra mundial.

El Arzobispo brasileño destaca y puntualiza, que los costos de fabricación mundial de armas, serían más que suficientes para erradicar la miseria de la tierra.

—¿Existen soluciones para un mejor reparto de bienes?

—La humanidad ha llegado a tales excesos, —responde Dom Helder— que estas aberraciones acabarán ayudándonos. Necesitamos una nueva dimensión de la vida humana". El prelado critica las multinacionales, que van acaparando hasta los medios de comunicación, y denuncia las alianzas del poder económico y del poder militar.

—Por un lado están los bancos internacionales, y por otro el tercer mundo, cargado de deudas que no pueden pagar, incluso cuando el país tiene grandes reservas naturales como Brasil. Debemos pagar la deuda externa, pero no con el sacrificio del pueblo, como lo exige el Fondo Monetario Internacional.

Helder Cámara se declara a favor de la moratoria de los países endeudados y dice: "¿Cómo se van a quedar los bancos internacionales cuando el tercer mundo llegue a una actitud global de insolencia? ¿Van a seguir insistiendo? Yo creo que los bancos y la finanza internacional comprenderán la urgencia de redimensionar la economía... Tengo fe en que Dios no está ciego ni sordo".

En resumen, el Arzobispo brasileño opina que "precisamente porque estamos llegando a tales absurdos, de cierto modo nace la e:



peranza de que cuando el susto es demasiado grande, a veces la criatura se despierta".

Tiempo de violencias

—¿Cuál es el régimen político o el país en el cual hay más justicia social?

—Yo debo decir —sentencia dom Helder—, que no conozco ningún país que cumpla integralmente los derechos humanos. No conozco ninguno, ni siquiera los que se dicen más democráticos. Basta anotar lo siguiente: "En este tiempo de violencias, ¿cuál es la mayor violencia? A mi entender, la violencia madre de todas las violencias, es la miseria, que mata más que las guerras más sangrientas. Yo no conozco ningún país, ninguno, en donde no haya pedazos de tercer mundo".

Para el "Arzobispo de las Favelas", "La mayor favela que conozco está en Nueva York. Cuando estoy en los Estados Unidos y amigos americanos me dicen que les gustaría conocer áreas subhumanas y favelas, yo les contesto que pueden visitarlas allí mismo, en Norteamérica".

—¿Es importante la libertad y la democracia para el hombre, o es mejor una dictadura que le asegure orden y una vida sin hambre ni miseria, como en China por ejemplo?

—Yo tengo la impresión —responde Dom Helder con aire pensativo de que lo importante no es sólo qué haya comida, e incluso vivienda, yo creo que jamás podría acostumbrarme a vivir en un país donde no hubiese libertad de pensar, de creer... Yo no soy un buéy, yo no soy un árbol, soy un ser humano...".

En aquellos instantes la mirada de Dom Helder Cámara va mucho más lejos aún que sus palabras. "Para mí, la verdad, la belleza, el bien, son importantes como el pan, el alimento. De manera que ni me hablen de estas repúblicas populares".

Gobiernos idólatras

Con respecto a la democracia, Cámara se revela escéptico y pregunta: "¿Quién no se proclama democrático? Pregunte a Pinochet si se considera un dictador o un presidente democrático".

El arzobispo critica con fuerza las ideologías basadas en la "seguridad nacional" y califica a estos gobiernos de "idólatras". Recuerda el sufrimiento del continente latinoamericano y se pregunta cuántas personas desaparecieron en nombre de la seguridad nacional.

Responsabiliza a las dos superpotencias de las desgracias en América Central que explica así: "En la reunión de Yalta después de la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt, Churchill y Stalin se dividieron las zonas de influencia del mundo. Es claro que América Central quedó en la zona de influencia de los EE.UU., pero un poco más adelante hubo la sorpresa de Cuba. El ejército americano no estaba aún preparado para las guerrillas, Che Guevara y Fidel Castro llegaron al poder, y hoy las dos superpotencias hacen cuestión de dominar América Central, para dominar luego América Latina.

Los Estados Unidos quieren imponerse, porque en Yalta, América Latina fue reconocida como zona de influencia y la Unión Soviética quiere dominar, porque después de la victoria en Cuba, considera que para libertaaaar (hace sonar la "a") América Latina..., es preciso cubanizarla. En verdad —concluye Helder Cámara— los dos gigantes se provocan, las dos enormes ambiciones se chocan, y América Central es la gran víctima".

Durante la larga entrevista concedida a "EFE" en Recife, el Arzobispo brasileño mandó el siguiente mensaje a los países del tercer mundo y en especial a los de Iberoamérica:

—Yo pido a mis hermanos del Tercer Mundo que no se dejen engañar. Cuando un país dominado por un anacrónico colonialismo, o por una de esas dictaduras militares, emprende una guerra de liberación, siente la necesidad, para poder vencer, de apelar a una superpotencia. Es claro que la superpotencia acude volando, trae cantidad de armas modernas, las distribuye entre los guerrilleros, ayuda a vencer, pero no conozco a ninguna superpotencia que después de la victoria vuelva para su casa. Se queda bajo pretexto de garantizar la victoria.

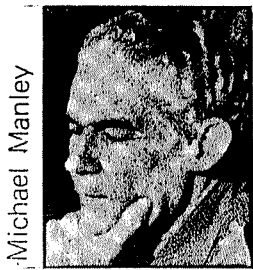
—¿Qué opina de la llamada Iglesia Popular?

—Si por Iglesia Popular se entiende la verdadera Iglesia de Nuestro Señor Jesús Cristo —explica Helder Cámara—, que siguiendo las enseñanzas de Cristo procura unir cada vez más el primer mandamiento y el segundo (Amar a Dios y amar al prójimo), si por Iglesia Popular se entiende la Iglesia de Cristo, preocupada no sólo en trabajar para el pueblo, pero con el pueblo, entonces allí estamos en el Evangelio. Ahora, si alguien entiende por Iglesia Popular, la nacida solamente del pueblo, sin contar con el Espíritu Santo, siendo una Iglesia desligada de la Iglesia Universal, entonces ya no es la Iglesia de Cristo, que yo conozco y a la cual pertenezco".

Consuelo de Prat
Servicios Especiales EFE



¿Quién será el próximo?



Michael Manley

Quien haya leído el "Documento de Santa Fe", donde se trazaban las líneas vectoras de la política de Ronald Reagan hacia América latina (un extracto fue publicado en la Separata de Jaque número 3), recordará el nombre de Michael Manley. El extracto mencionado omitía mayores datos sobre el mismo, en virtud de que Manley había perdido el poder en Jamaica, donde era primer ministro en momentos de redactarse el citado documento. No obstante, Manley, líder del People's National Party (Partido Nacional Popular) de la isla caribeña, había cumplido un papel de primera importancia en la vida independiente de su país, desempeñando la jefatura de gobierno entre 1972 y 1980, cuando resultó derrotado en las elecciones ganadas por Edward Seaga. Durante su permanencia en el poder, Manley —a quien, como se recordará, el "Documento de Santa Fe" describía como "buen amigo de Cuba"— llevó adelante un programa de gobierno que él mismo caracterizó como "socialismo democrático", en el marco de cuya independencia mantuvo, efectivamente, cordiales relaciones con el gobierno de Fidel Castro. Esa línea política lo convirtió en "blanco enemigo" de la política exterior norteamericana, en tanto la isla se sumía crecientemente en una dura crisis (agravada, según los observadores, por la acción del Fondo Monetario Internacional y sus clásicos condicionamientos para otorgar refinanciaciones) hasta ser derrotado por el Partido Laborista de Jamaica. El año siguiente a esa derrota es descrito, por un breviario histórico independiente, en estos términos: "El Fondo Monetario Internacional concede un préstamo de 650 millones de dólares por tres años (abr.). El primer ministro (Seaga) es invitado a Washington. Jamaica rompe relaciones con Cuba (dic.)". Ante la intervención de Estados Unidos en Granada, Manley redactó un artículo (publicado originalmente en la revista neoyorquina *The Nation* el 12 de noviembre último) en el que desarrolla una visión de tales acontecimientos desde una óptica particular: la de un líder opositor dentro de una de las naciones que, precisamente, "solicitaron" la intervención de Washington. Dicho artículo es ahora reproducido con expresa autorización de su autor.

Permítanme empezar asegurando que la invasión de Estados Unidos a Granada fue popular en todas las islas pequeñas del este caribeño y que contó con el apoyo de la mayoría del pueblo de Jamaica. Sin embargo, fue equivocada. Aún más, ha establecido un precedente que en el Caribe habremos de lamentar amargamente.

Fui de los primeros en denunciar la detención y posterior asesinato de Maurice Bishop. El partido que lidero demandó el aislamiento diplomático del consejo militar golpista y la imposición de sanciones selectivas por parte de la CARICOM (Comunidad y Mercado Común del Caribe) y de la comunidad internacional tendientes a derrocar aquel régimen. Por lo tanto, no hablo como apologista de los acontecimientos que pretextaron la invasión.

Cuando se produce un asesinato, existe siempre la tentación del linchamiento, lo que a menudo goza de amplio apoyo emotivo. Lo que no lo convierte en justo. La ley de Lynch representa un retroceso para la civilización, aun cuando el hombre que cuelga del árbol sea claramente culpable. En consecuencia, la popularidad de la invasión no ejerce influencia sobre mi juicio.

Existe un principio en las relaciones internacionales que es sagrado. Es el que establece que las fuerzas extranjeras no deben penetrar en el territorio de otro país a menos que sea invitada por las autoridades debidamente constituidas para ayudar en la defensa contra una amenaza externa. Una invasión para rescatar ciudadanos propios es una circunstancia especial, que sólo es admisible cuando el peligro es verdadero y la operación militar está limitada a hacer efectiva su liberación.

Cuando el Caribe se inundó de júbilo por la derrota infligida por las tropas de los Estados Unidos a un país de 110.000 habitantes, se estaba celebrando el abandono de ese principio fundamental. Porque cuanto más pequeños somos, más grande es nuestra dependencia de ese principio, y más serias las implicancias de su ruptura.



Examinemos las razones que tanto los Estados Unidos como los líderes caribeños han lanzado para justificar este acto que contiene implicancias tan ominosas.

Se dijo que la invasión era necesaria para restaurar la democracia. Si la restauración de la democracia era la prueba para su legitimación, debemos preguntarnos: ¿qué versión de democracia?, ¿decidida e impuesta por quiénes? Si la intervención norteamericana en Granada era necesaria, ¿por qué no en Honduras, Guatemala, Chile, Paraguay, Uruguay, Haití, África del Sur?

También se argumenta que la invasión fue en respuesta a una invitación pactada en tratados. El tratado entre siete miembros de la Organización de Estados del Caribe Oriental (OECS) es claro en dos puntos: primero, los miembros acuerdan acudir en ayuda de otro si existe amenaza externa a su seguridad; segundo, dicha acción requiere aprobación unánime.

Seis de los siete miembros de la OECS anunciaron que se sentían amenazados por Granada. Pero Granada no es una entidad extranjera: es miembro de la organización. Por otra parte, Granada no tuvo voz en la decisión. Los Estados Unidos sugirieron que el gobernador Paul Scoon había reclamado la invasión, pero este argumento salió a luz muy tarde, después que un primer ministro caribeño ya había anunciado que quería una invasión para liberar al Bishop. En cualquier caso, ¿por qué el representante de la Corona en Granada no envió un mensaje a la Reina indicando su deseo de que las tropas de los Estados Unidos invadieran el país?

Las otras justificaciones ya habían sido adelantadas por la prensa norteamericana, por lo que sólo me voy a referir a ellas brevemente. El "peligro" respecto de los estudiantes de medicina norteamericanos surgió sólo a partir de la invasión, ya que la escuela estaba próxima al inicial objetivo militar de los marines: el nuevo aeropuerto de Punta Salinas. Y con respecto a éste, la firma británica que lo construía negó categóricamente que estuviera destinado a propósitos militares. Su construcción obedecía a permitir el aterrizaje de jets para el transporte de turistas; otros tres aeropuertos en el Caribe tienen pistas aún más largas.

El hecho es que la invasión y conquista de Granada por fuerzas norteamericanas fueron llevadas a cabo sólo por razones políticas, en desafío a la ley internacional. Algunos primeros ministros vieron una oportunidad para derrocar un gobierno que no les gustaba, luego que el grupo opositor a Maurice Bishop hubo cometido la estupidez de proponerles un pretexto. El presidente Reagan desde hacía tiempo soñaba con una excusa para destruir el New Jewel Movement (1), y nunca se sintió más feliz que cuando recibió la invitación y actuó en consecuencia.

Pero había otras medidas alternativas antes que la invasión. La CARICOM podía haber aislado diplomáticamente al nuevo régimen, impedido el suministro de petróleo a la isla y congelado sus fondos. Pero si estas medidas no hubieran tenido éxito, otras sanciones —como cortar el suministro de repuestos, armas y municiones— podían haber sido aplicadas. Estas presiones habrían debilitado mortalmente al Consejo Militar, que ya enfrentaba una creciente oposición del pueblo granadino a raíz del asesinato de su popular líder. Había indicios de que el Consejo estaba atomizado y tratando de dar marcha atrás.

En otras palabras, existían bases para negociaciones que apuntaran a obligar al Consejo Militar a deponer su poder y restaurar el gobierno civil. Esas negociaciones habrían posibilitado que el pueblo granadino tomara parte activa en el proceso de retorno del país a un gobierno civil. Y las naciones del Caribe habrían evitado establecer un precedente que las deja expuestas a futuras intervenciones de los Estados Unidos. La próxima vez que a este país no le guste un gobierno, podrá usar el ejemplo de Granada para justificar una acción militar. La relación de América Central con los Estados Unidos tiene una larga y trágica historia: Honduras, Nicaragua, Cuba y México han tenido en su suelo tropas invasoras norteamericanas, porque a Washington no le gustaban algunos regímenes ni el desarrollo de los acontecimientos en esos países. Desde la segunda guerra mundial, los Estados Unidos han interferido en Guatemala y en la República Dominicana. Pero nunca lo habían hecho en los países angloparlantes del Caribe. Porque a la intemperada, apresurada y totalmente ilógica decisión de llamar a un ejército extranjero para solucionar nuestros problemas, hemos agregado nuestros países a la lista de los que son presa fácil.

Algunos han sostenido que esa dura acción era necesaria. ¿Pero hasta el extremo de invitar a una gigantesca potencia militar para invadir una de las más pequeñas naciones del mundo? Tal invitación, a mi juicio, sabe a cobardía neocolonialista. Y termino con una pregunta: ¿quién será el próximo y cuáles serán entonces las consecuencias?

(1) Movimiento Nueva Joya, partido liderado por Bishop.

Pinochet: otra hipoteca.

Para los chilenos, martes 13 de diciembre fue realmente un día nefasto: ese día, el régimen de Pinochet promulgó un nuevo Código de Minería capaz de comprometer el futuro del país por largas décadas.

Desde hace medio siglo, la ley vigente en Chile favorecía el monopolio estatal sobre el cobre; monopolio formal que se hizo muy concreto a partir de 1971, cuando el gobierno de Salvador Allende nacionalizó las propiedades cupríferas de las corporaciones norteamericanas Kennecott, Anaconda y Cerro de Pasco.

Chile posee un cuarto de las reservas de cobre en todo el mundo (en 1982 fue descubierto un nuevo yacimiento de mineral en las estribaciones de los Andes a apenas 50 kilómetros de Santiago, con una capacidad estimada de 30 millones de toneladas), lo que convierte al país en el primer productor mundial, con 1.280.000 toneladas en 1982, cifra que supera a la de la Unión Soviética.

Las fluctuaciones del mercado internacional redujeron la participación del cobre en las exportaciones chilenas (de 83% a 46% en 1980), pero el país depende aún del mineral en un grado difícil de superar por casi todo otro ejemplo de monoproducción.

El Código de Minería ahora promulgado por Pinochet permite al gobierno, independientemente de cualquier decisión judicial, otorgar concesiones a empresas extranjeras para la explotación del mineral, aun mediante contratos a perpetuidad. De acuerdo con el gobierno, la eventualidad de que empresas internacionales se interesaran por tales concesiones sería la única manera de superar el desequilibrio de su balanza comercial, en un contexto de deudas por 20.000 millones de dólares y de recesión interna que los observadores no dudan en calificar como brutal. El autor del proyecto, José Pinera, ex ministro de Minería, sostiene que Chile necesita "tener pronto esas inversiones, antes de que la ciencia consiga encontrar un sustituto para el cobre, destruyendo su valor".

Los sectores opositores, que ven razonablemente en la propiedad estatal del cobre una reivindicación de soberanía, al menos en el plano económico, no vacilaron en reaccionar duramente. Radomiro Tomic, dirigente de la Democracia Cristiana (fue candidato presidencial de ese partido en las elecciones de 1970, finalmente ganadas por Allende), sostuvo, a través de un anuncio pago en uno de los principales diarios de Santiago: "Esa legislación, que ni los más pobres países africanos aceptan, legitima los enclaves extranjeros en la columna vertebral de la economía de Chile".

Hay una ironía mayor en esta historia: porque, más allá de las confrontaciones internas, todo parece indicar que las "inversiones" esperadas por Pinera difícilmente habrían de concretarse a corto plazo, debido a que el mercado mundial del cobre atraviesa una situación desastrosa, con precios que no llegan ni a la mitad de los que regían hacia 1980. Sólo en el caso de que tales precios registren un alza sostenida durante por lo menos seis meses —lo que los expertos consideran altamente improbable—, las multinacionales mineras estarían dispuestas a dejarse tentar por las ofertas chilenas.

Pero la huelga de mineros y la agitación popular en Chile responden a una cuestión de principios: independientemente de la situación inmediata, la nueva legislación cuprífera de Pinochet no

constituye sino una nueva hipoteca sobre la soberanía del país.



Santiago Pena



Jacobó Timerman

Yo estoy vivo, mi familia está viva,... ¿y los demás?

Una madrugada de abril de 1977 el periodista Jacobo Timerman, internacionalmente conocido por ser director del prestigioso periódico La Opinión, fue detenido en su domicilio. En ese momento comenzó un largo calvario en el que la tortura física y psicológica, la humillación, los constantes interrogatorios y la sensación de ser desposeído de todas las señas de su identidad fueron pan cotidiano.

Gracias a la constante presión internacional, Timerman fue liberado e inició un largo periplo de exilado en el que vivió, sucesivamente, en Israel, España y los EE.UU.

Ahora, tras convertirse en uno de los más severos acusadores de la dictadura militar al publicar un libro de ventas masivas titulado "Prisionero sin nombre, celda sin número", Timerman regresó a la Argentina por sus fueros. Apenas algunos días antes había sostenido una larga charla con el cronista radial Horacio de Dios. Así, desde Nueva York, improvisando las respuestas a los interrogantes que le planteaba el reportero del programa "Cordialmente", Jacobo Timerman volvió a demostrar el por qué del éxito de La Opinión y las razones que lo convirtieron en un acérrimo enemigo de la sanguiñaria dictadura militar argentina.

Queríamos saber si tenés idea de las declaraciones del general Camps, incluso sobre el caso Timerman?

Timerman: Cuando me dijiste que íbamos a salir al aire se me produjo cierta ansiedad como con todo contacto vivo con la Argentina. En realidad, éste es el primero, me he negado a dar entrevistas porque si tengo algo que decir —soy un profesional, igual que ustedes—, puedo utilizar los libros y los diarios, pero no me podía negar a una conversación contigo, Horacio, a quien me une una relación tan extendida en el tiempo en nuestra profesión y nuestra camaradería. Tenía varios contratos firmados, uno de ellos me va a llevar a Nicaragua dentro de un par de semanas, donde estaré dos meses aproximadamente. Lo que tú me dices de Camps, no quiero entrar en una polémica, con un hombre que solamente debiera dialogar con el fiscal acusador y con la justicia. Es un criminal, lo he comprobado en carne propia, me torturó, me golpeó, me aplastó la cara contra la pared, se negaba a darme agua, se negaba a dejarme ir al baño, me humilló, me torturó, me martirizó de todos los modos posibles, no puedo entrar en una polémica con él.

De todos modos la única reflexión que se me ocurre, ya que estamos entre colegas y nuestra profesión nos es muy querida, es un recuerdo a dos periodistas que él asesinó, estuvieron presos en una cárcel clandestina, en la que estuve yo, llamada "Coti-Martínez". Uno de ellos fue Rafael Perrota, lo vi personalmente, estaba muy torturado y golpeado, y luego se lo llevaron para asesinarlo y hacerlo desaparecer. Al otro no lo vi, pero uno de los que estuvieron presos ahí lo escuché: fue Edgardo Sajón. Yo creo que todos los periodistas de la Argentina debieran exigirle a Camps, cada vez que es entrevistado, que revele qué ha ocurrido con esos dos colegas y denunciarlo a Camps como lo que es, un asesino lunático, paranoico, absurdo, fuera de la época y al que toda la comunidad argentina debiera condenar.

¿Cuál sería tu actitud si un equipo de la televisión argentina te entrevistara en Nueva York sobre estos temas?

Timerman: Me ha producido mucha emoción conversar contigo, mi mujer cuando te encontró de casualidad la otra noche en Buenos Aires se emocionó muchísimo, te recordamos cuando eras casi un adolescente periodista y te tenemos mucho cariño. Eso es lo que me ha motivado a hablar contigo, no creo que dé otra entrevista; lo que tenga que decir, además de lo que ya dije hasta ahora, lo diré en Buenos Aires cuando me vaya a presentar ante la justicia para reclamar que me sean devueltos mis bienes.

A propósito de esto: ¿cuándo se presentará esta situación?

Timerman: Depende un poco de la actitud del gobierno en cuanto a las Actas Institucionales y, además, de eso mis abogados y mis contadores están preparando la presentación. Supongo que en algún momento de fines de marzo o principios de abril tendré que ir para estar presente cuando se formule esa requisitoria.

En tu libro, "Prisionero sin nombre, celda sin número" que la mayoría no ha tenido oportunidad de leer, y del que hay una versión castellana, editada recientemente en la Argentina, vos explicás en qué momento se produce tu detención y cómo se produjo tu liberación y las circunstancias que rodearon ambos casos. ¿Podrías recordarlo?

Timerman: Alguien me comentó que, en una audición, Camps se presentó como ex jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Por lo tanto, no sé por qué una orden de él me secuestró una mañana en la ciudad de Buenos Aires, que no era precisamente su



jurisdicción. Irrumpieron en mi casa dando fuertes golpes, unas 20 ó 30 personas, difícil distinguir el número, me esposaron, me tiraron una manta sobre la cabeza, tomaron la llave de mi coche, robaron todo lo que estaba al alcance de la mano, todo lo que tuviera aspecto de oro, un encendedor Dupont de mi esposa, un Rolex mío, un reloj de la empleada, rompieron las líneas telefónicas y simplemente me tiraron en el fondo de un coche, me pusieron los pies encima, me llevaron a un par de lugares intermedios donde aparentemente descansaron o cambiaron de coche. No lo sé realmente. Luego hicieron un simulacro de fusilamiento poniéndome un caño sobre mi cabeza, bajo una manta, esposado en la espalda, y la próxima aparición fue en el despacho de Camps. Lo primero que me dijo fue: "Diga la verdad o corre peligro de muerte, y a partir de ahí llovieron los golpes". Todo es una pesadilla.

También leí una crónica en "El País" de Madrid del libro de Joseph Baiss sobre ¿seguis muy cerca de todo, te duele todo?

Timerman: Por supuesto, Horacio, las identidades culturales, las identidades afectivas no la maneja la sección Pasaporte de la Policía Federal.

Eso frente a la decisión de suprimir tu ciudadanía, ¿vas a tomar algún paso legal?

Timerman: Supongo que los pasos legales los tendría que tomar el gobierno argentino, no sólo respecto a mí, sino frente a quienes les han ocurrido cosas peores; tomar medidas que de algún modo resuelvan esa situación.

En un momento de tu libro, vos hablás de un Capitán Beto que dice que sólo Dios puede decidir entre la vida y la muerte, pero como Dios está muy ocupado ¿ellos se encargaban de esa tarea en la Argentina?

Timerman: Dios está ocupado en otro lado, por lo tanto, ellos lo tenían que hacer. Al Capitán Beto lo tengo muy presente, es un seudónimo, todos ellos usaban seudónimos; el teniente Roma, el teniente Ríos, Dante, son los nombres que circulaban por ahí. Los tengo bien presentes físicamente, si pudiera revisar los archivos del Ejército los encontraría. Posaba de intelectual; sólo una bestia como esa puede entender lo que es intelectual, dar opiniones sobre todos los problemas del mundo aunque su circuito mental recorriera una distancia muy pequeña. Es increíble la ignorancia de esos seres humanos sobre lo que es la realidad contemporánea, sobre lo que es la cultura de nuestro pueblo, y digo cultura en el término antropológico. Su ignorancia es impresionante, los delirios geopolíticos, políticos de Camps, creo que eso es lo que debiera ser tema de entrevista con él. ¿Qué ocurrió?, ¿cuántos mató? No, eso no. Que exprese sus ideas, que los argentinos se den cuenta de la locura que esta gente tiene en la cabeza.

Dijo Camps también en la nota por

televisión que el tribunal militar no se había podido expedir sobre tu inocencia y en el libro vos explicás que el Consejo Supremo no encontró motivos para la imputación, para mantener la detención aunque luego se mantuvo dos años más.

Timerman: Cuando fui interrogado por el Tribunal Militar, en la sede del Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, creo que en la calle 25 de Mayo, si bien recuerdo, un viejo edificio, se me hizo una ceremonia, todo el show durante dos días. Al término de eso, el presidente se levantó, lo cual hizo que todos automáticamente nos pusieramos de pie y me dijo: "Eso es todo". Entonces me preocupé porque no sabía qué quería decir. Asistió a esa ceremonia, quien debía ser mi abogado defensor, el teniente coronel Malagamba. Al salir de ahí, le pregunté ¿qué significaba ahora, qué quería decir esto? Me contestó que no había cargos contra mí porque si hubiera cargos le hubieran dicho "usted es acusado de tal cosa". Al decir "nada más", quiere decir que se terminó la sesión con usted y con "usted no hay cargos". Lo único que dijo el Tribunal es que no hay cargos contra Timerman. No dijo otra cosa.

¿Luego se produjo el mantenimiento de la detención y la inclusión en las actas institucionales?

Timerman: No, no estoy muy seguro de eso, lo de las Actas fue previo pero sí el arresto se mantuvo a pesar que no había ningún cargo contra mí.

Muchos de los que han leído tu libro se preguntan ¿por qué no hacés referencia a tu relación con Graiver?

Timerman: La única concesión (es el único momento del diálogo en que Timerman titubea) que se me hizo fue ponerme en arresto domiciliario. Después, cenando con Raymond Arón en París, él me dijo que creía que había logrado eso mediante una carta que él le mandó al presidente Videla mediante Amalia Lacroze. En cuanto a nombrar a Graiver, en todo el proceso en el que fui sometido a torturas e interrogatorios, el tema Graiver nunca apareció. Era muy pública y notoria mi relación con él y no había absolutamente nada que esconder ni que definir: era un socio. Lo curioso es que solamente los socios judíos de Graiver fueron arrestados, monseñor Plaza (el obispo) que era socio de él no fue tocado, Martínez de Hoz, Martínez Segovia, Hipólito Jesús Paz, Mariano Montemayor, no fueron molestados. Hubo un gran contenido antisemita en todo este proceso y corresponde, precisamente, a la mentalidad nazi, considerar que los judíos, los comunistas y la banca internacional forman una sola unidad política y social. Yo no lo mencioné como tampoco mencioné muchas cosas. No mencioné todo mi arresto domiciliario. Hice una reflexión sobre un período muy preciso y todo lo demás son cosas que quedaron para otros libros. Mi relación con Graiver era una relación muy simple: yo le propuse hacer un diario y me ofreció como socio industrial con mi conocimiento, él puso el capital. Esa era toda la relación. Ellos la conocían, estaba en las actas, estaba en todos los documentos, y yo lo reconocí de entrada y nunca fue parte de mi problema y nunca se molestaron en investigarlo. Dije, "sí, Graiver es mi socio en tal proporción" y a partir de ahí nunca más se mencionó el caso, porque no les interesaba mi sociedad con Graiver, no tenía nada de peculiar. Lo que les interesaba era destruir "La Opinión".

¿Sobre qué te interrogaban si el caso Graiver era el aparentemente vinculado a tu detención y no era motivo de pregunta?

Timerman: Que no hayan arrestado a muchos socios de Graiver y si a mí, indica desde ya una selección, a quien arrestar con el pretexto Graiver, pero los interrogatorios eran sobre las conexiones que tenía el diario con figuras que habían trabajado en él y que ellos acusaban de pertenecer a los Montoneros. Sobre la conspiración internacional, sobre el papel de Israel en la Argentina, sobre todo lo que hace a la imagen política que ellos pueden tener sobre una persona, como yo. El General Galino fue juez instructor y el que me interrogó en el Departamento de Policía. Le preocupaba que, en un artículo, habíamos analizado las relaciones sexuales entre un muchacho de 20 años y una mujer de 70. Entonces, le dije: "General, eso está en la Sección Ciencia. La Sección Ciencia de un diario, puede analizar eso, no es pornografía". Me dijo: "Sí, pero eso es peligroso para la salud moral de la Argentina".

... Y finalmente logró sacarlo en licitación para la utilización de sus talleres de otro diario. ¿Cómo es la situación desde tu punto de vista?

Timerman: Tus intentos, como los de cualquiera de buscar racionalidad en las acciones que existieron, son totalmente ilusorios. No hubo ninguna racionalidad y no hay una explicación racional. El diario fue intervenido el 25 de mayo, antes de mi juicio, antes de mi pasaje por las Actas Institucionales, antes de mi presentación a la Corte Militar, todo eso fue hecho antes, intervinieron el diario porque querían quedarse con el diario, quizás porque eso está prohibido por la Constitución. Nuestra Constitución fue redactada en gran parte por periodistas y se cuidaron muy bien de poner que un diario no puede ser intervenido, porque conocían el valor de la prensa, los constituyentes del 53. Simplemente se quedaron con el diario porque así lo querían. Buscar racionalidad es imposible. Soñaron con ha-

cer un gran emporio periodístico. El general Goyret, que fue el primer interventor, le dijo a mi hijo "Haremos de esto un gran emporio periodístico, su padre va a estar orgulloso de nosotros". Es un estúpido el general Goyret, ni siquiera me devolvió los cuadros que eran de mi propiedad, que me gustaba tener en mi despacho y que no estaban en el inventario de "La Opinión". "Este Xul Solar, le dije, la viuda de Xul Solar se lo regaló a mi padre, esta escultura de Aisemberg es un regalo particular". Sin embargo se quedaron con todo, porque creen que pueden manejar un diario, que pueden manejar un país, cualquier cosa. De modo, ¿para qué buscar racionalidad? ¿Para qué intervinieron el diario antes de las actas? Si es ilegal, ¿por qué las actas? El juez no revisó los libros, no fue a la Inspección de Justicia, no vio la constitución de la sociedad. La racionalidad que tú estás buscando es totalmente ilusoria.

La misma Corte Suprema que endosó la confiscación del diario es la misma que se puso firme exigiendo que permitieran tu salida del país y, que en ese momento según todos los trascendidos motivó que pocos días después se levantara el general Menéndez en Córdoba poniéndose en contra de esa decisión.

Timerman: La Suprema Corte no puede confiscar un diario. Eso está prohibido por la Constitución, que no admite ninguna ley especial al respecto. De modo que la Suprema Corte debiera ser sometida a juicio político. En segundo término, la Suprema Corte no insistió en mi libertad. El embajador de la Argentina en los Estados Unidos Jorge Aja Espil, llegó a Buenos Aires y le dijo al Presidente que había una revolución en el Senado y que los senadores estaban furiosos porque yo seguía preso y que iba a haber una explosión contra la Argentina. Efectivamente, mi esposa y dos de mis hijos, estaban trabajando con el senador Kennedy, y un grupo de senadores que iba a tomar medidas muy serias respecto a mi arresto. Vino con eso y dijo: "Hay que dejarlo salir de algún modo". Entonces Videla le dijo a Aja Espil: "Vaya a hablar usted con el presidente de la Corte, que es amigo suyo". Fue y lo que encontraron como solución fue dejarme en libertad, pero echarme del país. Yo nunca estuve en libertad. La Suprema Corte decidió mi libertad, pero jamás el gobierno acató la decisión de la Suprema Corte. Simplemente me castigó echándome del país y anulando mi carta de ciudadanía. Fueron dos penalidades después que la Corte declaró mi libertad. Por eso, te digo Horacio, no busqué racionalidad porque es una locura colectiva. Si vos supieras las terribles aberraciones que hicieron con mujeres y con niños los señores Camps y todos los cómplices que los secundaron. Yo estoy vivo, mi familia está viva ¿y los demás? pero ¿quién responde por los demás? ¿Vamos a conformarnos con declaraciones de Camps en que trata a través de un galimatías lunático, presentar cierta coherencia? Perdoná que me excite.

No, si comprendo tu claridad para explicar punto por punto, con un lenguaje seco por momentos un tema que a nosotros nos pone la piel de gallina acá en Buenos Aires. Y a propósito de alguien que estaba muy cerca tuyo e incluso de todos nosotros que lo estimábamos, Edgardo Sajón, ¿qué más hay sobre él?

Timerman: Lo que te puedo decir es que a veces me resulta difícil dar nombres porque digo: "Estoy juzgando a una persona que a lo mejor tiene miedo". Por otro lado me digo: "¿y cuál es nuestra responsabilidad? y, si tiene miedo, que se embrome". El señor Héctor Iannover estuvo preso en una cárcel clandestina, estaba en una habitación con custodia, tapiado, es decir con los ojos vendados. Se abrió la puerta y una voz le preguntó al guardia que estaba con él: "¿Este es Sajón o está en otro lado?" Eso es una confirmación de que Sajón estaba ahí. El otro le gritó: "No, éste no es". Y, esas cosas van a aparecer, van a aparecer todas. Sajón estuvo en el "COTI Martínez"; en donde probablemente lo mataron.

Esto, más que un reportaje, es una reflexión.

Timerman: Sí, todo lo que se está haciendo en la Argentina es importante. Pero hay que hacer una profunda reflexión sobre la sociedad argentina. Yo te diría que muchos de los que se dedican al periodismo quizás pierden un poco el tiempo. La Argentina tiene que ser repensada y hay que repensarla rápidamente para insertarla en el proceso mundial, de lo contrario será una isla solitaria.

¿Cuándo pensás volver a Buenos Aires?

Timerman: Mirá Horacio, ¿qué puedo decirte. Yo no quisiera volver a la Argentina y tener que exacerbarme nuevamente con estos temas porque no lo podría soportar, por eso lo reflexiono permanentemente. Una de las grandes fuerzas que puede esgrimir el torturado, uno de sus instrumentos es poder manejar el olvido, constantemente irlo manejando, porque una relación profunda con lo que fue su vida puede llevarlo al suicidio. De modo que tiene que aceptar esa realidad en la que vive como si fuera toda la realidad y, al mismo tiempo, mantener intelectualmente ciertos valores trascendentes en los que cree. Yo creí que eso iba a terminar una vez salido de la cárcel, pero de un modo o de otro cada vez que el tema de la Argentina aparece se me cruzan las escenas de la tortura y tengo que superarlo.

Consenso para que termine CNI

Un gran movimiento nacional se ha iniciado a través de todo el país para pedir el término de las actividades de la Central Nacional de Informaciones, organismo nacido para labores de inteligencia y que, a través del tiempo, se fue convirtiendo en duro aparato represivo.

Es de recordar que cuando la CNI fue fundada, en reemplazo de la ya desprestigiada DINA, se dijo que la nueva institución no tendría carácter operativo. No obstante, los hechos demuestran que la CNI, si bien no con los mismos métodos, con otros más sutiles pero no por eso menos ilícitos, ha escrito páginas negras en el atropello a los derechos humanos en Chile.

Se dijo que cualquier agente de seguridad debería identificarse y portar una orden competente en caso de participar en alguna investigación directa. En los hechos, quizá con una que otra excepción, por lo general los agentes de la CNI siempre se han ocultado en el anonimato y actuado con violencia en las personas y las cosas, sin responder de sus actos. Esa actuación recuerda ciertos regímenes que la historia ya aventó. Ahora, oficialmente, aunque era de conocimiento general, se ha sabido que la CNI tiene cárceles secretas. ¿Para qué? La respuesta es una sola: para actuar con impunidad en la aplicación de torturas y en los abusos cometidos con los detenidos. Si no fuera así, nada justificaría ese misterio que el país, al final, ha logrado develar y poner en el tapete de la discusión.

Alguien —en defensa de lo indefendible— ha dicho que la CNI es garantía de orden y seguridad. Y ha advertido que quizá de qué dimensiones sería el terrorismo de no ser por esa "fuerza de seguridad". Es de presumir que quienes eso afirman no están al tanto de la realidad. Porque no hay orden y seguridad sobre la base de la crueldad, de la inseguridad permanente —ya que son centenares los inocentes agredidos por la CNI—, del soplaje y de la existencia de un grupo que se exceptúa en el cumplimiento de la ley y en el respeto a los derechos humanos.

Un orden basado en el temor, fortalecido por la amenaza constante, no es orden en ninguna parte. Nadie puede estar seguro con una policía secreta sin concepciones éticas y que sabe que permanecerá impune en caso de cometer crímenes, abusos o excesos.

En el fondo, se trata de la imposición de una forma de terrorismo, que, si bien combate a las otras formas de violencia, no lo hace para terminar con el terror mismo sino como un objetivo político puntual que, paradójicamente, retroalimenta su propia existencia. Un círculo vicioso.

La Corte de Apelaciones de Santiago, en un fallo que será histórico, ha declarado, por fin, que la CNI no tiene facultades para detener, y que nadie puede tener ni usar cárceles secretas. Y si bien no se ha referido a la tortura, es obvio que su condenación va implícita en la resolución.

—No se trata de un dictamen más. Es una sentencia de un tribunal competente, que obliga a todos, incluyendo a los gobernantes que, por cierto, no están exentos del deber de acatar las resoluciones del Poder Judicial.

El gobierno ha reaccionado positivamente aun cuando sólo en un punto de los mencionados en el fallo. El ministro de Justicia anunció que se terminarían para siempre las cárceles secretas. Esto es importante. Primero, porque reconoce paladinamente que ellas existen, y luego, porque al ser públicos todos los lugares de detención, habrá un mejor control para evitar que en ellos se torture a los detenidos. Pero ello no basta.

Es importante que el movimiento destinado a terminar con la CNI ya esté avalado por la opinión de distinguidos prelados, de personalidades de todos los ámbitos profesionales y de organismos de defensa de los derechos humanos.

Son miles y miles las personas que han sufrido injustamente los apremios de la CNI. Las estadísticas demuestran que, en 1982, de más de dos mil afectados por detenciones o acusaciones de la CNI, al final sólo seis personas fueron procesadas con cargos concretos. La inmensa mayoría ha quedado en libertad incondicional por decisión de los tribunales, y otros, castigados con medidas administrativas sin juicio previo y sin que la CNI se molestase en aportar pruebas que justificaran la pena.

Si esto es orden y seguridad quiere decir que estamos jugando con las palabras o hablamos otro idioma.

Emilio Filippi



En las últimas semanas del año pasado, las fuerzas opositoras de Chile sumaron a su incesante reclamo democrático, una campaña contra la Comisión Nacional de Informaciones, la policía secreta del régimen del Gral. Pinochet.

Desde diversos puntos de la sociedad chilena surgieron voces que condenaron a la CNI por sus métodos de represión, acusándola de practicar la tortura.

El rechazo al organismo de inteligencia se multiplicó luego que el obrero Sebastián Acevedo se autoeliminara públicamente en un desesperado intento por obtener la liberación de sus hijos. A las decenas de declaraciones le siguió la formación del "Movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo", que inició su actividad con un acto de no violencia activa en las calles de Santiago el 24 de noviembre.

Lo concreto es que el tema de la tortura se trata públicamente en Chile y ha crecido el movimiento destinado a obtener la disolución del organismo de seguridad.

En este sentido, la Corte de Apelaciones de Santiago acogió un recurso de amparo y su fallo estableció que "La Central Nacional de Inteligencia no está facultada para cumplir una orden de arresto" y que "las detenciones sólo pueden cumplirse en lugares públicos". Pinochet respondió que era "un crimen como cualquier otro". Pero se equivocó, no era un fallo aislado: dos días después el Ministro de Justicia anunció que se dictaría un nuevo decreto, mediante el cual se harían públicos los lugares de detención.

En esta edición presentamos dos testimonios de esta lucha que libra el pueblo chileno contra el inhumano flagelo. Por un lado, el editorial de la revista HOY del 30 de noviembre, firmado por su Director Emilio Filippi, en el que condena la existencia de la CNI y aplaude la actitud del Poder Judicial. Por otro lado el relato de Lucía Morales, una sencilla ama de casa que se vio impulsada a integrarse a la Coordinadora Nacional Sindical, luego que su hermano fuera asesinado junto al resto de sus compañeros de trabajo. La Sra. Morales padeció, junto a su hija, terribles torturas a manos de la CNI.

“¿Cuántos más...?”

Lucía Morales, dueña de casa, relata los dramáticos momentos que vivió en un cuartel de la CNI, al ser torturada junto a su hija

Ni un nimio ademán, ni un mínimo gesto, casi, atraviesan su rostro. Durante el relato, permanece tan imperturbable como quizá sólo es posible cuando se ha franqueado un vértice, un vértice que avisa que lo que ha estado en juego es algo más que la misma vida. Hablan su voz y, por momentos, sus ojos, cuando se hacen vidriosos o se cierran, crispados, procurando borrar imágenes imborrables.

Lucía Guillermina Morales no podrá olvidar jamás un lugar que no conoce: uno de los recintos secretos de la CNI, donde estuvo recluida durante cinco días, en junio recién pasado, y donde sufrió junto a su hija una inimaginable variedad de apremios ilegítimos, antes de ser relegada por tres meses a Chiloé, desde donde viene llegando.

Fue, de algún modo, el corolario de una serie de sucesos de pesadilla que para ella se hicieron en setiembre de 1973. "Hasta entonces", cuenta, "yo era una dueña de casa como cualquier otra, con sus pequeños problemas cotidianos. Por supuesto no tenía ninguna actividad política ni nada parecido: eran cosas que me parecían muy lejanas, como ajenas. Tras el golpe militar, sin embargo, se llevaron a un hermano mío que trabajaba en la maestría de San Bernardo: lo fueron a buscar junto a varios compañeros de trabajo y los mataron a todos. Nos lo entregaron cuando ya estaba enterrado en el patio 29 del cementerio".

Ineficacia de tribunales

Aquel impacto cambió su vida. "Abrió mis ojos, en carne propia, a una realidad social impresionante", dice. Desde entonces, poco a poco comenzó a colaborar con distintas organizaciones sociales ("sentí que no podía quedarme cruzada de brazos") y hoy, a los 48 años, participa en la Coordinadora Nacional Sindical, en tareas que combina



"Palo de arara": uno de los tormentos inventados por las dictaduras de estos tiempos.

con las más urgentes de la subsistencia diaria de su familia.

Amiga de la tierra ("cultivo una chacrita mía") y querendona de su nieto ("le dedico todo mi tiempo libre"), dice que cree "en Dios y en un hombre que se llamó Jesucristo, que sufrió también la tortura, ¡la cruz!, a manos del régimen de su época". Incluido junto a diez dirigentes sindicales detenidos por la CNI en las mismas época y circunstancias, su "caso" llegó hasta la Corte Suprema, que ordenó constituir un fiscal militar



Pinochet: todo el horror, toda la brutalidad, la traición.

ad hoc, a petición del Arzobispado de Santiago.

El prelado Juan Francisco Fresno había enviado al presidente Rafael Retamal una misiva en la cual le presentaba la situación, donde decía que le "preocupa constatar tales malos tratos y resulta imposible permanecer silencioso frente a ellos". En otra parte, señalaba que deseaba "que estos procedimientos desaparezcan" y, en otra, citaba al Papa Juan Pablo II: "Hay que llamar por su nombre a la tortura".

A juicio de Héctor Salazar, abogado de la Vicaría de la Solidaridad, organismo que patrocina legalmente estas denuncias, lo fundamental está en "el hecho de constatar, una vez más, que en Chile se sigue aplicando la tortura como método normal. Para realizarla, se cuenta con toda una infraestructura, implementos, mecanismos y hasta un equipo médico encargado de ir midiendo la capacidad de absorción de tortura de quienes la reciben. Esto no es, entonces, una 'arrancada de tarros': es un sistema institucionalmente establecido".

El abogado lamenta "la ineficacia de los tribunales militares y del sistema judicial en general para pesquisar este tipo de delitos. Aunque cueste creerlo, lo normal es que estas denuncias terminen en 'sobresimiento temporal por falta de antecedentes' y archivados. Niegan los hechos o, si llegan a determinar lesiones, no logran identificar a los autores. Sin embargo, si se quisiera investigar seriamente, no resultaría muy difícil. Están los rostros, están las pistas: están los hechos".

Casi ajena a los avatares judiciales ("no estoy segura de que pasen muchas cosas mientras permanezca este régimen, pero es importante que vayan quedando los antecedentes"), Lucía Guillermina Morales se excusa por no haber podido asistir con su hija, torturada junta a ella, a la entrevista "Todavía está muy afectada".

—¿En qué circunstancias ocurrió su detención?

—Eran alrededor de las once de la noche. Yo estaba haciendo dormir al niño. Fue entonces cuando irrumpieron cuatro sujetos en la casa. Mi hija les dijo que yo estaba acostada, pero entró uno y me hizo vestirme. Allanaron todo: se llevaron libros, una máquina de escribir... Eran unos civiles armados hasta los dientes. El mayor debe haber tenido unos 30 años. Andaban con un brazalete y mostraron un carnet de la CNI. No exhibe-

ron orden de detención ni de allanamiento de autoridad competente.

—Si los volviera a ver, ¿los reconocería?

—Sí. Nunca voy a olvidar esos rostros, por desgracia.

—¿Qué ocurrió después?

—Me tiraron dentro de un taxi Peugeot 504 y me empujaron contra el suelo para que no viera. Al llegar al recinto de detención, me obligaron a sacarme la ropa y a ponerme un overol y zapatillas. Luego fui sometida a un examen médico, donde fui inyectada con una sustancia que dijeron que era un calmante.

—¿Cuándo comenzaron los apremios?

—Apenas había llegado. Me llevaron a una sala y me hicieron sentarme en una silla. Empezaron a golpearme en la cabeza con golpes de puño y en la cara con manotazos: no golpean con puños en la cara para no dejar marcas. También me pegaban en los oídos. Yo perdía el equilibrio. ¡Todo se me daba vueltas! Me gritaban que tenía yo que reconocer militancia política. "Dí que eres comunista, mierda", me decían. Yo no sé, no conozco demasiado bien de esto, pero si tuviera algún tipo de ideología creo que no se la escondería a nadie. Al contrario. Por otra parte, me pregunto cómo es posible que por el "delito" de que alguien piense de una determinada manera lo puedan someter a ese tipo de atrocidades. Es increíble. Yo no entendía nada. ¿Qué podía decirles para calmarlos?

—¿Qué hacía usted en esos momentos?

—Permanecía callada. Me limitaba a responder del mejor modo que podía a sus preguntas. Insistían mucho en que tenían 20 días para "sacarme la mugre" y que después no se notaría nada. "De aquí han salido tontos, cojos", me decían. A esas alturas me trataban con todo tipo de garabatos. Eran muy groseros. Uno de ellos me preguntó qué pensaba yo que me iban a hacer. Yo le dije que me iban a matar. Me contestó que no se ensuciaban las manos en mujeres como yo. De pronto vino uno más amable que me dijo que lo único que querían era que yo me "portara bien" y que yo vería que ellos no son los "torturadores de los que se habla por allí". Fue entonces cuando me dijeron que iban a ir a buscar a mi hija, Lucía, de 23 años, lo que ocurrió algunas horas (¿horas?) después. Mientras un sujeto me pegaba, sentí su voz: supe que la habían traído.

—¿Cuál fue su reacción allí?

—Me desesperé, grité, empecé a llorar. Como ya sabía la tremenda dureza de esos interrogatorios, el sólo pensar que podían ocurrirle a mi hija me resultaba intolerable. ¿Cómo expresar lo que eso significa! Al día siguiente, me llevaron a una parrilla y me tendieron en ella, desnuda, amarrada en los tobillos y en las muñecas. Con unos plomos o electrodos, me colocaron corriente eléctrica en los pezones, en el estómago, cerca de la vagina.

—En un momento dado, sentí que mi hija estaba delante mío. Incluso la llegué a tocar: palpé sus manos. 'Mamita, dí algo, cualquier cosa para que esto termine', me decía. Traté de abrazarla y no me dejaron. Nos separaron violentamente. La llevaron a una sala contigua y allí, allí escuché con horror que comenzaban a torturarla con electricidad: ¡a mi hija! Al sentir sus quejidos, sus gritos tremendos, ya sí que no aguantaba más. Creí que me iba a trastornar, que mi cabeza y mi cuerpo entero iban a estallar en pedazos.

—¿Y a su hijo no lo detuvieron?

—No. Pero eso lo supe sólo en estos días, al volver de mi relegación, pues uno de los agentes me dijo que también a él lo iban a ir a buscar. Yo pensaba que no me careaban con él porque estaba muy mal. Si incluso había uno que imitaba su voz y hacía como que lloraba y me llamaba. También me dijeron que iban a ir a buscar a mi hermana y a una tía muy vieja y que por lo tanto mi padre inválido se iba a morir, solo, junto a mi nieto. En otro momento me dijeron que mi nieto ya había muerto de pulmonía, lo que después supe que era falso. Ya entonces yo no paraba de llorar.

—¿No temía, no temió por su vida?

—Sinceramente no. No me importaba que me mataran. Mi sufrimiento mayor era por mi hija: ¡el dolor infernal que estaba pasando la pobrecita! Y es que lo de la corriente eléctrica es algo indecible. Con lo de esos plomos se siente un sacudón en todo el cuerpo: como que el corazón se va a salir por la boca. Recuerdo que cuando estaba de vuelta en mi celda todavía sentía las convulsiones de los impactos de corriente, me tiraban los brazos, las piernas. A mi hija la corriente se la ponían en las manos.

—¿Qué hacían los otros agentes que usted sentía a su alrededor?

—Creaban un clima de nervios y de terror insuperable. Había un timbre siniestro: cada vez que sonaba, uno sabía que venía otra tortura o nuevos detenidos. La tensión no cesaba en ningún instante. Había un hombre que entraba a mi celda nada más que a pegarme y se iba. Otro, con un vozarrón, decía: "A esta vieja tal por cual pásamela, que yo voy a terminar con ella". Otro hablaba de darme "guaracas" y "guaracazos" a cada rato. Cuando estaba junto a mi hija, uno nos preguntó: "¿Han comido parrilladas? ¡Ya van a ver las parrilladas que tenemos aquí!". Se reían, se burlaban constantemente. Me decían: "¿Eris la madre del año porque dejai que torturen a tu hija y no soltai la pepa!". Una de las cosas que me dijeron y que cum-



Lucía Morales: "... que mi cabeza y mi cuerpo entero iban a estallar en pedazos".



Las jornadas de protesta: el esfuerzo de la oposición por enfrentar a un dictador que parece querer abonar el camino de su indefectible derrota con sangre de chilenos demócratas.

plieron los bandidos era que mi papá no iba a sobrevivir. En efecto, él no alcanzó a durar los tres meses; un día antes de que yo volviera de mi relegación, murió de un paro cardíaco. Llegué a sus funerales.

—¿El estaba enterado de lo que sucedía?

—Supo sólo parte de la verdad, pero comprendió, porque la primera vez habían llegado a buscarme a la casa de él. Entraron todos armados, luego de golpear y patear la puerta. Entraron a la pieza de él, que estaba postrado (era inválido: tenía paralizado todo el lado derecho y apenas podía hablar), y le hicieron preguntas muy duras que no podía responder. Después me contaron que desde entonces se la pasó llorando todo el tiempo. Se fue acabando poco a poco. La muerte, para él, debe haber sido un alivio.

—¿También estuvo detenido el novio de su hija, no?

—Sí, pero ya no es su novio. Los agentes de la CNI le hicieron prometer que no la vería más, y así lo hizo.

—¿Y esos agentes eran solamente hombres?

—No. Después del tercer día también habían mujeres, que eran quizás aún más implacables, durísimas. No hacían tortura física, pero sí mental ¡y cómo! Había una que no me dejaba acostarme en el camastro, a costa de golpes, y otra que me decía que mis hijos me odiaban y no me querían ver nunca más. Me acuerdo que la que me llevó a empujones donde el doctor, al final, se llevó una pequeña sorpresa. Llegó diciéndole al médico que yo "creía que esto era una clínica", con toda clase de insultos. El doctor le respondió que yo estaba enferma de los nervios, al comprobar mi elevada taquicardia. Y entonces él le dijo a ella: "¿Y usted toma algo para los nervios?". Ella le respondió: "No. ¿Para qué?". Y él le dijo: "Yo me pregunto qué van a tomar ustedes cuando esto termine: serán los primeros en quedarse sin trabajo". El allí me

informó que iba a quedar en libertad.

—¿Cómo era usted antes y cómo es después de esta experiencia? ¿La cambiaron?

—Sí, me cambiaron. Yo era una mujer tranquila. Sabía de muchas de las injusticias que están ocurriendo, pero estaba un poco al margen. Hoy me siento una mujer comprometida. Con huellas, claro, pues esto marca. Pasó un mes, cuando ya estaba relegada, y todavía no era capaz de distinguir nada: ni la gente, ni lo hermoso de los paisajes. No podía hablar con nadie sin ponerme a llorar. Sentía un miedo terrible por cualquier cosa. Me tuvo que ver un psicólogo. Sólo después fui descubriendo Chiloé, con la tremenda solidaridad de su gente, de sus campesinos, de sus mujeres, del cura párroco.

—Sinceramente, ¿siente odio?

—No, odio no. Pero sí creo que alguna vez tendrá que hacerse justicia. Justicia, no venganza. Creo que esa gente que tortura no puede estar sana, pues goza con el sufrimiento ajeno: ¡qué triste debe ser para ellos darse cuenta, de pronto, de cómo se han degradado!

—¿Qué le diría a uno de ellos si lo tuviera delante?

—Nada. No le diría nada. Sólo lo miraría y sé que él entendería todo. Porque es algo terrible. Cuando veo las calles de Santiago, me cuesta ahora creer que la gente transite tan tranquilamente, cuando, en este minuto, se está torturando a un ser humano en algún lugar de la ciudad. Me angustia el solo pensar quién estará pasando por esto, quién, cuántos, cuántos más, cuántos más, cuántos más.

Pablo Azocar

La lección argentina

Entre el segundo y tercer número de JAQUE, en medio del fragor de la redacción, irrumpió Sergio Bitar. Le habíamos conocido en Washington cuando invitados por una organización de derechos humanos integramos juntos un panel en el que enfrentábamos a los representantes de la política del Cono Sur del Departamento de Estado. En la trinchera común de aquellas salas del congreso de EE.UU. me di cuenta por qué Allende lo había hecho ministro a los veinte y pocos años. En su visita a nuestra casa nos contó que había escrito este artículo para publicar en Chile, al que todavía no ha podido volver desde que -luego de la cárcel- lo expulsaran. Hoy lo vemos publicado en la revista Apsi, y creemos de interés publicarlo nosotros. Como un día hemos de publicar que Sergio Bitar ha vuelto a Chile.

MFS

Estando en Buenos Aires, a ratos parece que se vive un sueño político. "Disolución de la Junta Militar" anuncia un titular de la prensa. El Comandante en Jefe del Ejército, general Nicolaides, declara que "ponerle el hombro al futuro gobierno constitucional es ponerle el hombro al país" y que "esa es la firme decisión de los hombres de armas y del Ejército". El Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Franco, afirma públicamente que la institución naval "no pondrá jamás por la fuerza a un gobierno constitucional" y afirma que la misma "pondrá el hombro y dará su apoyo" al gobierno democrático.

Parece inverosímil que la Junta Militar, que hasta hace poco implantaba una brutal dictadura, se desmorone así. Podría esto ser circunstancial. Sin embargo, el fervor democrático del pueblo argentino se ve mucho más sólido desde aquí que desde fuera de la Argentina. El fracaso militar ha sido espectacular y ha minado hondamente a las Fuerzas Armadas. Numerosos oficiales jóvenes reconocen que fueron llevados al desastre y que para preservar la institución armada deben concentrarse en sus tareas profesionales y someterse al régimen democrático.

La conducción democrática es sólida entre todos los actores sociales, políticos y en cada argentino se aprecia madurez. Hay reconocimiento amplio de que la tarea de afirmar la democracia es enorme. El último gobierno que terminó su período constitucional fue la primera presidencia de Perón, hace cerca de treinta años.

El objetivo central, compartido por todos, es que Alfonsín consiga entregar, en seis años más, el poder a otro hombre elegido por el pueblo. Esta convicción del pueblo argentino es el resguardo y la esperanza de la estabilidad del nuevo período que se abre.

La actitud de madurez se refleja en todas las declaraciones. De la reunión reciente entre la directiva del Partido Justicialista y Alfonsín, y su dirección política radical, se proyectó al país una imagen de responsabilidad y tranquilidad. "Si el país no lo arreglamos entre todos, no lo arregla nadie", expresó Alfonsín a la salida de dicha reunión, mientras el dirigente justicialista señalaba que "el drama que nos tortura reclama una disposición de servicio que va más allá de la contienda electoral: no es el momento de preguntarnos quién ganó". Los economistas justicialistas opinan favorablemente sobre el Programa del Gobierno electo y con altura señalan que si bien existen diferencias técnicas, éstas se subordinan a la necesidad de recrear la democracia. Esta convergencia es, en buena parte, el fruto de la Multipartidaria.

La Multipartidaria argentina fue un espacio importante para crear un enfoque compartido entre los distintos partidos y para afianzar lazos humanos. Esta es una experiencia válida para Chile. Al interior de la Alianza Democrática y entre ésta y las otras fuerzas opositoras, debe avanzarse mucho más en un diálogo constructivo, de creación de opciones y medidas concretas para acelerar el retorno a la democracia.

Pero la mayor lección de la experiencia argentina es que la democracia chilena también puede reconstruirse con rapidez y madurez. El pueblo es capaz de asegurar un curso firme y ordenado, sin dislocaciones.

El caos lo genera la prolongación de la dictadura; el orden lo asegura el pueblo en democracia.

Sergio Bitar

154 embajadores del futuro

El hijo de un uruguayo radicado en Europa, de unos 10 años, salió de su casa. Era un día como otros. Sus padres lo vieron cerrar la puerta, caminar hacia la calle. Pensaron que sería una de las tantas salidas diarias. No parecía necesario preguntar adónde iba. Seguramente lo estaría esperando algún amigo en la esquina o habría salido a buscar algo... Las horas pasaban y el chico no volvía. Caía la tarde. No aparecía por ningún lado: no estaba por el barrio, no había ido a la casa de ningún amigo. Siguieron tratando de ubicarlo por teléfono. Horas después, ya de noche, el niño apareció. Sano y salvo, pero triste. Se había perdido mientras caminaba, tratando de encontrar, en medio de aquella ciudad europea en la que ahora vivía, una calle parecida a la de su barrio en Montevideo.

Durante varias semanas nos visitaron 154 hijos de uruguayos exiliados en Europa.

Todos estos días, cargados de emotividad, dejaron en claro que el país debe abrir sus puertas para todos los que deseen volver. Niños, jóvenes y mayores.

Por eso la importancia de este viaje histórico, que todo el mundo siguió con atención y simpatía. El reencuentro entre hermanos es posible. Y que las heridas de un país se cierran sólo apostando a la paz.

"JAQUE" siguió paso a paso la visita. Ofrecer el testimonio de los jóvenes visitantes es, creemos, la mejor manera de respetar su sentido. Se trata de comprender lo que significa la vida en el exilio en toda su dimensión de doloroso extrañamiento.

Las palabras de estos niños nos preparan para el día en que, en este Uruguay que lucha por crecer, estemos todos los que queremos hacer algo por él. Con distintas maneras de pensar y con distintas propuestas. Pero habiendo aprendido, que todos somos responsables, los unos por los otros. Eso es la solidaridad. Y es lo que nos pidieron estos 154 niños y sus urgencias.

Daniel y Fabián

Dos "cabecitas negras"

Durante el picnic realizado en la Rural del Prado, JAQUE conversó largamente con dos de los integrantes de la delegación de 154 niños. Quebrada la timidez inicial y los formalismos que impone un grabador, afloró la vivencia de Daniel Villar y Fabián de Luca, radicados actualmente en España y Suecia.

La charla se inició con Fabián: se fue del país cuando tenía 4 años. Pasó 5 años en Argentina y luego viajó con sus padres a Suecia, donde ya lleva 6 años. Ahora tiene 15 y vive en Von Jeppen, una ciudad a 100 kilómetros de Estocolmo.

¿Cómo te llevás con los suecos? No tengo ningún problema con los suecos, pero trato de no juntarme mucho para no olvidarme del idioma y otras cosas. Por eso me junto más con otros uruguayos, chilenos, bolivianos.

Para aprender el idioma sueco no tuve problemas, ahora casi hablo mejor el sueco que el español. Igual tengo un acento medio latino, chileno, porque me junto con muchos chilenos.

¿Te da rabia tener el acento extranjero?

Rabia no, pero sí angustia porque me doy cuenta que cada vez me estoy alejando más.

¿Te acordabas de Montevideo? Me fui cuando tenía 4 años, pero me acordaba de muchas cosas, creí que me iba a acordar de menos. La casa de mis tíos me

la acordaba toda, el barrio donde vivía, el Cerrito de la Victoria, también.

Otra de las cosas que tenía grabada era la gente de Uruguay. Me acordaba que cuando era chico que me tocaban el pelo por la calle. Eso allá no pasa, la gente es mucho más fría, además está muy frío, no está para sacar la mano del bolsillo a cada rato.

¿Qué esperabas encontrar en Uruguay y qué encontraste?

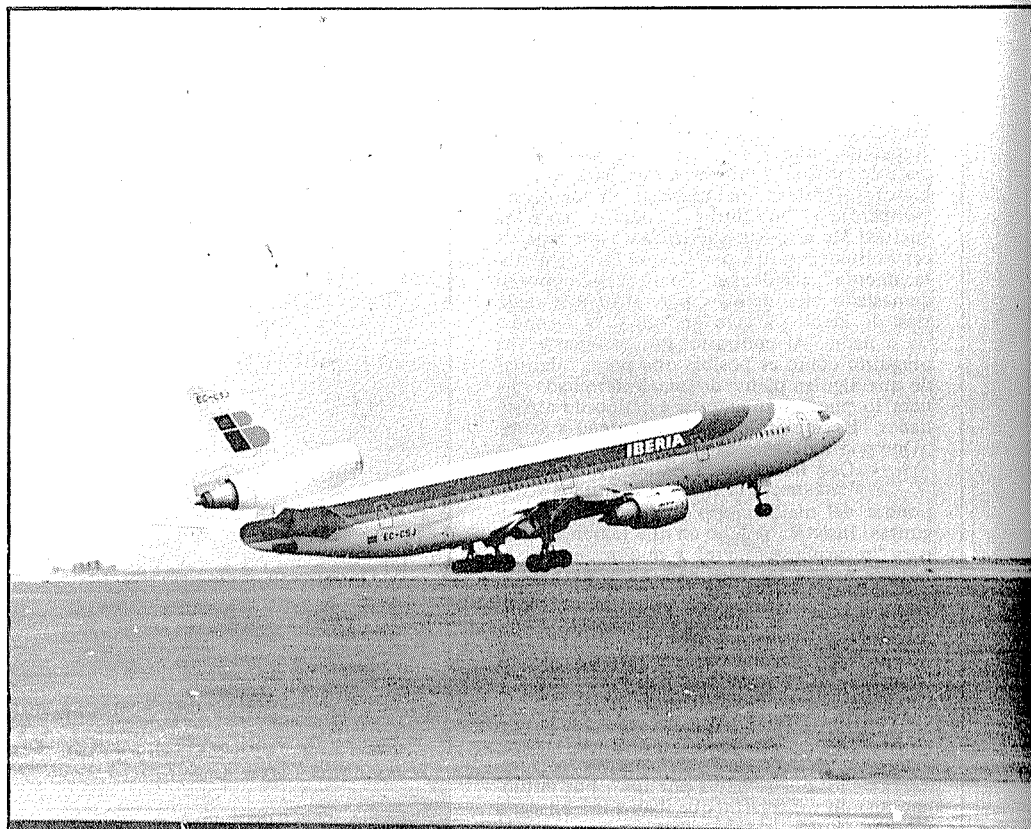
Pensaba encontrar mucho menos de lo que encontré. Pensé que la gente no sería la misma que hace años. Que habría un gran silencio y que en la calle no me iba a animar a decir que era hijo de exiliado. Nada de eso pasó. La gente reaccionó más que bien, vamos por la calle y nos preguntan si somos europeos y cuando les decimos que somos uruguayos que venimos de allá, nos dicen ¡Bienvenidos!, y que ojalá volviéramos pronto. Es un calor muy grande.

¿Cómo encontraste a la gente de tu edad?

Muy bien, muy centrada. No son gurises que hoy tienen una idea y mañana otra.



Impactó la madurez y seriedad de sus reflexiones.



Un avión despegó en la pista del Aeropuerto de Carrasco. Muy pronto se verá aterrizar un verdadero aluvión de uruguayos.

Son muchachos muy maduros en general. Me he hecho muchos amigos.

¿O sea que si volvéis vas a enganchar fácil?

—Yo ya me veo como si hubiera vuelto. Ya me siento en casa. Ahora me costaría terriblemente irme. Me voy el 20, pienso que me faltan 12 días y ya estoy nervioso, no quiero irme. Va a ser difícil volver a integrarse a Suecia después de pasar esto.

¿Qué vas a contarle a tu familia cuando llegues?

—Tantas cosas... Todo. Les voy a contar todo lo que he aprendido.

¿Qué fue lo que más te conmovió de estos días?

—La visita a mi tío que está preso.

¿Cómo fue el encuentro con tu familia?

—Casi no los conocía, casi, sólo por fotos. Pero fue una cosa difícil de explicar. Fueron llantos, gritos, besos, abrazos, un montón de cosas, todo junto. Es medio difícil de explicar.

Daniel tiene 16 años y vive en Madrid. Está terminando secundaria. Hace 10 años que salió del país.

¿Cómo es tu vida en España?

—Allá te integras bastante bien. Algunos corren el peligro de integrarse demasiado y no querer volver al país pero en general todos quieren volver. Para nosotros los bienes de consumo no tienen nada que ver, todas las comodidades que se puedan tener las cambiáramos por venir acá.

¿Qué fue lo que más te gustó de estos días?

Las visitas y reuniones que hemos tenido nos permitieron confraternizar con la gente y conocer mejor las costumbres uruguayas que teníamos medio olvidadas; no es lo mismo conocerlas por cuentos que vivirlas directamente.

¿El Montevideo que encontraste es como el que imaginabas?

Yo imaginaba un pueblo más callado. No imaginaba que nos iban a saludar así por la calle, que se interesarán tanto. Siempre terminan diciéndote "volviste que te necesitamos".

Lo primero que voy a contar en Europa es el recibimiento que nos hicieron; nos dejó a todos encantados, vimos el cariño que nos tienen, que no nos olvidaron y nos esperan.

¿Qué pensás hacer en España?

Tenemos la posibilidad allá afuera de prepararnos bien para volver y ayudar a reconstruir el país. Estudiar todo lo que podamos.

A los jóvenes, ¿cómo los encontraste?

Muy bien, con una preocupación por el país que en Europa no es común encontrar en los jóvenes. ¿Que sigan así!

El diálogo se fue haciendo más fluido, quedando en evidencia el contraste de la vida en el viejo continente y las costumbres montevideanas que los dos muchachos tratan de



Fabián junto a Víctor Vaillant.



El día de la llegada la caravana de automóviles nuestro país acompañó a los niños desde el aeropuerto hasta sus hogares.

mantener viva.

¿Cómo se porta la gente con ustedes en Europa?

Daniel: No podemos quejarnos, han sido todos muy solidarios.

Fabián: Nos dieron una ayuda muy grande, estamos muy agradecidos. En general te tratan bien, aunque a veces se encuentre alguno que mira con malos ojos a los extranjeros.

¿La vida es muy distinta allá?

F.: Uy, muy distinto. En Suecia te dicen vamos a encontrarnos en tal lado a las 8, entonces tenés que preguntar ¿hora latina o sueca? Nosotros llegamos a las 8 y media. Los suecos no, llegan 8 menos cinco y a las 8 y media se van. Por esto de la impuntualidad muchos suecos hablan mal de los latinos.

D.: Yo noto que la juventud no se interesa en España tanto por los problemas como acá. Por lo que pasa en el mundo.

F.: Creo que el pueblo sueco tendría que pasar por los problemas para ver lo que son. Ves que tiran ropa, cosas con la etiqueta puesta, platos con precio. Acá tenés los pla-



La voluntad popular es inequívoca, así lo remarcaron los coros que se entonaban: "Tus padres volverán".



más extensa que conociera
puerto hasta AEBU.

tos rajados y los seguís usando.
D.: De repente compran una camisa y la usan una sola vez porque pasó de moda.
F.: Eso hasta a mí se me ha pegado, no te comprás un pantalón muy ancho porque ya pasó de moda. Pero los suecos se fueron para el otro lado.
—¿Amigos suecos te hiciste?
F.: Sí, a montones. Ellos no hablan mucho, pero cuando están conmigo hablamos bastante. Siempre les planteo cosas, les cuento de mi país, tanto que en mi clase me piden que les cante canciones uruguayas en sueco. Se ve que están interesados, pero necesitan que alguien les de un empujoncito.
D.: También están los europeos que por ejemplo piensan que en Uruguay hay solamente pobreza, que no se puede vivir.
F.: Sí, también hay que explicarles que en Uruguay hay un montón de bellezas. Lo que pasa es que los pobres de pronto no pueden ir, pero el Uruguay es bello en sí, no es una ruina. Latinoamérica no es toda pobreza, tiene muchas cosas por las cuales luchar.
Cuando vaya mañana a Punta del Este

voy a sacar un montón de fotos y se las voy a mostrar a los suecos, para que vean lo que es esto. Lugares lindos hay muchísimos, lo que pasa es que los pobres no pueden ir.

—¿Qué es lo que más les gustó de Montevideo?

D.: Montevideo entero, todo lo que vi.

F.: Yo me he largado por Montevideo a caminar solo. A veces me confundo y me parecen todas las calles iguales, pero me guió bastante bien. Todo es hermoso. Hasta un cantegril quiero visitar, porque yo en Argentina viví en una villa miseria. Allí salía todo el día, andaba con los amigos y jugaba al fútbol todo el día, iba para todos lados. En cambio en Suecia no. En Argentina, igual que acá, llegaba con la pata toda roñosa de jugar, con barro, pero igual podías entrar en la casa. En Suecia tenés que sacarte los zapatos porque sino mojás la alfombra...

D.: Sí, en Suecia andan descalzos en la casa. Yo me acuerdo que pocos días antes de venir llegaron a nuestra casa en Madrid dos muchachas suecas. ¡Al entrar se sacaron los zapatos! Les dijimos que allí eso no se acostumbra...

F.: Claro, imaginate que en Suecia hay nieve, venís con los zapatos mojados...

—¿Hay barro también en la calle?

F.: No, barro no hay, es muy limpio. Además cuando hay barro los suecos no lo pisan. Los suecos son muy cuidadosos en todo. Tanto es así que una vez con otro amigo encontramos un caracol. Por hacer algo, como todo gurí, le cortamos las antenas. Y por eso teníamos poco menos que a toda la escuela arriba nuestro por hacerle mal a los animales... Son muy cuidadosos.

D.: Además no quieren que entres con los zapatos puestos por las bacterias que pueden haber en la nieve.

—¿También tienen miedo allá a una guerra nuclear?

F.: Nosotros no creemos que eso pueda pasar. Los suecos sí se preocupan mucho. Siempre se fijan si la puerta del refugio funciona bien, si la luz está bien.

—¿Todas las casas tienen refugio?

F.: Sí, todas. La nuestra también tiene. Me he metido ahí dentro y todo... Para ver como es.

—¿Cómo es?

F.: Son cuartos muy chicos, con paredes de como medio metro de grosor y una puerta inmensa. ¡Lo que debe ser un portazo de esos! Una vez casi me corto la mano con la puerta... Los suecos siempre se fijan si la puerta cierra bien, si no se oxidó. Además la televisión siempre dice que hay que fijarse. En el refugio también hay comida y un montón de cosas.

Dos por tres hay una sirena que suena en todo Suecia y que cuando suena largo, largo, es que se acabó. Y cuando suena corto, bi, bi, bi, es que tenés que meterte abajo, en los refugios. Un lunes por mes suena la sirena, a la misma hora, la rápida y después la lenta para ver si funciona.
—¿Todos corren a los refugios?



Los 154 hijos de compatriotas uruguayos exilados fueron activos protagonistas de jornadas realmente emotivas.

F.: No, no, la prueban para ver si funciona. Ahora si algún día suena el martes es que se armó... ahí sí que nos vamos a tener que meter en el refugio.

—¿Qué diversiones tienen allá?

F.: Yo juego mucho al fútbol y con extranjeros, tenemos un club.

—¿Los matan a goles a los suecos?

F.: Sí, y a veces a patadas porque muchos nos dicen "cabezas negras". Entonces vamos, les damos una patada muy fuerte y les decimos nosotros "cabezas negras". En nuestro cuadro hay suecos, un montón, yugoslavos, chilenos, bolivianos, hasta un turco.

Cuando nos dicen cabezas negras los que más se calientan son los suecos de nuestro cuadro. Hay un sueco en especial que se llama Choli, hasta es pelado porque se corta todo el pelo porque no le gusta ser rubio,

se crió entre chilenos y hasta habla en español, más que nada malas palabras, vive a las puteadas en español. Bueno, él es mi amigo, y cada vez que me dicen cabeza negra, él siempre está ahí, me defiende: es alto como vos.

Con todo yo no tengo mucho problema porque soy rubio, incluso algunos creen que soy sueco. Si hasta algunos latinos me dijeron que yo me teñía el pelo para parecerme a los suecos.

D.: En Madrid no hay separación entre latinos y europeos. Decís que sos latinoamericano y enseguida te tratan bien.

Gabriel, Patricia, Claudia, Jorge y Daniel

Un sueño realizado

Se llaman Gabriel, Patricia, Claudia, Jorge y Daniel. Son jóvenes, casi niños y casi adultos. Son uruguayos y no viven aquí, no aprenden aquí, no crecen aquí: nos estamos perdiendo su alegría, su inteligencia, su aporte. En el Sindicato de canillitas ASCEEP los recibió, junto a 149 niños más, con juegos, cantos y fogones. Allí conversamos con ellos y allí otra vez supimos que quieren volver. El reencuentro es una necesidad de todos los uruguayos: los que están lejos y los que estamos aquí.

¿Qué es lo que más les llama la atención de todo lo que están viviendo?

—El miedo que ha perdido la gente, que dice cualquier cosa...

—Cualquier cosa no, dice la justa.

—¿En qué pensaron cuando se enteraron de la posibilidad de venir?

—Yo pensé, a mí no me va a tocar. Me resbaló un poco porque creía que no iba a tener la posibilidad de venir. Después nos dijeron que nos iba a esperar mucha gente, miles, pero uno no se imaginaba lo que podía ser. Por eso al llegar fue un choque grande ver tanta gente, que nos saludaba y nos reconocía como hijos del Uruguay.

Fue un sueño realizado.

—Nos habían preparado para el recibimiento, pero igual fue algo fabuloso, la gente nos quería tocar, nos daban la bienvenida. Ahí te sentías de nuevo uruguayo y que la gente te estaba guardando un lugarcito para venir mañana.

—La gente te saluda por la calle, se entera que vienes de España o de cualquier país y te abraza, te dice que Uruguay es tuyo, que vuelvas, que sos parte del Uruguay. Y eso te hace sentirte bien, pues te das cuenta entonces que es verdad.

—Uno de los grandes miedos que teníamos era que el exilio fuera olvidado, que creyeran que los 500 mil uruguayos que estamos afuera nos fuimos para hacer gaita o para hacer la nuestra. No... salimos por necesidad.

—¿Se sentían muy alejados? ¿Tenían miedo de estar olvidados?

—Sí, yo pensé que no nos recordaban, que seríamos un recuerdo lejano, pero que no nos querían tanto como uruguayos.

—Pero no nos sentíamos alejados del Uruguay en sí, vivimos pensando en Uruguay, todos los días, y tratamos que los jóvenes que están en el exilio también lo vivan así.

Nuestras veinticuatro horas del día son uruguayas.

No esperábamos que nos trataran con tanto cariño. La gente nos ha mostrado un cariño inmenso.

—Yo tenía miedo que creyeran que la sociedad de consumo nos había comido, que éramos uno más en Europa.

—Nosotros hemos tratado de no perder las raíces y las tradiciones, yo siempre digo que salí del Uruguay pero que no me fui del Uruguay, porque vivo pensando en las cosas que pasan acá.

—Fuera del país igual nos juntamos charlamos y discutimos haciendo uso de las tradiciones del país, como tomar mate, hacer un asado, guitarrar, fogones.

—¿Cómo fue el reencuentro con la familia?

—Nos recibieron genial, algo fabuloso. Ese era el problema que teníamos: saber si nos estaban esperando. Pero por suerte fue fabuloso, toda la gente se abrió enormemente, la familia, el barrio, incluso gente que antes a mí no me daba ni la hora, gente que se arrima y nos dice que vamos a volver pronto, todo eso nos da fuerzas para volver.

Ahora puedo pensar: soy uruguayo y el Uruguay me espera.

—Fue un encuentro con todo el Uruguay, no sólo con la familia, porque fue tan fabuloso el recibimiento que nos sentimos familiares de todos. Fue el Uruguay entero que nos recibió y nos dijo "ustedes son nuestros hijos", eso nos hizo felices.

—O sea que el reencuentro es posible...

—Todos nos dicen que vuelvan nuestros padres.

—El reconocimiento no es a nosotros sino a nuestras familias.

—Igual no va a ser fácil la vuelta y van a haber problemas. Hay gente que se formó desde chica en lugares muy distintos...

—Eso es cierto, pero este viaje sirvió para eso, para que los que hemos crecido en lugares distintos veamos lo que es nuestro país.

—Muchos padres van a tener el problema de hijos que no quieren venir, pues han formado su vida y su familia en Europa.

—Nuestro mensaje es para volver algún día, vivimos las 24 horas pensando en Uruguay, para que todos los jóvenes y padres vivan de cara al Uruguay. Nunca dejamos de sentirnos uruguayos y luchamos para que todos los uruguayos que viven en el exilio no dejen de sentirse uruguayos y sepan que tienen un lugar acá.

Camilo José Cela

Recuerdos lapidarios

En Padrón, mi pueblo, tengo una lápida en la casa en que nací; otra en la plazuela que lleva mi nombre, y aún otra en el Instituto Nacional Mixto de Segunda Enseñanza, que se llama como yo me llamo. La verdad es que lo único que me falta es una última lápida, la del cementerio, pero tampoco tengo mayor prisa en que le saquen fotografías los veraneantes.

Esto de tener lápidas en vida es un saludable ejercicio y también un adiestramiento en las mañas de la modestia, porque siempre hay quienes tienen más, aunque a las de éstos, con frecuencia, acaban apedreándolas al menor descuido de las autoridades locales, provinciales y nacionales, que tampoco pueden estar en todo.

Nacer en un pueblo y en una casa, que es como nacían antes las personas decentes, y no en una urbe y en una clínica, que es como ahora suele venir al mundo el paisanaje, tiene la ventaja

de que siempre hay sitio para colocar la lápida. Además, antes, cuando nacíamos en las casas, se morían algunos, y no era necesario hablar del crecimiento demográfico, que es una ordinariez.

En Padrón y sus alrededores, más o menos en el paisaje que se abre en un radio de cuatro leguas en torno a la villa, nacieron (de algunos tan solo se supone que nacieron) hombres y mujeres de mucho lucimiento: la Reina Lupa, cuyos descendientes tienen ahora un restaurante en La Esclavitud; San Pedro de Mezonzo, obispo de Iria, que inventó la Salve; Macías el Enamorado, que murió del pinchazo que le dio un marido cornudo; Juan Rodríguez de la Cámara, el paje de Juan II, que escribió *El siervo libre de amor*, y que, desairado por su dama, se metió a fraile; Rosalía de Castro, que dicen que nació en Santiago, pero que algún día se demostrará que no; Carolina Otero, la moza

(es un decir) que tuvo amores con un zar, un kaiser, un rey emperador y un rey a secas, entre otros admiradores de menor monta, y que también era hija de cura; don Ramón María de Valle-Inclán y Montenegro, de joven Ramón Valle Peña, con quien D. Alfonso XIII cometió el error de no hacerle marqués de Bradomín y a cuyos descendientes, D. Juan Carlos I tuvo el acierto de otorgarles el título; Alfonso Castela, arquitecto de todas las galleguidades; Francisco y Julio Gamba, que sabían escribir y comer; Rafael Dieste, hombre de muy nobles letras; la Pantera de Arosa, boxeador que no llegó a Jack Dempsey, pero le quedó cerca; mi primo Paquino, que de tres pedradas hizo tres tuertos, etc.

Los de Santiago, que son más, nos roban los muertos, pero como los padrones no somos rencorosos, no les tenemos rabia y hasta nos llevamos bien con ellos y no nos importa que nos vean tomando pulpo juntos. Primero nos robaron a Nuestro Señor el Apóstol (nosotros decimos que los huesos que quedan son de Prisciliano) y después arramblaron con el cadáver de Rosalía, que estuvo enterrada en el cementerio de Adina. ¡Qué barbaridad! ¡Qué ansiosos!

Esto de ser profeta en la propia tierra tiene su aquel, ya que, por lo común, no suele ser fácil conseguirlo; si todos los españoles hicieran lo que los padrones y siguieran su ejemplo, otro gallo nos cantaría en las parameras de la piel de toro. Los españoles, a escala nacional, propendemos a lo contrario y, en lugar de apoyarnos, andamos a punterazos y levantando falsos testimonios: ahora, lo que está de moda es llamarnos los unos a los otros rojos o fascistas, según los vientos, los nervios y los reflejos condicionados; en esto variamos poco y demostramos no tener un imaginación muy fértil, fallo que intenta suplirse con la mala uva. ¡Así, nos luce el pelo! Aquí, lo mejor es hacer un corte de mangas al tendido, quitarse de enmedio y ver cómo se despellejan y zurren los demás; es muy recomendable hacer oídos de mercader a las crujidas del pellejo propio y también no darle a las cosas más importancia de la que tienen, que no suele ser mucha.

Hace poco estuve en Padrón y volví orgulloso de mis paisanos, porque, sobre tener un sentido epicúreo de la existencia, no juegan a la baja; debo reconocer —y así lo hago— que el ri-beiro del difunto Cruces, el pulpo de Espetún, las croquetas del Cuco, el marisco de Ramallo, el reo del Chef Rivera y lo que sea de quien fuere y excepción, ayudan mucho a conllevar las amarguras de este valle de lágrimas. A lo mejor también influye la cachondería propia de la latitud, que es muy saludable y produce mucha admiración entre los visitantes de allende los portillos de La Canda y el Padornelo.

Los ciento y pico padroneses de la diáspora que nos reunimos todos los años a comer juntos para celebrar el domingo de Pasquilla (comiendo como leones, señora, y le agradecería que nos desease buen provecho, ya que la buena digestión la hacemos solos), volvemos porque nuestros paisanos nos acogen con los brazos abiertos, que si no, seguiríamos rodando por la mar abajo o por el mundo adelante, que tampoco nos va mal. ¡Qué Nuestro Señor e Apóstol les pague su caridad!

En Padrón —como decía— tengo tres lápidas y voy, con la mayor pausa que puedo, camino de tener la cuarta. La gente cree que esto de coleccionar lápidas en el pueblo de uno es importante, pues no: lo importante es tenerlas en el pueblo de los demás. Puesto que yo las tengo en el lugar en que nací y de este sarampión ya estoy curado, debo declarar en público y en voz alta mi más honrado pensamiento: las lápidas nombrando casas natales, calles e institutos, ni sirven para nada ni importan un bledo. Se agradecen y se pasa la hoja: lo que de verdad importa es tener un pueblo detrás y saber que los paisanos, sobre serlo, son también los hermanos que habrían de levantarle a uno si se cayera al borde del camino, como un viejo caballo harto ya de sudar herraduras y ver tierras distantes. La verdad es que en esto, como en casi todo, he tenido mucha suerte.

(Exclusiva Agencia EFE)



Gabriel García Márquez

Vuelta a la semilla

Al contrario de lo que han hecho tantos escritores buenos y malos en todos los tiempos, nunca he idealizado el pueblo donde nací y donde crecí hasta los ocho años. Mis recuerdos de esa época —como tantas veces lo he dicho— son los más nítidos y reales que conservo, hasta el extremo de que puedo evocar como si hubiera sido ayer no sólo la apariencia de cada una de las casas que aún se conservan, sino incluso descubrir una grieta que no existía en un muro durante mi infancia. Los árboles de los pueblos suelen durar más que los seres humanos, y siempre he tenido la impresión de que también ellos nos recuerdan, tal vez mejor que como nosotros los recordamos a ellos.

Pensaba todo esto, y mucho más, mientras recorría las calles polvorientas y ardientes de Aracataca, el pueblo donde nací y donde volví hace algunos días después de 16 años de mi última visita. Un poco trastornado por el reencuentro con tantos amigos de la niñez, aturrido por un tropel de niños entre los cuales parecía reconocerse a mí mismo cuando llegaba el circo, tenía, sin embargo, bastante serenidad para sorprenderme de que nada había cambiado en la casa del general José Rosario Durán —donde ya, por supuesto, no queda nadie de su familia ilustre—; que debajo de los camellones con que han adornado las plazas éstas siguen siendo las mismas, con su polvo sediento y sus almendros tristes como lo fueron siempre y que la iglesia ha sido pintada y repintada muchas veces en medio siglo, pero el cuadrante del reloj de la torre es el mismo. “Y eso no es nada” me precisó alguien: “el hombre que lo arregla sigue también siendo el mismo”.

Es mucho —yo diría que demasiado— lo que se ha escrito sobre las afinidades entre Macondo y Aracataca. La verdad es que cada vez que vuelvo al pueblo de la realidad encuentro que se parece menos al de la ficción, salvo algunos elementos externos, como su calor irresistible a las dos de la tarde, su polvo blanco y ardiente y los almendros que aún se conservan en algunos rincones de las calles. Hay una similitud geográfica que es evidente, pero que no llega mucho más lejos. Para mí hay más poesía en la historia de los animes que en toda la que he tratado de dejar en mis libros. La misma palabra —animes— es un misterio que me persigue desde aquellos tiempos. El Diccionario de la Real Academia dice que el anime es una planta y su resina. De igual modo define esta voz, aunque con muchas más precisiones, el excelente lexicón de colombianismos de Mario Alario di Filippo. El padre Pedro María Revollo, en sus *Costeñismos colombianos*, ni siquiera la menciona. En cambio, Sundenheim, en su *Vocabulario costeño*, publicado en 1922 y al parecer olvidado para siempre, le consagra una nota muy amplia que transcribo en la parte que más nos interesa: “El anime, entre nosotros, es una especie de duende bienhechor que auxilia a sus protegidos en lances difíciles y apurados, y de ahí que cuando se afirma de alguien que tiene animes se dé a entender que cuenta con alguna persona o fuerza misteriosa que le ha prestado su concurso”. Es decir, Sundenheim lo identifica con los duendes y de modo más preciso, con los descritos por Michelet.

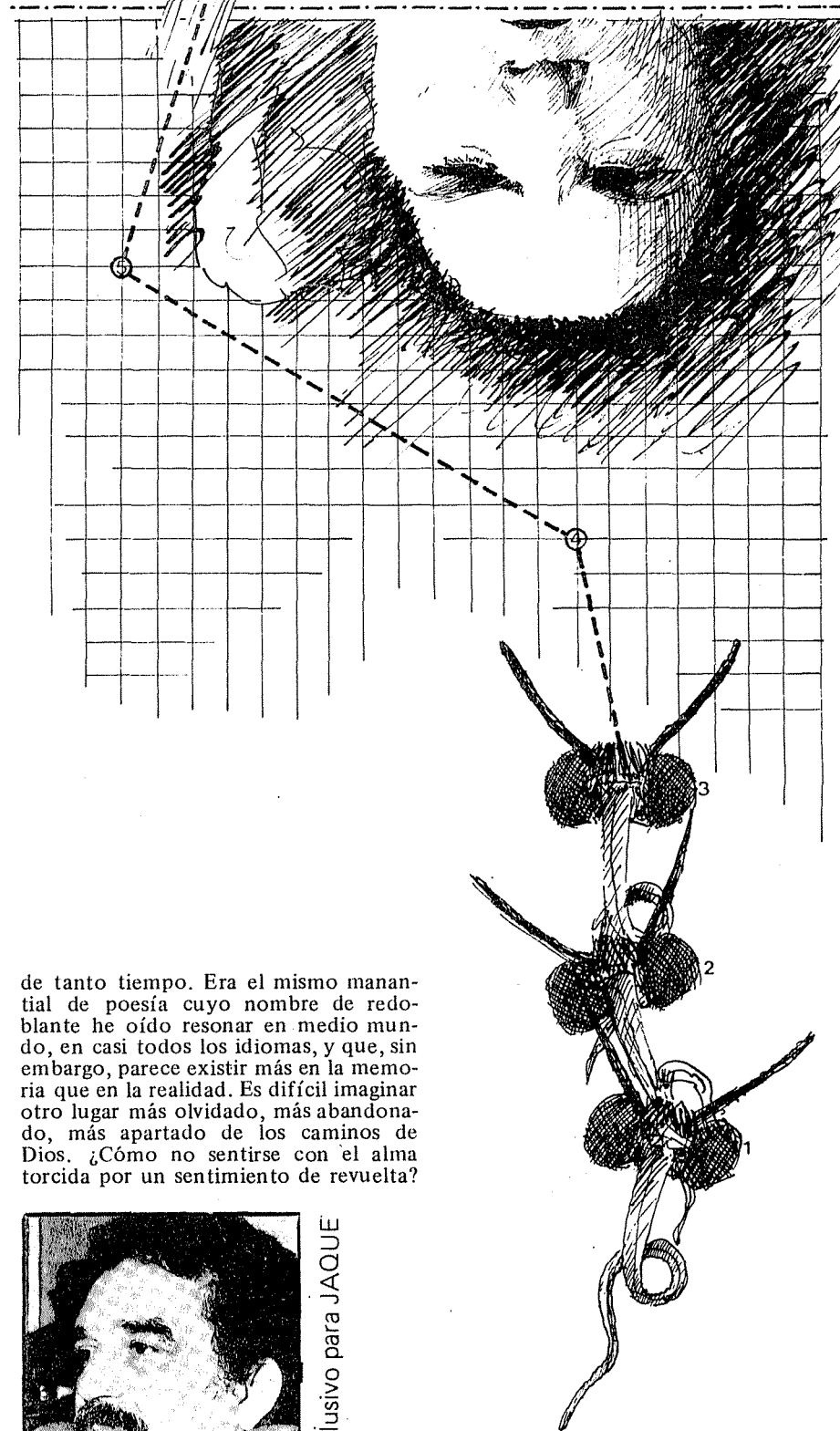
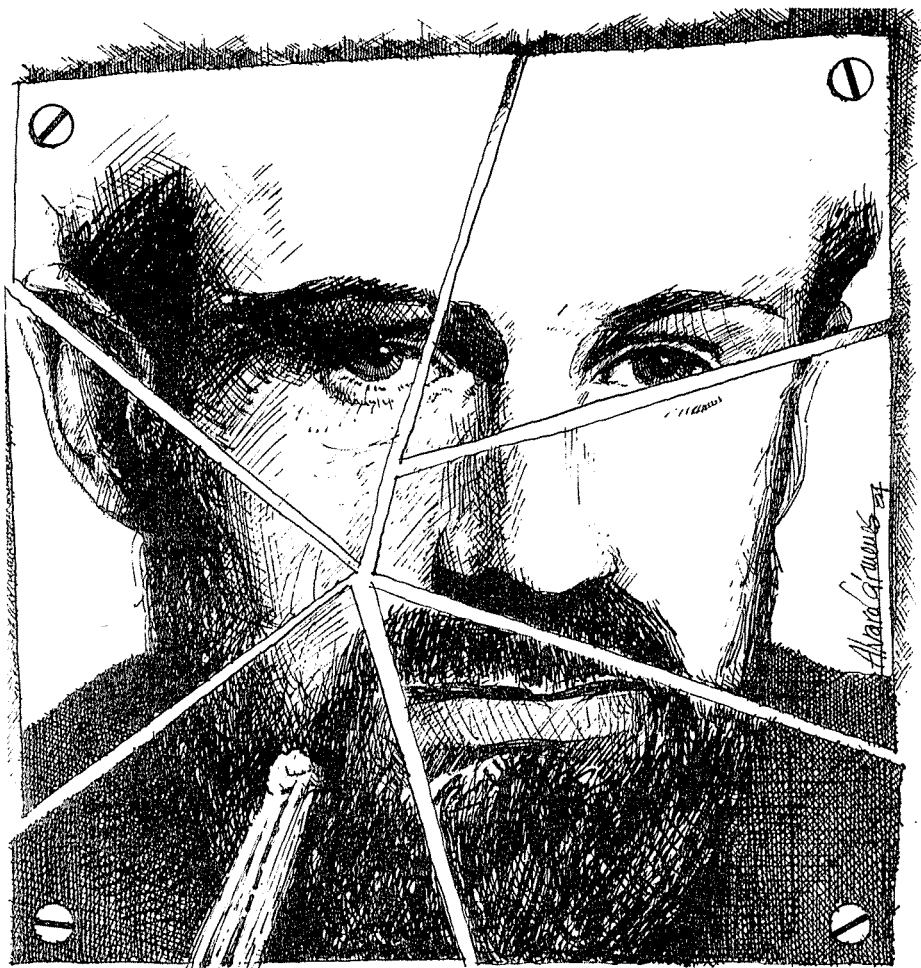
Los animes de Aracataca eran otra cosa: unos seres minúsculos, de no más

de una pulgada, que vivían en el fondo de las tinajas. A veces se les confundía con los gusarapos, que algunos llamaban sarapicos, y que eran en realidad las larvas de los mosquitos jugueteando en el fondo del agua de beber. Pero los buenos conocedores no los confundían: los animes tenían la facultad de escapar de su refugio natural, aun si la tinaja se tapaba con buen seguro, y se divertían haciendo toda clase de travesuras en la casa. No eran más que eso: espíritus traviesos, pero benévolo, que cortaban la leche, cambiaban el color de los ojos de los niños, oxidaban las cerraduras o causaban sueños enrevesados. Sin embargo, había épocas en que se les trastornaba el humor, por razones que nunca fueron comprensibles, y les daba por apedrear la casa donde vivían. Yo los conocí en la de don Antonio Daconte, un emigrado italiano que llevó grandes novedades a Aracataca: el cine mudo, el salón de billar, las bicicletas alquiladas, los gramófonos, los primeros receptores de radio. Una noche corrió la voz por todo el pueblo de que los animes estaban apedreando la casa de don Antonio Daconte, y todo el pueblo fue a verlo. Al contrario de lo que pudiera parecer, no era un espectáculo de horror, sino una fiesta jubilosa que de todos modos no dejó un vidrio intacto. No se veía quien las tiraba, pero las piedras surgían de todas partes y tenían la virtud mágica de no tropezar con nadie, de no hacer daño a nadie, sino de dirigirse hacia sus objetivos exactos: las cosas de cristal. Mucho tiempo después de aquella noche encantada, los niños seguíamos con la costumbre de meternos en la casa de don Antonio Daconte para destapar la tinaja del comedor y ver los animes —quietos y casi transparentes— aburriéndose en el fondo del agua.

Tal vez la casa más conocida del pueblo era una esquina como tantas otras, contigua a la de mis abuelos, que todo el mundo conocía como la casa del muerto. En ella vivió varios años el párroco que bautizó a toda nuestra generación, Francico C. Angarita, que era famoso por sus tremendos sermones moralizadores. Eran muchas las cosas buenas y malas que se murmuraban del padre Angarita, cuyos raptos de cólera eran temibles; pero hace apenas unos años supe que había asumido una posición muy definida y consecuente durante la huelga y la matanza de los trabajadores del banano.

Muchas veces oí decir que la casa del muerto se llamaba así porque allí se veía deambular en la noche el fantasma de alguien que en una sesión de espiritismo dijo llamarse Alfonso Mora. El padre Angarita contaba el cuento no sólo con una gran convicción, sino con un realismo que erizaba la piel. Describía al aparecido como un hombre corpulento, con las mangas de la camisa enrolladas hasta los codos, y el cabello corto y apretado, y los dientes perfectos y luminosos como los de los negros. Todas las noches, al golpe de las doce, después de recorrer la casa, desaparecía debajo del árbol de totumo que crecía en el centro del patio. Los contornos del árbol, por supuesto, había sido excavados muchas veces en busca de un tesoro enterrado. Un día, a pleno sol, pasé a la casa vecina de la nuestra persiguiendo un conejo, y traté de alcanzarlo en el excusado, donde se había escondido. Empujé la puerta, pero en vez del conejo vi al hombre acuchillado en la letrina, con el aire de tristeza pensativa que todos tenemos en esas circunstancias. Lo reconocí de inmediato, no sólo por las mangas enrolladas hasta los codos, sino por sus hermosos dientes de negro que alumbraban en la penumbra.

Estas y muchas otras cosas recordaba hace unos días en aquel pueblo ardiente, mientras los viejos y los nuevos amigos, y los que apenas empezaban a serlo, parecían de veras alegres de que estuviéramos otra vez juntos después



de tanto tiempo. Era el mismo manantial de poesía cuyo nombre de redoblante he oído resonar en medio mundo, en casi todos los idiomas, y que, sin embargo, parece existir más en la memoria que en la realidad. Es difícil imaginar otro lugar más olvidado, más abandonado, más apartado de los caminos de Dios. ¿Cómo no sentirse con el alma torcida por un sentimiento de revuelta?



Exclusivo para JAQUE

Octavio Paz

El futuro: una pesadilla americana

Durante mucho tiempo Estados Unidos fue el gran laboratorio del futuro. Hace poco ese país, que más que ningún otro había vivido vuelto hacia el porvenir, entró con una curiosa mezcla de horror y alivio en una nueva etapa de su historia: "Estamos en decadencia" se ha convertido en la fórmula de moda para millones de norteamericanos, que no por eso dejan de decidir por el resto del mundo. ¿Hay que tomar en serio a los heraldos de la declinación norteamericana? ¿Y si es así, cuáles son los medios de combatirla? ¿O bien sólo hay que ver en el fenómeno una tendencia masoquista a la autocritica? Preguntas, entre muchas otras, que ofrecen al gran escritor mexicano Octavio Paz la oportunidad de variaciones espléndidas sobre el tema, más actual que nunca, de la muerte de Occidente.

Al principio fue un secreto susurrado al oído por algunas personas bien informadas; después los expertos empezaron a publicar eruditos ensayos en las revistas especializadas y a dar conferencias en las facultades; hoy el tema es discutido en mesas redondas televisadas, en los artículos y encuestas de las revistas y diarios populares, durante cócteles y comidas, y en los bares. En menos de un año, los norteamericanos han descubierto que "están en decadencia".

Como la divinidad de los teólogos, la decadencia es indefinible; como la primavera del poema de Machado, nadie sabe cómo llegó; y como ambas, está en todas partes. Algunos han recibido la noticia con escepticismo, otros con irritación o incluso con indiferencia. Los espíritus religiosos la consideran un castigo del cielo y los pragmáticos empedernidos una falla mecánica reparable.

La mayoría ha recibido la noticia en una especie de frenesí ambiguo, una extraña mezcla de horror, de exaltación y de una curiosa sensación de alivio: ¡por fin!

Los norteamericanos han sido desde siempre un pueblo proyectado hacia el futuro. Toda su prodigiosa carrera histórica puede ser considerada como un galope incesante hacia una tierra prometida: el reino (o más bien la república) del futuro. Una tierra que no está hecha de tierra sino de una sustancia evanescente: tiempo. Cuando se lo toca, el futuro se disipa, pero para aparecer un poco más tarde, un poco más lejos. Siempre más lejos. El progreso es fantasmagórico. Pero ahora, cuando los norteamericanos comenzaban, literalmente, a quedarse sin aliento, el porvenir desciende bajo la forma, a la vez abominable e infinitamente seductora, de la decadencia. El futuro por fin tiene un rostro.

Desconfío de la palabra decadencia. Verlaine y Moctezuma, Luis XV y Góngora, Boabdil y Gustave Moreau fueron llamados decadentes por motivos diferentes u opuestos. Marx profetizó el fin del sistema capitalista. Spengler diagnosticó el ocaso de la cultura occidental; Benda, el de "la Francia bizantina", y así sucesivamente. ¿A qué tipo de decadencia hacemos alusión cuando hablamos de Estados Unidos en los años ochenta? A pesar de esas incertidumbres e imprecisiones, casi todos compartimos la idea —en realidad, el sentimiento— de que vivimos en una época crepuscular. Pero el término decadencia describe sólo de modo muy aproximativo nuestra situación. No estamos ante el fin de un imperio, de una civilización o de un sistema de producción: el mal es universal, corrompe todos los sistemas y envenena los cinco continentes.

El tema de la crisis general de la civilización occidental no es nuevo: desde hace más de cien años, filósofos e historiadores han escrito libros y ensayos sobre la decadencia de nuestro mundo. En compensación, el tema gemelo —aquel del fin de este mundo— fue siempre dominio del pensamiento religioso. Es una creencia compartida por numerosos pueblos a lo largo de la historia: los indios, los sumerios, los aztecas, los primeros cristianos y los del año mil. Ahora los dos temas se han fundido en uno solo que ofrece, alterna-

damente, resonancias científicas y políticas, escatológicas y biológicas. No sólo vivimos una crisis de la civilización mundial, sino que esta crisis puede culminar en la destrucción física de la especie humana.

Estados Unidos ha sido tocado por esta crisis general de la civilización. Aunque haya conocido numerosas vicisitudes y sufrido cambios enormes, sus cimientos políticos, sociales y económicos aún están intactos. La democracia norteamericana ha logrado corregir, al menos en parte, sus graves imperfecciones en el ámbito de los derechos de las minorías étnicas. También se puede ver una mejora en el ámbito de las libertades individuales y en el respeto de la moral y la vida privada.

Por último, los norteamericanos no han conocido el totalitarismo, a diferencia de los alemanes, los rusos y las naciones que viven bajo la dominación soviética. No han sufrido la ocupación ni han visto sus ciudades destruidas y además no han soportado dictaduras, guerras civiles, hambrunas, ignominias y exacciones como tantos otros pueblos.

En Estados Unidos la reacción primaria y natural de cualquier visitante es el asombro. Pocas personas han ido más allá de la sorpresa inicial —una admiración a veces mezclada con la repulsión— y han penetrado la inmensa originalidad de este país. Uno de esos raros viajeros clarividentes, el primero de ellos, fue Tocqueville. Sus reflexiones no han envejecido. Había previsto la grandeza futura de la Unión americana y comprendido la naturaleza del conflicto que, desde su nacimiento, la habita. Un conflicto al que esta nación debe, simultáneamente, sus grandes triunfos y sus pasos en falso: la oposición entre la libertad y la igualdad, el individuo y la democracia, las libertades locales y el centralismo gubernamental. El punto de vista de Henry Adams fue a la vez menos amplio y tal vez más profundo: vio en el seno de la sociedad norteamericana la oposición entre la Dinamo, que transforma el mundo pero lo reduce a series uniformes, y la Virgen, energía natural y espiritual que riega e ilumina el alma de los hombres, produciendo así la variedad y la variación de nuestras obras. Tocqueville y Adams previeron con lucidez lo que iba a ocurrir; nosotros, ahora, vemos lo que pasa. En esa perspectiva, tal vez mis reflexiones no sean del todo inútiles.

La gran originalidad de la nación norteamericana y, del mismo modo, la raíz de su contradicción, está asentada en el acto mismo de su fundación. Estados Unidos fue fundado para que sus ciudadanos vivan entre ellos y con ellos, libres por fin del peso de la historia y de los fines metahistóricos que el Estado asigna a las sociedades del pasado. Fue una construcción contra la historia y sus desastres, frente al futuro, esa *terra incognita* con la que se identificó Estados Unidos. El culto del futuro se inserta con total naturalidad en el proyecto norteamericano; es, por así decirlo, su condición y su resultado. La sociedad norteamericana se fundó por un acto de abolición del pasado. Contrariamente a los ingleses o los japoneses, a los alemanes o los chinos, a los mexicanos o los portugueses, los ciudadanos de Estados Unidos no son hijos de una tradición sino su comienzo. No

perpetúan un pasado: inauguran un tiempo nuevo.

El acto o el acta de fundación —a la vez anulamiento del pasado y nacimiento de una realidad distinta— se repite sin cesar a través de su historia: cada uno de sus episodios se define no frente al pasado sino ante el futuro. Es un paso más hacia la-bas. ¿Hacia dónde? Hacia un nowhere que está en todas partes salvo aquí y ahora. El futuro no tiene rostro, es una pura posibilidad... Pero Estados Unidos no vive en el futuro, esa región inexistente, vive aquí y ahora, entre nosotros, los pueblos históricos. Es un imperio, y sus más leves movimientos sacuden el mundo entero. Habría querido estar fuera del mundo, pero está en el mundo, es el mundo. De ese modo la contradicción de la sociedad norteamericana contemporánea (ser a la vez un imperio y una democracia) resulta de otra contradicción más profunda: haber sido fundada contra la historia y ser ella misma la historia.

Estados Unidos atraviesa un período de duda. Si no ha perdido la fe en sus instituciones —el episodio de Watergate fue un ejemplo admirable—, tampoco cree como antes en el destino de su nación. En el marco de este artículo es imposible examinar todas las razones y todas las causas: serían un "largo añadido". Que baste decir que el estado espiritual presente del pueblo norteamericano es probablemente la consecuencia de dos fenómenos contrarios pero que, como ocurre con frecuencia en la historia, se han conjugado. El primero es el sentimiento de culpabilidad que despertó en muchos espíritus la guerra de Vietnam; el segundo es la usura de la ética puritana y el desarrollo del hedonismo de la abundancia. El sentimiento de culpabilidad, sumado a la humillación de la derrota, ha reforzado el aislamiento tradicional, que siempre consideró la democracia norteamericana como una isla de virtud en el mar de perversiones de la historia universal. El hedonismo, por su parte, ignora el mundo exterior y, con él, la historia. Aislacionismo y hedonismo coinciden en un punto: ambos son antihistóricos...

Perplejo ante su doble naturaleza histórica, Estados Unidos ya no sabe qué camino tomar. La alternativa es mortal: si eligen el destino imperial, dejará de ser una democracia y perderá así su razón de ser como nación. Pero cómo renunciar al poder sin ser destruido por su rival, el imperio ruso? Se dirá que Gran Bretaña fue a la vez una democracia y un imperio. Pero la situación contemporánea es muy distinta: el imperio británico fue exclusivamente colonial, se situaba en ultramar; al mismo tiempo, en su política europea y americana, Inglaterra no buscaba la hegemonía sino el equilibrio de fuerzas. Esa política del equilibrio corresponde a otra etapa de la historia mundial. Ni Gran Bretaña ni las demás grandes potencias europeas han tenido que enfrentar un estado como la U.R.S.S., cuya expansión imperialista está inextricablemente ligada a una ortodoxia universal. El estado burocrático ruso no aspira sólo al dominio del mundo, sino que es una ortodoxia militante que no tolera otras ideologías ni otros sistemas de gobierno.

Una orgía masoquista

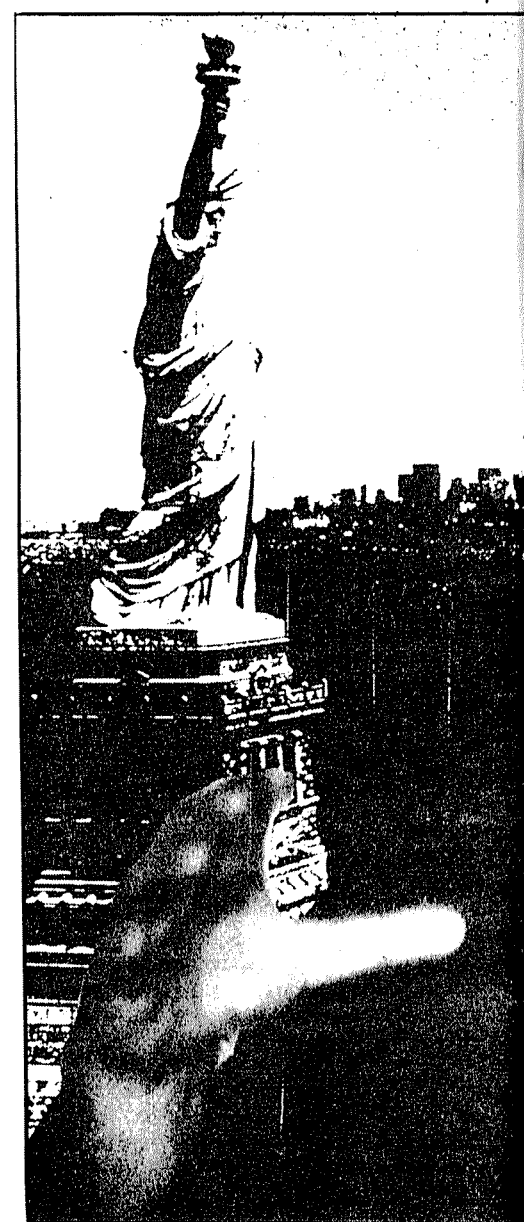
El origen de la democracia norteamericana es religioso, se sitúa en las comunidades de disidentes protestantes que se establecieron en el país en los siglos XVI y XVII. Las preocupaciones religiosas se transformaron después en ideas políticas teñidas de republicano, democracia e individualismo, pero la tonalidad inicial nunca desapareció de la conciencia pública. Religión, moral y política son inseparables en Estados Unidos. Esa es la gran diferencia entre el liberalismo europeo, casi siempre laico y anticlerical, y el de los norteamericanos. En ellos, las ideas democráticas tienen un fundamento religioso, a veces implícito, con más frecuencia explícito.

Si pudiesen, los norteamericanos se encerrarían en su país y le darían la espalda al mundo, salvo para comerciar con él y para visitarlo. La utopía norteamericana —donde abundan, como en toda utopía, rasgos monstruosos— es una mezcla de tres sueños: el del asceta, el del mercader y el del explorador. Tres individualistas. De donde proviene la repugnancia que manifiestan cuando deben enfrentar el mundo externo, su incapacidad para comprenderlo y su falta de habilidad para dirigirlo. Constituyen un imperio, rodeado de naciones que son sus aliadas y de otras que quieren destruirlos, pero ellos preferirían permanecer solos: el mundo exterior es el mal, la historia es perdición. Todo lo contrario de Rusia, otro país religioso pero que identifica la religión con la Iglesia y encuentra legítimo confundir la ideología y el Partido. Los norteamericanos han querido y siguen queriendo construir un mundo que les sea propio, fuera de este mundo: los rusos han querido y siguen queriendo dominar el mundo para convertirlo.

La contradicción de Estados Unidos afecta los fundamentos mismos de su nación. Es por eso que la reflexión sobre Estados Unidos y sus discursos actuales desemboca sobre una pregunta: ¿serán capaces de resolver la contradicción entre imperio y democracia? En ello les va la vida y la identidad. Aunque sea imposible contestar esta pregunta, no lo es arriesgar un comentario. El sentimiento de culpa puede transformarse, si se lo aprovecha, en un principio de salud política:

en cambio el hedonismo sólo puede conducir a la dimisión, la ruina y la derrota. Es cierto que desde Vietnam y Watergate, hemos asistido a una especie de orgía masoquista, y hemos visto a muchos intelectuales, clérigos y periodistas desgarrarse las vestiduras y golpear el pecho en señal de arrepentimiento. Las autoacusaciones, por lo general, no eran y no son falsas, pero el tono era con frecuencia delirante, como cuando un periodista, en el New York Times, hacía culpable a la política norteamericana en Indochina de las atrocidades que han cometido, desde entonces, los Khmers rojos y los vietnamitas. Sin embargo el sentimiento de culpabilidad no desempeña sólo el papel de compensación al mantener el equilibrio psíquico; posee un valor moral. Nada del examen de conciencia y del reconocimiento de haber actuado mal. De ese modo puede convertirse en sentimiento de responsabilidad, único antídoto contra la ebriedad de la *hybris*, tanto para los individuos como para los imperios. A la inversa, es más difícil transformar el hedonismo epidémico de las masas modernas en una fuerza moral.

Estados Unidos sufrió derrotas y daños, pero su poder económico, científico y técnico sigue siendo superior al de la Unión Soviética. Las instituciones norteamericanas fueron concebidas para una sociedad en movimiento perpetuo, mientras que las de la U.R.S.S. co-



rresponden a una sociedad de castas, estática. Es por eso que el más pequeño cambio de la Unión Soviética pone en peligro los cimientos mismos del régimen. Las instituciones rusas no resistirían la prueba que constituye, cada cuatro años, la elección del presidente de Estados Unidos. En cuanto a un fenómeno como Watergate, en Rusia habría desencadenado una revolución.

Con frecuencia se compara a Estados Unidos con Roma. El paralelo no es del todo exacto —el componente utópico no aparece en Roma, mientras que es central en Estados Unidos— pero es útil. Para Montesquieu, la decadencia de los romanos fue el resultado de una doble causa: el poder del ejército y la corrupción por el lujo. El primero estuvo en el origen del imperio; la segunda, en su ruina. El ejército le dio el poder sobre el mundo pero, con él, lo moliente irresponsable y la disipación. ¿Los norteamericanos serán más sensatos y más sobrios que los romanos, demostrarán tener una fuerza espiritual más grande? Eso parece muy difícil. Sin embargo hay un rasgo que habría entusiasmado a Montesquieu: los norteamericanos supieron defender sus instituciones democráticas y hasta las han ampliado y perfeccionado. En Roma el ejército instauró el despotismo de los Césares; Estados Unidos soporta los males y los vicios de la libertad, no los de la tiranía. Y aunque se encuentre deformada, no se puede dudar de la vivacidad de la tradición moral de crítica que los acompañó a lo largo de toda

su historia. Los accesos de masoquismo son precisamente expresiones enfermizas de esta exigencia moral.

Gracias a la autocrítica, Estados Unidos supo resolver, en el pasado, muchos otros conflictos. Hoy mismo ha demostrado su capacidad para renovarse. En los últimos veinte años han hecho grandes adelantos para resolver la otra contradicción importante que lo desgasta: la cuestión racial. No es imposible que, a fines de siglo, Estados Unidos se convierta en la primera democracia multirracial de la historia. A pesar de sus graves imperfecciones y defectos, el sistema democrático norteamericano corrobora la antigua opinión: si la democracia no es el gobierno ideal, es en todo caso el menos malo. Uno de los grandes logros del pueblo norteamericano ha sido conservar la democracia ante las dos grandes amenazas contemporáneas: las poderosas oligarquías capitalistas y el Estado burocrático del siglo XX.

Herederos defectuosos

Otro indicio positivo: los norteamericanos han dado un gran paso adelante en el arte de la vida en común, no sólo entre los distintos grupos étnicos sino también en dominios tradicionalmente catalogados de prohibidos por la moral común, como el de la sexualidad. Ciertos críticos lamentan la per-

han exhibido señales de prudencia política (en el sentido en que la entiende Castoriadis: facultad de orientarse en la historia). De ese modo, las inconsistencias de la política exterior de Estados Unidos no son imputables sólo a los gobernantes y los políticos sino a la nación entera. No sólo los intereses de los grupos y los partidos pasan a adelantarse a los de la colectividad sino que la opinión norteamericana se ha mostrado incapaz de comprender lo que se desarrolla más allá de sus fronteras.

Esta crítica puede aplicarse tanto a los conservadores como a los liberales, al dero como a los dirigentes sindicales. No existe país mejor informado que Estados Unidos; sus periodistas son excelentes y se los encuentra en todas partes, sus expertos y especialistas cuentan los hechos con todos sus pormenores: y el resultado de esta gigantesca montaña de informaciones y noticias es, casi siempre, la rata de la fábula. ¿Debilidad intelectual? No: falta de visión histórica. Debido a la naturaleza misma del proyecto que fundó la nación —ponerla al abrigo de la historia y sus horrores— los norteamericanos sufren de una dificultad congénita para comprender el mundo externo y para orientarse en sus laberintos.

La fascinación totalitaria

Otra falla de la democracia norteameri-

que apasionaron nuestra época. Tal indiferencia ha presentado un aspecto positivo: los ha librado de los extravíos de muchos intelectuales europeos y latinoamericanos. Como así también de las caídas y recaídas en la abyección de tantos escritores que han acumulado, sin pestañear, los honores públicos y los premios internacionales con la adulación servil a los Stalin, los Mao y los Castro.

Entre los grandes poetas norteamericanos sólo uno, Ezra Pound, sucumbió a la fascinación totalitaria. Pero es revelador que haya elegido ser el panegirista del menos brutal de todos los dictadores brutales de este siglo: Mussolini. Y contrariamente a otros escritores europeos y latinoamericanos, Pound no obtuvo, después de su apostasía, ni condecoraciones ni funerales nacionales, sino que fue encerrado, durante años, en un asilo de alienados. Fue terrible, pero sin duda mejor que complacerse en chapotear en el barro como Aragon. La indiferencia de los norteamericanos no es reprochable en sí, llega a serlo cuando desemboca en la paranoia de los conservadores o en la ingenuidad cercana a la complicidad de los liberales. Son dos maneras de ignorar la existencia de los demás: convertirlos en demonios o en héroes de cuentos de hadas.

En otros tiempos se concebía la historia como una acción colectiva —una gesta— destinada a realizar un fin que trascendía a los individuos y a la sociedad misma. La sociedad hacía depender sus actos de un fin externo a ella, y su historia encontraba un sentido y una justificación en una meta-historia. Los depositarios de tales fines eran el Estado y la Iglesia. La edad moderna ve cómo la acción de la sociedad cambia de naturaleza y de sentido. Estados Unidos es la expresión más completa y más pura de ese cambio; por eso no es exagerado decir que constituye el arquetipo de la modernidad. En la sociedad primitiva el yo no existe más que como fragmento del gran todo social; en la sociedad norteamericana, el todo social es una proyección de las conciencias y las voluntades individuales. Esta proyección nunca es geométrica: la imagen que nos ofrece es la de una realidad contradictoria y en movimiento perpetuo. Ambos factores, contradicción y movimiento, expresan la vitalidad extraordinaria de la democracia norteamericana y su inmenso dinamismo. Al mismo tiempo, ambos factores presentan peligros: la contradicción, si es excesiva, puede paralizar el país ante el exterior; el dinamismo puede degenerar en carrera sin meta. Ambos peligros son visibles en la coyuntura actual.

En la perspectiva de esa evolución, es más fácil comprender la tendencia de los intelectuales norteamericanos a reemplazar la visión histórica por el juicio moral o, peor aún, por consideraciones pragmáticas y circunstanciales. Moralismo y empirismo son dos formas gemelas de incompreensión de la historia. El uno y el otro corresponden al aislacionismo fundamental de la mentalidad norteamericana, que es a su vez la consecuencia natural del proyecto de fundación del país: construir una sociedad al abrigo de los errores y los accidentes de la historia universal.

Una realidad terrible

Hace unos diez años, el filósofo John Rawls publicó un libro, *A Theory of Justice* (1971), que los expertos juzgan notable. El libro, en efecto, sorprende por su rigor y su altura moral, en la mejor tradición de Kant: claridad racional y pureza de corazón. Cito esta obra porque, teniendo en cuenta justamente su importancia, es el mejor ejemplo del desapego de los norteamericanos en relación a la historia. Rawls se propuso "generalizar y llevar a un grado de abstracción más elevado la teoría tradicional del contrato social, como la expresaron Locke, Rousseau y Kant".

El libro tiene algunos capítulos apasionantes sobre temas como la legitimidad de la desobediencia civil, la envidia y la igualdad, la justicia y la equidad; concluye con una afirmación dual de la libertad y la justicia: ambas son inseparables. Rawls ha elaborado una filosofía moral fundada sobre la libre asociación de los hombres, pero admite que la virtud de la justicia sólo puede desplegarse en una sociedad bien organizada. No nos dice cómo se puede alcanzarla ni en qué consiste. Ahora bien, una sociedad bien organizada sólo puede ser una sociedad justa. Además del carácter circular del argumento, lo que más me inquieta es la indiferencia del autor, tan riguroso cuando maneja los conceptos y los significados, ante esa realidad terrible de cinco mil años de historia.

Una teoría de la justicia es un libro de filosofía moral que deja de lado la historia y sólo examina la relación entre moral e historia. Se sitúa así en el extremo opuesto del pensamiento político europeo. Para verificarlo, basta recordar los nombres de escritores tan distintos como Max Weber, Croce, Ortega y Gasset, Hanna Arendt, Camus, Sartre, Cioran. Todos esos escritores han vivido (o viven) la escisión entre moral e historia; algunos han intentado insertar la moral en la historia o deducir de ella los fundamentos de una moral posible. La herida de Occidente ha sido la separación entre la moral y la historia. El secreto de la resurrección de las democracias —y de ese modo, de la verdadera

civilización— reside en el restablecimiento del diálogo entre la moral y la historia. Esa es la tarea de nuestra generación y de la siguiente.

Un choque de intereses

Los escritores y periodistas norteamericanos dan testimonio de una curiosidad insaciable y están muy bien informados sobre la actualidad; pero en vez de comprenderla, juzgan. Hay que reconocer en su honor que reservan sus juicios más acerbos para sus compatriotas y sus gobiernos. Es admirable y, sin embargo, insuficiente. En la época de la intervención de su país en Indochina, denunciaron con justicia la política de Washington, pero esta crítica, casi exclusivamente de orden moral, omitía por lo general el examen de la naturaleza del conflicto. Las críticas apuntaban más a condenar a Johnson que a tratar de comprender cómo y por qué había tropas norteamericanas en Indochina. Muchos dijeron que ese conflicto "no era de ellos", como si Estados Unidos no fuese una potencia mundial y como si la guerra de Indochina representara apenas un episodio local.

El aislacionismo ha sido, alternativamente, un arma ideológica de los conservadores y los liberales. En la época del segundo Roosevelt, fue empleado por el primer partido y, actualmente, por el segundo. No se puede reemplazar la comprensión histórica por la moral, y es por eso que muchos liberales quedaron muy sorprendidos ante el desenlace del conflicto: la instalación de la dictadura burocrático-militar en Vietnam, las masacres de Pol Pot, la ocupación de Camboya y Laos por las tropas vietnamitas, la expedición punitiva de los chinos y, últimamente, las hostilidades entre Vietnam y Tailandia.

Ahora, los liberales repiten las mismas tonterías a propósito de América Central... La actitud moralista, además de no ser siempre sincera —con frecuencia es una máscara—, no nos ayuda a comprender la realidad extranjera. No más que el empirismo o el cinismo de la fuerza. En la esfera de la política, la moral debe ir acompañada de otras virtudes. Y entre ellas la virtud central es la imaginación histórica. Fue la facultad de Vico y de Maquiavelo, de Montesquieu y de Tocqueville. Esta facultad intelectual encuentra su contrapartida en la sensibilidad: la simpatía por el otro y los otros.

La imagen de Estados Unidos no es muy tranquilizante. El país se encuentra desunido, desgarrado por polémicas sin grandeza, corroído por la duda, minado por un hedonismo suicida y aturrido por las vociferaciones de los demagogos. Sociedad dividida, no tanto verticalmente como horizontalmente, por el choque de intereses enormes y egoístas: las grandes compañías, los sindicatos, los farmers, los banqueros, los grupos étnicos, la poderosa industria de la información. La imagen de Hobbes se hace palpable: todos contra todos. El remedio sería reencontrar la unidad de intención, sin la cual no existe posibilidad de acción. ¿Pero cómo? La gran enfermedad de las democracias es desunión, madre de la demagogia. El otro camino, el de la salud pública, pasa por el examen de conciencia y la autocrítica: regreso a los orígenes, a los cimientos de la nación. En el caso de Estados Unidos se trataría de un regreso a la visión de los fundadores. No para respetarlos, sino para recomenzar. Quiero decir: no imitarlos sino, como ellos, comenzar de nuevo.

Esos comienzos son, a la vez, purificaciones y mutaciones: con ellos siempre comienza otra cosa. Estados Unidos nació con la modernidad, y ahora, para sobrevivir, debe enfrentar los desastres de la modernidad. Nuestra época es atroz, pero los pueblos de las democracias occidentales, Estados Unidos a la cabeza, anestesiados por cerca de medio siglo de prosperidad, se obstinan en no ver la gran tarea que les espera sobre el planeta. Bajo la máscara de ideologías pseudomodernas, nuestro siglo ve regresar viejas y terribles realidades que el culto del progreso y el optimismo imbecil de la abundancia creían enterradas para siempre. Vivimos un verdadero retorno de los tiempos. Hace más de un siglo, ante una situación menos amenazante que la de hoy, Melville escribió unas líneas que los norteamericanos debieran releer y meditar:

"When ocean-clouds over inland hills
Sweep storming in late autumn brown,
And horror the sodden valley fills,
And the spire falls crashing in the town,
I muse upon my country's ills.
The tempest bursting from the waste of Time
On the world's faires hope linked with man's
foulest crime.

Nature's dark side is heeded now... (1)

(1): Cuando las nubes oceánicas bagren las colinas

En el marrón tormentoso del otoño tardío,
Y el horror inunda el valle empapado,
Y la torre cae con estrépito en la ciudad,
Medito en las enfermedades de mi país:
La tempestad que estalla desde el baldío del
Tiempo

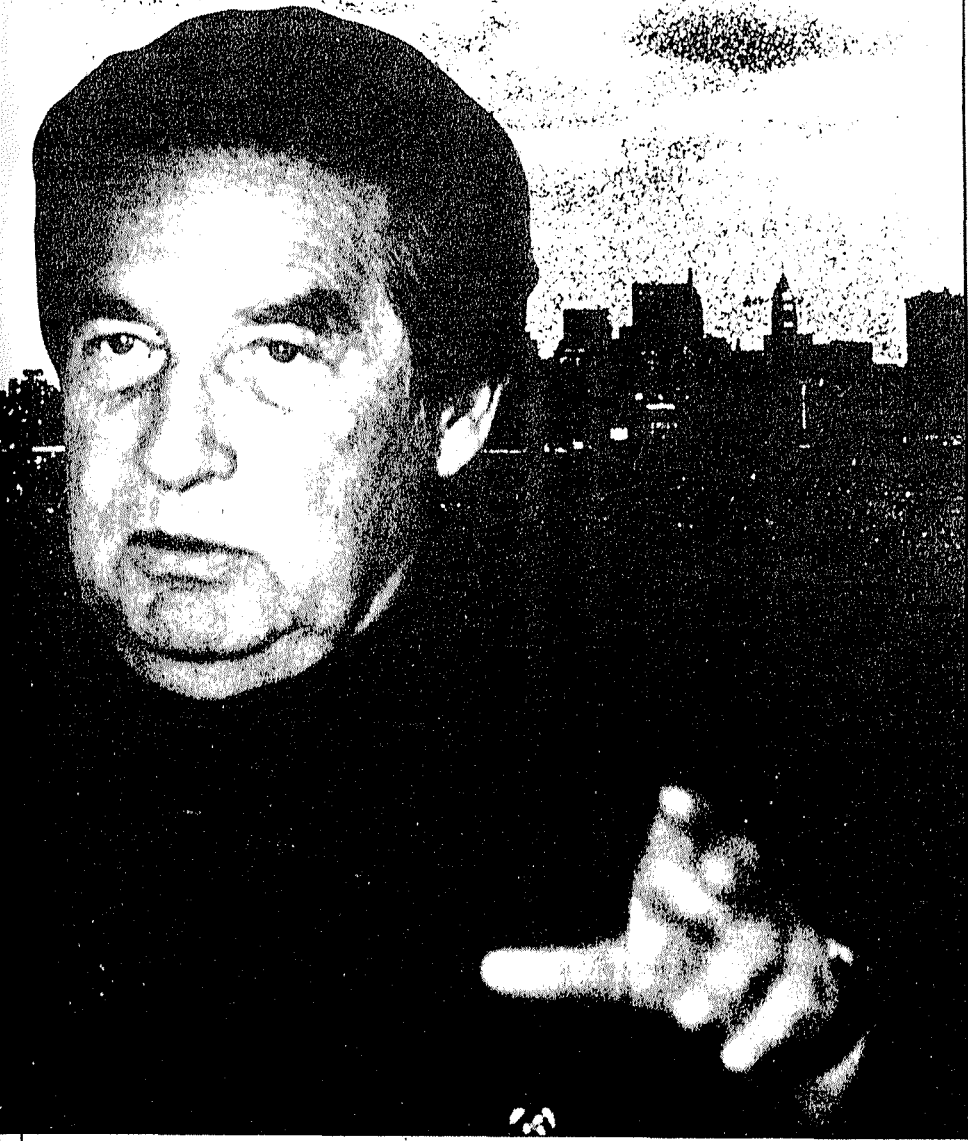
Sobre la esperanza más pura del mundo
ligada al crimen más vil del hombre.
El lado oscuro de la Naturaleza está alerta
ahora...

LE NOUVEL
obscurateur

Derechos exclusivos de JAQUE

JAQUE

Censura previa: querer saber lo que uno va a decir, antes de que lo diga.



missiveness y el relajamiento de las costumbres de la sociedad norteamericana; confieso que el otro extremo me parece más aterrador: el cruel puritanismo comunista y la pudibundez sanguiñaria de un Khomeini. Por último, el desarrollo de las ciencias y la tecnología es una consecuencia directa de la libertad de investigación y de crítica que predomina en las universidades y las instituciones culturales de Estados Unidos. La superioridad norteamericana en esos dominios no tiene nada de accidental.

¿Cómo explicar la mediocridad abrumadora de los políticos en esta sociedad que se revela siempre tan fértil en la ciencia, la tecnología y las artes? ¿Eso daría la razón a los adversarios de la democracia? Debemos aceptar que la voluntad de la mayoría no es necesariamente sinónimo de sabiduría: los alemanes votaron a Hitler, y Chamberlain fue elegido democráticamente. El sistema democrático está expuesto a los mismos riesgos que la monarquía hereditaria: los errores de la voluntad popular son tan cuantiosos como los de las leyes de la herencia, y las malas elecciones son tan imprevisibles como los herederos defectuosos. El remedio reside en el sistema de controles y equilibrios: la independencia del poder judicial y del legislativo, el peso de la opinión pública sobre las decisiones gubernamentales gracias al ejercicio de la crítica, sana y sensata, a través de los medios de comunicación. Por desgracia, en estos últimos años, ni el Senado, ni los medios, ni la opinión pública

cana, ya observada por Tocqueville, reside en el hecho de que las tendencias igualitarias no suprimen el egoísmo individual sino que lo deforman. Aparte de que esas tendencias no han podido evitar el nacimiento y la proliferación de desigualdades sociales y económicas, han dejado de lado a los mejores y obstaculizado su participación en la vida pública. El ejemplo más evidente es la situación de la clase intelectual: la excelencia de sus avances en las ciencias, la técnica, las artes y la educación contrasta con su escasa influencia política.

Es cierto que muchos intelectuales sirven o han servido a los gobiernos pero, casi siempre, en tanto técnicos y expertos, es decir para hacer tal o cual cosa, no para planear fines y metas. Algunos intelectuales han sido consejeros de los presidentes y han contribuido así a concebir y ejecutar la política exterior de Estados Unidos. Pero se trata de casos aislados. La clase intelectual norteamericana, como cuerpo social, no tiene la influencia de sus colegas de Europa y América Latina. No la tiene, en primer lugar, porque la sociedad no está dispuesta a concedérsela. No necesito recordar los términos despectivos con los que se designa al intelectual: "egghead", "highbrow". Estos adjetivos han perjudicado la carrera política de Adlai Stevenson, por citar sólo un ejemplo.

A su vez, los intelectuales norteamericanos han manifestado poco interés por las grandes abstracciones filosóficas y políticas

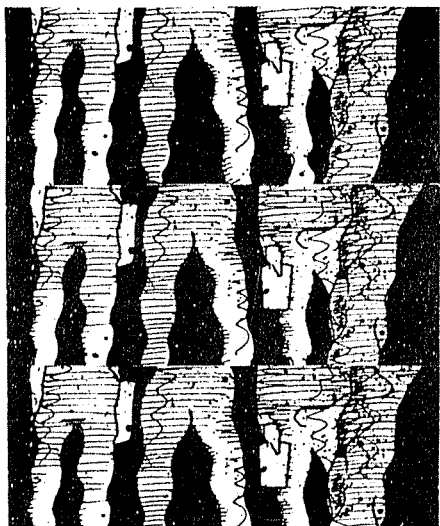
Julio Cortázar

Las batallas desiguales

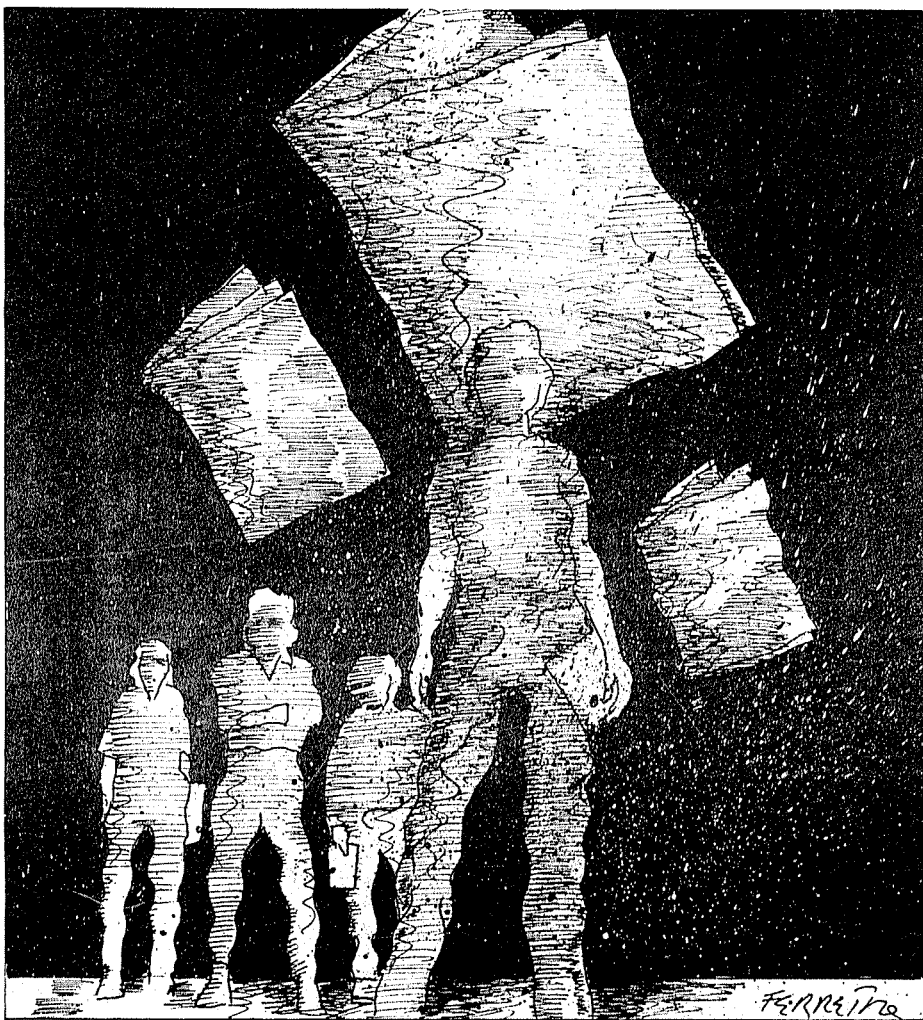
En una reciente declaración firmada por varios conocidos escritores latinoamericanos, entre ellos Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, se acusa a los Estados Unidos de haber desencadenado contra Nicaragua una guerra que se califica de reaccionaria, inhumana e inmoral.

La moral poco ha tenido y tiene que ver con las guerras, pero en este caso la conducta y los procedimientos que aplica el gobierno de Ronald Reagan —estrechamente paralelos a los que práctica en El Salvador— merecen ser mejor conocidos por quienes sólo cuentan con la información periodística en la que la inmoralidad de esa política suele pasar inadvertida frente al sonido y la furia de los hechos de armas. De todas las calificaciones que recibe, esa guerra por parte de los firmantes de la declaración, la de inmoral es sin duda la más grave, porque en ella se resumen de alguna manera todas las otras; y esto no sólo porque la versión oficial que se da como pasto cotidiano a millones de norteamericanos es de una inmoralidad total, sino que con escasas excepciones la información periodística independiente de ese país coincide en lo profundo con la geopolítica del sistema y de hecho la avala, a pesar de sus críticas frecuentes y de sus pretensiones de objetividad y de verdad.

En ese sentido la "autopsia" de cualquier artículo independiente de diarios tan influyentes como el Washington Post o el New York Times muestra de inmediato, a quien sepa manejar el bisturí mental, el grado de inmoralidad que subyace en los artículos aparentemente más objetivos. Tomo al azar uno de Christopher Dickey, publicado en el Post hace pocos días (1), y que narra sus



experiencias en la zona nicaragüense de Nueva Segovia donde este periodista pasó una semana junto a las bandas contrarrevolucionarias que invadieron Nicaragua desde Honduras. Dickey tiene esa suprema habilidad del oficio que consiste en poner todo lo que dice en una especie de balanza de la justicia, para que el lector esté seguro de que no toma partido ni por unos ni por otros. Escucha las afirmaciones o las quejas de los campesinos de esa región, y es sumamente moderado en sus juicios. Pero, para empezar, como no dice nada de las características aisladas, atrasadas y primitivas de la zona donde se mueve, cualquier lector ignorante de la geografía nicaragüense verá en los campesinos de Nueva Segovia un equivalente de la entera población rural del país, y en eso reside la primera añagaza. Personalmente ignoro el grado de eficacia que en esa zona pudo tener la campaña de alfabetización emprendida por los sandinistas al otro día de su victoria, pero supongo que fue muy relativo y que una de las primeras consecuencias del hostigamiento somocista, a lo largo de la frontera



hondureña es la paralización total de los trabajos de post-alfabetización (lo que se suma al enorme retraso que la guerra provoca en todos los terrenos de la educación y del trabajo y que está haciendo más daño a Nicaragua que la propia guerra, cosa que sin duda satisface profundamente a los dirigentes norteamericanos).

Frente a este cuadro, nadie debería sorprenderse de que una parte de los campesinos de la región tiendan a simpatizar con los invasores; su grado de conciencia política es todavía muy bajo, puesto que la situación en la zona y los frecuentes asesinatos de alfabetizadores y asistentes sociales no han permitido llevar a cabo el trabajo con la eficacia alcanzada en regiones más accesibles del país. Dickey lo revela claramente cuando subraya en primer lugar los intereses económicos puramente individuales de los campesinos que traducen una ignorancia profunda de las finalidades de la revolución popular y el apego a un estado de cosas atávico del cual el gobierno busca arrancarlos gracias a la reforma agraria, a la educación y a la participación plena e inteligente en el proceso popular. Cito un párrafo revelador de esta situación, bastante frecuente en América Central, en cuyas zonas más miserables el dinero es lo único que tiene sentido, y máxime en el caso de estos campesinos que no son culpables de haber sido relegados e ignorados por cuarenta años de somocismo urbano y pro-burgués. Dice Dickey: "Los campesinos se quejan de verse obligados a vender sus cosechas o sus animales a los almacenes del estado, y a precios fijados por el gobierno. O sea que no entienden aún el plan de reforma agraria, de cooperativas, de incorporación de la economía rural a un conjunto económico que elimine cada vez más las desigualdades, sobre las cuales Dickey guarda un perfecto silencio. "Se enfurecen —agrega— frente a las tropas sandinistas que les piden la entrega de una parte de sus escasas provisio-



nes y sólo les dejan un papel en cambio". ¿No se le ocurrió a Dickey que ese papel es el recibo que ajustará las cuentas con arreglo a las disposiciones económicas del gobierno? Pero aquí surge la realidad profunda, en la frase siguiente: "(En cambio) los 'contras' pagan en efectivo. La patrulla con la cual me moví en la zona llevaba consigo el equivalente de varios miles de dólares en moneda local". Y, por supuesto, al señor Dickey no se le ocurre preguntarse de dónde salen esos miles de dólares, espejos de engaños para gente miserable, soborno irresistible para quienes viven en un mundo de hambre.

Así, la contrarrevolución busca abrirse paso en las masas campesinas con el dinero introducido, como sus tropas, desde Honduras, aunque su procedencia original se sitúa indudablemente mucho más al norte. Para quien conozca un poco la mentalidad del campesino que aún no ha despertado a la conciencia de un proceso que abarca a la totalidad del país, el dinero es un arma mucho más poderosa que la intimación de los fusiles. Para terminar su artículo, Dickey descubre que "las gentes de Nueva Segovia son las más conservadoras de Nicaragua, y el régimen centralista que los sandinistas han tratado de imponer desde su triunfo en 1979 no les gusta". ¿Por qué no les gusta? Porque no tienen la menor idea de que la elaboración del proceso popular se inicia en Managua, y que el gobierno tiende desde la capital las líneas de organización, educación, planificación y mejoramiento colectivo. Son todavía incapaces de hacerse una idea global de ese proceso, y por eso sus primeros efectos prácticos les parecen una intromisión en su enclave de aislamiento; en el fondo, la patria de todo campesino atrasado es su aldea, pues del resto sólo tiene una idea nebulosa y casi siempre hostil. Por eso, desde julio de 1979 el gobierno nicaragüense lucha incesantemente contra esa visión primitiva, y por eso la alfabetización fue la pri-

mera y fundamental etapa de ese combate que hoy se ve coartado y mutilado por una invasión que responde precisamente a todo lo que hay que erradicar en Nicaragua. Resulta casi ingenuo por parte de Dickey que termine su artículo con estas palabras: "En cambio (o sea a diferencia de los esfuerzos del gobierno para llevar el adelanto desde el centro hacia la periferia), los dirigentes contrarrevolucionarios prometen a los nicaragüenses, para citar las palabras de uno de sus jefes, Adolfo Calero, 'menos gobierno del que tuvieron hasta ahora, y menos intervención del gobierno en sus vidas'".

Es aquí donde la inmoralidad profunda del artículo salta como el pus de una herida infectada. ¿Qué fue la tiranía de los Somoza en sus décadas de infamia? Precisamente eso: menos gobierno, porque el gobierno no tenía otro interés



que el de explotar sin gobernar; y menos intervención del gobierno en las vidas de los campesinos, porque las vidas de los campesinos maldito si les importaban a los Somoza mientras se estuvieran quietos en sus miserables parcelas, ajenos a cualquier cosa que no fuera su entorno cotidiano. El programa de los contrarrevolucionarios es simplemente la vuelta a ese estado de cosas del pasado, o sea la vuelta al sistema de los latifundios y las ganancias exorbitantes para un grupo privilegiado, protegido por el poder que a su vez es protegido por los intereses de Washington. Tal es la moral de los Calero y los Robelo, y de los somocistas que a sus ambiciones materiales suman la sed de la venganza por haber sido arrojados fuera del país (al precio de cincuenta mil muertos).

Naturalmente, los lectores norteamericanos sacarán del artículo de Dickey y de tantos otros la impresión tranquilizadora de que los sandinistas son impopulares en las zonas rurales. Pocos, seguramente, serán capaces de sospechar la realidad que se esconde detrás de esta batalla desigual, en la que un proceso de avance popular multitudinario se ve obstaculizado por las fuerzas combinadas del dinero y las armas procedentes del extranjero. Pero, claro, el Departamento de Estado seguirá afirmando que no se mete en los asuntos internos de Nicaragua; la moral se lo impide, no faltaba más.



EEF
Exclusivo para JAQUE.



Juan Carlos Onetti

Reflexiones de un supersticioso (II)

Imposible reducir el tema a mi anterior artículo. Hoy mismo, el más soportable de mis compañeros de oficina me dijo:

—Fui a renovar el vale y me dijeron que no. Hablé por teléfono con Carmenchu y me dijo que hoy no. Aposté por el Madrid y ya sabes el resultado. No hay otra explicación: es que me he levantado con el pie izquierdo. Si no, es el mal fario.

Mi vieja enciclopedia me dice que la imprudencia, tal vez deliberada, del pie izquierdo puede corregirse ciñéndose el tobillo, también izquierdo, con una cinta de seda que impedirá la maldita intención de adelantarse cuando suene el despertador. La cinta respetará los sexos y será rosa o celeste. Atada a un barrote de la cama. Cuando las camas tenían barrotes. Pero en lo que refiere al mal fario, diré que lo ignoro todo y que por si acaso, ya estoy arrepentido de haberlo nombrado. Pero tengo la superstición de que es mala señal abandonar las supersticiones de modo que regreso. Dramáticamente.

Para respetar jerarquías, comienzo con el César de Thornton Wilder. Camino al Senado, a la traición y a la muerte y que finge creer en los augurios de un destripador de aves. Todos los grandes de esta tierra condenada han tenido o tienen un destripador número uno que les muestra el porvenir adelantado por entrañas de palomas u otros animales. Lo que da categoría a estos futurólogos, lo que los une es que no aciertan nunca.

Descendiendo velozmente y sin escrúpulos me encuentro con el ejecutivo que retorna al hogar o con su hija dilecta que vuelve de piano o solfeo. Ambos se descubren, arrojan el sombrero encima de una cama o sofacama. Y aquí se inician los gritos de madres, tías, visitas de respeto.

Los culpables retiran apresurados

sus bonetes, purificados por persignaciones y cuernitos napolitanos. No se sienten bienvenidos y bajan a respirar los aires callejeros. Pero, aunque lo crean, no están libres.

Porque la calle, por ahora, no ofrece refugios para estos heterodoxos. Algún día, acaso, los ofrezca contra bombas nucleares, antinervios o como sean. Refugios, si dan tiempo, para gobernantes y super millonarios. No sé bien por qué esto me recuerda "La balsa de la Medusa". Pero sigamos. La calle no protege de las supersticiones. Es posible que se nos cruce un gato negro. ¿Pero en qué dirección? Porque los supersticiólogos que he consultado sostienen con furia teorías contradictorias. Algunos afirman que si la bestezuela camina de izquierda a derecha, mala suerte; otros opinan que el significado es totalmente opuesto. Y hay quien jura que el paseo gatuno nada quiere decir. El animal tiene una natural falta de ambiciones políticas y puede pasarse sin escándalo de un lado a otro.

(Claro que el adjetivo "pobre gato" que suelen aplicar en todo el mundo unos políticos a otros no debe ser tomado al pie de la letra. Me recuerda la tendencia de partidarios a zoologizar gobernantes; por ejemplo: a Clémenceau le decían el Tigre y los incondicionales de Fidel Castro lo mencionan como el Caballo). Pero ya estamos en la calle (tocamos madera) y debemos continuar. Y ni siquiera hay protección contra augurios religiosos. Nada importa que el peatón sea católico, protestante o testigo de Jehová. Porque puede ver que avanza o se aleja un terceto de curas: si lo ve de frente, albricias, buena suerte para todo el día; pero si lo ve de espaldas lo aconsejable es retornar al hogar, meterse en cama, no recibir visitas y leer algún novelón de esos abundantes y cuya maldad permanece inmune a todo derroche publicitario. Se aclara que

es indiferente que los sacerdotes sean pre o post conciliares.

Ahora, increíble y felizmente viene a prestarme ayuda la gripe. Nadie sabe si su vanguardia está formada por bacilos B1, o 2, o 3. Nadie sabe tampoco cómo curarla. Pero sus inocultables y molestos síntomas son resfrío, toses y estornudos. Esto me impone el recuerdo de una muy vieja superstición cuyo origen debe ser español: si usted estornuda y no le dicen "¡Jesús!" tres veces, la muerte se aproxima. El único consuelo que ofrece esta sentencia de muerte por soledad o ignorancia o indiferencia es que no determina el plazo de cumplimiento. Pero los más afamados de los supersticiólogos coinciden en afirmar que más tarde o más temprano el estornudador abandonado sucumbirá a la condena.

Paso a hablar de las novias, tema simpático, palabra que siempre acarrea alguna nostalgia. Se sabe que para la luna de miel deben llevar algo nuevo, algo azul y algo viejo, pero no demasiado. Antes, en la iglesia, mientras es bendecido su matrimonio, lucirá un vestido de inmaculada blancura fortalecida por un adecuado despliegue de azahares. Estos azahares me recuerdan los adjetivos desparramados sin tino en las malas novelas para robustecer la creencia y fe de quien está leyendo.

Y es ley que el futuro marido no la vea durante las veinticuatro horas que anteceden a la ceremonia retardando también la contemplación del vestido hasta el momento mismo de la claudicación. Se sabe de imprudentes que curiosearon y admiraron el cándido lirio, la novia y su vestimenta antes de arrodillarse haciendo manitas al pie del altar. Y así les fue; que la curiosidad mató al gato y Peeper manchó con su mirada la heroica, generosa desnudez de Lady Godiva. Pero, como contraste, la historia abunda en novios tan excesivamente supersticiosos que jamás aparecieron por la iglesia, convirtiéndose en delgado humo, supongo, allá por tierras ignotas.

Son incontables por numerosas e

increíbles las supersticiones de los jugadores: los que se juegan, más o menos, la vida en las plazas de toros, los que juegan la cantidad de huesos que componen una pierna en las canchas de fútbol, los que, directamente, se juegan el presente y porvenir en las mesas de ruleta o en una noche de poker. No debo olvidar a Picasso recogiendo para echarlos al fuego los recortes de sus uñas y su pelo. No fuera a hacerle un maleficio algún mediocre colega envidioso.

Hace un tiempo conocí a un par de hermanas francesas además de lindas. Vivían en distintos domicilios pero se encontraban todos los mediodías en el mismo café. Y al reunirse se besaban y su mutuo saludo era la famosa palabra "merde" que el vizconde de Cambronne dirigió al oficial inglés que le intimaba rendirse. Me explicaron que era una vieja costumbre francesa que aseguraba buena suerte al saludado de tan curiosa manera para el resto del día.

Y con esto termino. Sin prohibirme meditar que la palabra aludida ha sido pronunciada en distintos idiomas, balbuceos o aullidos desde hace millones de años y que seguirá cumpliendo su destino de inmortalidad. Y mientras, diariamente —como yo en este instante— hay hombres en todo el mundo que escriben o graban letras infinitas y cuyo nacimiento, como sucede siempre, está condenado a la muerte y al olvido. Cambronne ha conquistado la perduración a través de los tiempos. No es aventurado suponer que sea la última palabra que suene sobre la tierra cuando se cumplan las amenazas nucleares.



(Exclusiva Agencia EFE para JAQUE)

Augusto Roa Bastos

Un artesano que se rompe los dedos para escribir

Augusto Roa Bastos, figura solitaria dentro de la narrativa actual de su país, Paraguay, comienza su actividad literaria con un poemario titulado *El naranjal ardiente* (1935). En 1953 aparecerá *El trueno entre las hojas*, consagrándolo como uno de los más maduros escritores latinoamericanos de la época. Su obra novelística se inicia con *Hijo de hombre* (1960), novela experimental en la que introduce técnicas renovadoras al tiempo que levanta un testimonio de increíble intuición artística y cultural, sobre la historia de su continente en este siglo. Yo el supremo lo ha consagrado, ya hace unos años, como magistral novelista. Actualmente, este narrador que se considera a sí mismo como "un artesano que se rompe los dedos para escribir" prepara una nueva obra mientras dicta —en su ya largo exilio político— clases de Historia de la Literatura Latinoamericana en Toulouse, Francia. Dos periodistas de la revista *Saltomortal* tuvieron la amabilidad de enviar este excelente fruto de su trabajo a *Jaqué* y creemos que los lectores uruguayos disfrutarán de las respuestas de este novelista que, en su fortaleza de autodidacta y en su cordial apertura, se ha mantenido al margen del "boom" y otras campañas publicitarias.

—Antes que nada me gustaría que nos hablaras de Campos Cervera, esa gran figura de la literatura de tu país.

—Fuimos muy buenos amigos con Herib Campos Cervera. Lamentablemente falleció hace unos años. Era muy indolente para escribir y eso nos restó mucho de lo bueno que pudiera habernos dejado. Su manera de expresión era el diálogo. Le gustaba mucho hablar. Era una maravilla oírlo hablar. Era un hombre con una cultura fantástica. Un tipo encantador como persona. Bastante parecido al caso de Paco Espínola en Uruguay.

—En una conferencia manifestaste una expresión... dijiste que el exilio era un ácido. Y como eres un hombre de exilio, que ha vivido más de 30 años en él, (conteniendo los de tu exilio "interno" latinoamericano en Argentina) nos gustaría que aportaras algunas reflexiones sobre tu experiencia en ese sentido.

—El exilio como elemento que pone a prueba no solamente la capacidad individual de sobrevivir a las vicisitudes del destino humano, es una ruptura con respecto a un montón de cosas, pero fundamentalmente con el mundo personal. Cuando este fenómeno tiene características masivas como es el caso del nuestro, por supuesto va adquiriendo ribetes de un hecho social realmente grave. Tengo la experiencia del comienzo de este gran éxodo latinoamericano del 47, que es cuando se inicia la dolorosa peripecia de nuestros países.

A través de esta experiencia pude comprobar los efectos positivos y también los negativos. Entre los negativos está el desgarramiento que se produce en los expatriados que tienen que sustituir una serie de elementos, de valores, de noción del mundo. La gente tiene que recomponer su óptica espiritual, psicológica, material. Hay que seguir luchando por la sobrevivencia. En esta circunstancia que debería agudizarse al máximo la capacidad de autodefensa, no solamente por el momento en que se vive, sino en el descubrimiento de las líneas del proceso hacia el futuro, para mantener las fuerzas de rescate de la situación. Yo he visto a través de esta dolorosa experiencia que, como faltan las motivaciones de una lucha de conjunto, se produce un fraccionamiento muy grande, que está dado a través de nuestra concepción pequeño burguesa y esto provoca un resquebrajamiento de lo que podría ser una coherencia de la acción, del pensamiento y del comportamiento de la gente. De pronto se ve que en un medio determinado se agudizan todos los problemas, los falsos problemas que ya existían de origen y que son la causa del estar en el exilio, precisamente.

—Desde la visión del exiliado donde muchas veces se vuelven a repetir los vicios pequeño burgueses, al seguirse

arrastrando los lastres que nos han conformado, ¿cómo ves la misión del trabajador de la cultura y del escritor en particular, para ayudar a reacomodar la visión, a recrearla o a tomarla del pasado, de las posibles fuentes que nos podrían nutrir para que nos podamos proyectar hacia el futuro?

—Cada uno resuelve ese problema de acuerdo a las posibilidades que tiene a mano. Pienso que hay una sola manera de seguir adelante, de atravesar esta franja de distorsión, porque se han introducido un montón de elementos nuevos que afectan la manera de ver las cosas, de encarar los problemas. Toda esta escala de dificultades se debe enfrentar de una sola manera y es asumiendo plenamente la condición de exiliado. No refugiarse en el estado del exilio como una tierra permanente de refugio donde uno siente que de pronto por delegación de poder te han dado un privilegio de sentirte víctima y en ese papel de víctima replantear todo tu problema.

Nuestro exilio es forzado, no de opción personal. No hay que hacer juego a esas fuerzas de la represión que nos han arrojado al exilio y no debemos vivir la vida que la ideología represora quisiera que uno viviera: la de la lucha intestina, de la pequeña cosa; sino sentir plenamente los problemas del país, los problemas de cada colectividad. Hay que sortear las dificultades materiales, espirituales, psicológicas, que nos presentan a través de una asunción plena de nuestra responsabilidad como expatriados. Pienso que tenemos que negarnos al desarraigo en todos sus matices y sentirnos parte de los que quedan allá. Yo he asistido, vengo asistiendo a una polémica que me parece absurda, estúpida, suicida. Algunos exiliados quieren establecer como una oposición entre los que han quedado allá y los que estamos aquí. Sobre todo una polémica absurda en el plano de los intelectuales que deberían tener una conciencia más lúcida, menos sectaria, menos dogmática sobre estos problemas.

El exiliado que está padeciendo dificultades y sobre todo el que no las está padeciendo, el que preconiza una especie de estatuto de privilegio como si fuera una especie de don que se pudiera simplemente tomar porque está al alcance de la mano, la posibilidad de que es el único que puede expresar nuestra realidad latinoamericana o la realidad de cada país. Se afirma que los que están allá, amordazados, no pueden decir nada y lo que dicen está expresado en una especie de código ininteligible para el resto. A mí me parece que eso es avivar mucho un falso problema, es agudizarlo en lo que justamente no debería ser. He seguido hace algún tiempo una polémica entre Julio Cortázar y una escritora amiga que está en

Buenos Aires, Liliana Haecker, en donde polemizaron sobre esta cuestión. A mí me parece absurdo que dos sensibilidades, dos inteligencias muy lúcidas como la de Julio y de Liliana estén discutiendo sobre este problema. Hay una injusticia de privilegiar esa situación del exilio externo donde uno de pronto siente la sensación de haber recuperado la libertad de expresión. Si eso es así, el exiliado que está afuera, sobre todo en ciudades muy populosas, que tienen medios de comunicación universales que son además sede de culturas centrales dominantes, tienen una reduplicación de su responsabilidad como escritor, como intelectual, como artista. Yo siento profundo respeto que los que han quedado, por los que se han podido quedar pese a todas las dificultades, por supuesto no me refiero a los que han quedado allá transando con el régimen de represión, refiero a los que han quedado exiliados allá, esa es para mí la parte más penosa del exilio y sobre todo me parece muy penoso que de pronto empiece a pontificar sobre el exilio la gente que ha tomado, que ha optado voluntariamente por el exilio muchísimos años atrás, los que han venido de América Latina por su voluntad, cosa que también me parece un derecho inalienable, legítimo, —el elegir el lugar donde uno vive mejor—. Pero eso crea una responsabilidad ética. Si uno afirma, como don Carlos Fuentes, por ejemplo: "Yo me siento muy bien en París escribiendo mis novelas, ... allí hay hermosos edificios, espectáculos teatrales, etc. ...", bueno, me parece



que es una especie de humorismo trascendental, que no me dice en serio lo que es serio.

Yo respeto a los que están exiliados allá. Los que están padeciendo en carne viva la represión y aunque tengan que hacer una especie de literatura de catacumbas, inventando códigos para la expresión de sus experiencias. Esos códigos también se incorporan, a la vida real de la literatura, a la experiencia simbólica de cada cual.

Si yo tengo que trabajar enfrentando la necesidad de crear símbolos y de vivir toda una experiencia simbólica afinando, reiventando, para cada texto una nueva manifestación de mi escritura, no puedo negar a los que están allá el derecho de crear sus propios códigos de comunicación. Esto es viejo como el mundo. No se puede establecer esta especie de nueva balcanización a la ya establecida por una concepción bastante restringida de lo que es el exilio como fenómeno psicosocial de una trama tan complicada y llena de problemas.

—Hablas del manejo de los símbolos y de sistemas de comunicación. En tu obra has manejado una serie de medios de transmisión y de simbolización. ¿Podrías esbozarnos cómo has manejado esos medios, esos sistemas de símbolos en tu obra pasada y en tu obra mayor "Yo el Supremo"?

—Eso forma parte del trabajo del proceso que se manifiesta en dos planos diferentes. Es un proceso en primer lugar de descarte progresivo del material, los valores, de las fórmulas, que se van quemando por sí mismas, porque generalmente han resultado inútiles y el reajuste también progresivo de formas de expresión que se van adecuando a nuevas formas que requieren una experiencia simbólica nueva.

Como ejemplo, yo tomaría más que la actividad de la escritura la de la escultura, que es la que a mí me da una

aproximación más concreta a las posibles soluciones de este problema. Un escultor tiene una masa de material a la que tiene que dar forma y por supuesto él tiene ya esas formas previstas, es decir vistas de antemano. A través de su visión y su intuición artísticas lo que tiene que hacer es sacar ese material que está encubriendo las formas puras de su invención y para eso tiene que ir sacando y descartando material.

Quizás en algún momento saca demasiado material y tiene que volver a ponerlo. Material que ya no es el mismo porque es de su propia cantera. En este reajuste, entre lo que se saca y lo que se pone, entre lo que se descarta y lo que se inventa, hay un proceso que no se maneja a base de buena voluntad sino de entregarse plenamente a los problemas que implica esta construcción y que va creando una segunda naturaleza de visión, de posibilidad, de proyección de esta actividad creativa en la que yo personalmente me siento más que un artista un artesano. Artesano que trabaja en un taller y que está trabajando el cuero, la piedra o el barro, o el yeso o el bronce o la escritura. Como un artesano consciente de sus medios, de la limitación de sus medios incluso. Finalmente ¿qué es el arte sino una búsqueda consciente de las formas que no son conscientes de sí?

Las formas más profundas en una creación artística se dan siempre a través de este trabajo muy sutil, muy complejo, del subconsciente o del inconsciente. Ahora, evidentemente, estas formas nebulosas, estas diminutas galaxias interiores van buscando tener consciencia de sí.

Aquí también se produce un proceso dialéctico, de transformación, de avance. El escritor se siente obligado a buscar continuamente, dentro de su coherencia, de la coherencia de su mundo. Es decir, yo no creo que estemos obligados a una experiencia de tipo técnico o de laboratorio. El gran laboratorio es nuestro mundo interior... y dentro de este mundo interior tenemos que estar trabajando como los fotógrafos en la cámara oscura, tratando de revelar ese negativo enigmático que hay en cada caso, echando ácidos catalizadores, elementos de revelación.

—Afirmas que la obra no la escribe el escritor sino que la obra se escribe por sí misma, que la obra utiliza al escritor como medio. ¿Cómo se debe entender esto?

—Eso yo lo creo, no lo digo como una metáfora, lo creo porque me ha pasado siempre. A mí me cuesta mucho escribir, es decir soy un artesano muy bruto... Me cuesta mucho salir adelante, pero hay momentos en que ese núcleo empieza a tener forma, a tener una vida propia dentro del mundo de las formas, de los símbolos. Por supuesto establece también sus leyes, no las que uno les quiera aplicar a través de una retícula de procedimiento, en ese momento en que hay un material que tiene vida propia.

—¿No debería acaso rescatarse esa especie de magia o de misterio en el proceso de crear?

—En todo lo que rebasa la posibilidad de comprensión inteligible hay magia cuando uno no conoce las leyes por las cuales ese fenómeno se produce, cuando no se conocen sus causas. Desde ese punto de vista se puede aceptar (hay que darle un nombre): magia es lo que hasta ahora en nuestra tradición representa esa manipulación del misterio.

—Refiriéndote a nuestra cultura, hablas de una cultura mestiza. Hay en ella una serie de interacciones por el aluvión de culturas que se cruzan en nuestro continente que dan un espectro variado de manifestaciones y en algunos lugares encontramos una mayor europeización que en otros. ¿Cómo caracterizarías esas variantes?

—Hay culturas prehispánicas muy definidas como la azteca, la incaica o inclusive en el aspecto lingüístico como la guaraní y ahí por supuesto las cosas se definen más. Pero en medios planos como son la Argentina o el Uruguay, que al fin y al cabo forman un solo país, divididos no por los ríos sino por las voluntades imperiales, no se da ese mestizaje. Evidentemente los charrúas no llegaron a tener una cultura como la guaraníca, lo que no quiere

decir que se inferiorice la cultura de los charrúas. Fue un estado histórico al que llegaron como en la Argentina todos los grupos indígenas que poblaban la pampa que anduvieron "nomadeando" por allí.

Así como en el poema "Tabaré" de Juan Zorrilla de San Martín no tiene nada de indígena, salvo la representación un poco escenográfica del asunto, los cuentos de Paco Espínola de quien hablábamos antes, dan esa densidad, esa irradiación de una cultura popular que se organiza a través de sus propias fórmulas y que permite sentir un acento subterráneo que no es ya el que se da en los cuentos de ese mismo nivel hacia la otra vertiente del río Uruguay (en los cuentistas de Entre Ríos o del Norte Argentino, por no hablar ya de la ciudad de Buenos Aires).

A mí me parece que tanto en el Uruguay, como en la Argentina, a través de los procesos de producción de las colectividades, se han producido variaciones en la cultura y de ahí que la literatura gauchesca, que es un fenómeno único en América Latina, ha producido sus manifestaciones tanto en Uruguay como en Argentina en un período muy concreto de la transformación de la sociedad agropecuaria y haya correspondido como expresión de cultura a un estado de transformación de los medios de producción de nuestro proceso social.

Lo que pasa es que son fenómenos que se definen, no ya en el espacio de una cultura solamente o exclusivamente mestiza, sino en una especie de estadio cultural donde predomina la expresión del hombre con relación al medio, en este caso el gaucho.

Los gauchos de Río Grande en el Brasil tienen otra matización de su cultura. Nosotros vemos cómo cae esta interacción dialéctica entre medio del hombre y las formas de representación simbólica.

Con respecto al Paraguay (que es el medio al que yo pertenezco) si se nota una gravitación muy nítida de una manera muy especial, la presencia de una cultura autóctona indígena.

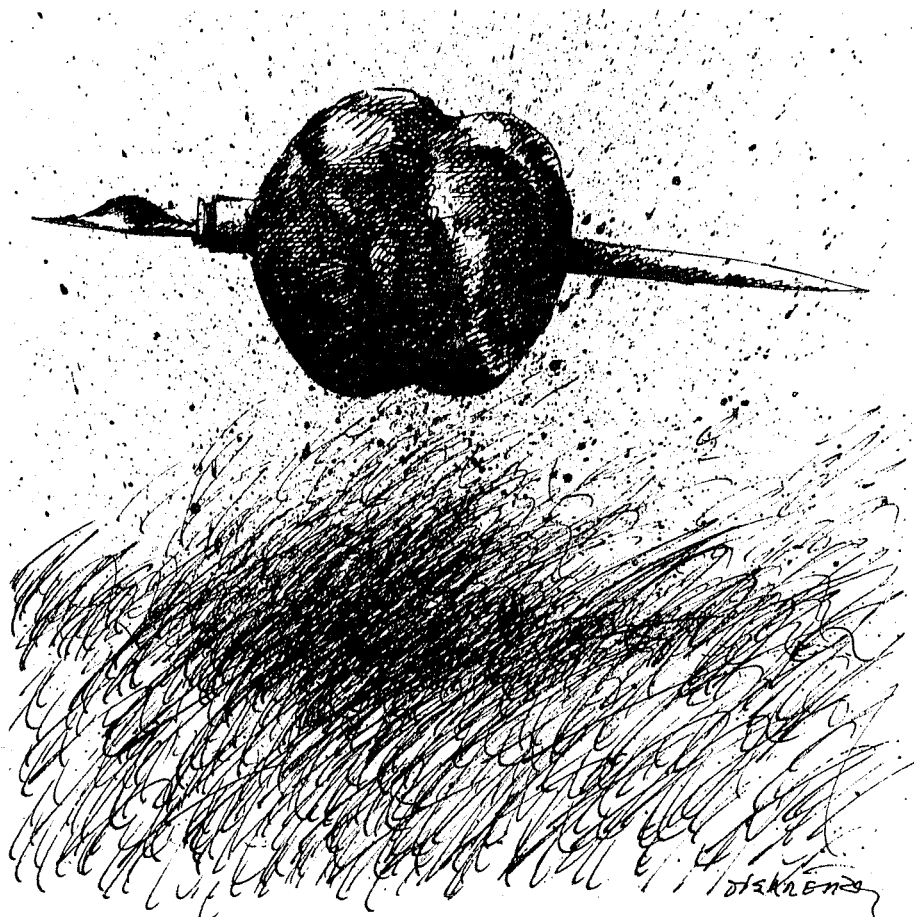
El guaraní paraguayo, el idioma que hablamos todos los paraguayos ya no es el guaraní indígena, ya es una forma dialectal producida por esta especie de fricción permanente entre el castellano y el guaraní. Pero de todas maneras queda el trasfondo mítico de la cultura indígena que no se expresa solamente en palabras sino en esa especie de palpación interior, y entonces uno de pronto encuentra la proximidad más corta entre este mito indígena que se ha proyectado hacia la cultura mestiza y que de pronto, ante un nuevo estado histórico y social, se transforma sin perder del todo su origen, en raigambre.

—En esta época ¿qué líneas de fuerza, qué corrientes puedes mencionar dentro del trabajo cultural en América Latina y en el exilio? ¿Cuáles podrías reconocer que vayan sintetizando toda esta corriente de mitos, de interacciones?

—Yo creo que en América Latina se da como una línea de fuerza fundamental básica esta interacción entre el barroco latinoamericano que es muy distinto al barroco europeo. Es una de las formas de expresión inevitables en América Latina por esta conformación de la literatura mestiza de enlazamiento, de proliferación para abajo y para arriba y hacia adentro y hacia afuera.

Eso que ya no se puede llamar un estilo barroco sino una forma de expresión muy profunda que se opone a la negación del barroco, a esa linde de contención, de sobriedad, de despojo, que se ve a través de algunos escritores que aparentemente no están reflejando una literatura muy entroncada con lo popular. Yo tomo como ejemplo el caso de Felisberto Hernández, que es una manera de expresarse en una forma que no es la tradicionalmente latinoamericana del barroco o el caso de Horacio Quiroga o el de Borges.

Hay una especie de interacción bien dialéctica que a veces se da en un mismo escritor que es barroco y antibarroco al mismo tiempo. Pero evidentemente lo distintivo de estas líneas de fuerza de expresión en la cultura y en la actividad artística es el barroco hispanoamericano y tam-



bién latinoamericano. Ese estilo que va de Euclides de Acuña a Guimarães Rosa en Brasil o el barroquismo de Sarmiento —este maldito viejo argentino que mandó destruir al Paraguay aunque después fue a morir al Paraguay, y que tiene una obra increíble.

Incluso los actuales novelistas que pontifican sobre la nueva novela latinoamericana, como que han tenido como una primera obligación de encontrar un lenguaje. Ese lenguaje estaba ya dado. Es una forma de coquetería literaria que me parece también absurda.

Hay que encontrar un lenguaje personal para cada caso, no un lenguaje, general como si esto hubiera sido una especie de continente de mudos o de infradotados.

Se tiene una cosa muy profunda que simplemente se va transformando a través de cada obra. Esa novela nueva de Hispano-América no es solamente la que está constituida por los autores del llamado boom sino por todos los novelistas, sigue siendo en cierta manera barroca, son nuevas manifestaciones del barroco.

Tomo el caso de un escritor admirable, que es poco citado, que por supuesto no tuvo nada que ver con el boom, ni con la nueva narrativa latinoamericana, como es el caso de Lezama Lima, que me parece un autor extraordinario y antes que él, autores rioplatenses como el caso de Roberto Arlt que para mí sigue contando de una manera muy profunda, muy estimulante, muy creativa o en otro caso de un escritor prácticamente inédito como Macedonio Fernández.

Nuestra actividad creativa en el plano de la literatura no ha cesado nunca, lo que pasó es que ha estado bloqueada por la imposibilidad de difusión.

Este esbozo de caracterización me parece muy limitado.

Por ejemplo en el Paraguay, cuando haya una literatura, es decir un cuerpo organizado de obras, haya un público nacional estable con respecto a la literatura de ficción, incluyo teatro, poesía, narrativa, evidentemente lo que predominará y predomina, inclusive en mi propia obra —que yo siento como una imposición de mi contexto cultural— es el barroco hispano guaraní que viene de Misiones, de los tallistas indígenas, de las misiones jesuíticas que produjeron una forma del barroco, que no tiene nada que ver con el barroco ecuatoriano o centro americano. Barroco que los especialistas y sobre todo esta gran descubridora de la realidad cultural del Paraguay que es Josefina Pla, una mujer que está trabajando hace 50 años en el relevamiento cultural de este mundo artístico del Paraguay. Ella ha visto con mucho acierto cómo el barroco hispano-guaraní, viene de los tallistas indígenas que fueron formados por los

jesuitas pero que al poco tiempo (en menos de una generación) estaban mechando su cultura indígena a través de esas formas barrocas que ponían en el tallado de las piedras o las figuras. En las ruinas de los templos de las misiones jesuíticas ya está la mano del artesano indígena que nos ha mostrado el camino.

—Ayer comentabas tu actitud frente al europeo. Ahora quisiéramos que nos hablaras sobre cómo ves al europeo en relación con América Latina.

—Hay europeos que se acercan a nosotros con mucho interés pero con una concepción etnocéntrica de la cultura, que son la mayoría. Van buscando lo que tienen dentro de sí pero no lo que está en lo que encuentran. En la primera etapa de esta especie de relevamiento antropológico y etnológico en América Latina, la norma científica era que el etnólogo no podía ni aproximarse ni identificarse con el objeto de su estudio y por supuesto esto produce un intervalo, una separación. Esta separación está fundamentada en un concepto etnocéntrico. El concepto de las culturas centrales de donde provienen estos investigadores. Esta sería una clase de europeos que tienen mucho interés por América Latina en sus muchos aspectos, no solamente artístico, pero en cierta medida están manejados por su concepción etnocéntrica.

Luego están también los que a causa de este mismo etnocentrismo cultural producen con cierta inconsciencia, un comportamiento de discriminación también etnocéntrica.

Ven una tez oscura, en esta gente que viene de un continente que ellos suponen todavía en estado salvaje. Gente sin posibilidades de acceder a toda esta riqueza cultural milenaria que está sedimentada, cristalizada en estas culturas centrales.

Hay otro tipo de europeo, que es una vieja tradición de estas culturas centrales, la gente que busca los elementos exóticos. En la cultura francesa ha sido muy típico en estos últimos tres siglos y cuyo representante en la literatura casi paradigmático sería Pierre Loti. Esa gente va buscando el alimento de los dioses, los dioses con minúscula, algo de ese alimento del pensamiento salvaje del que hablaban Micéas y Artaud, como una especie de levadura para estas culturas que están muy extenuadas.

Porque eso también se da y si ellos tienen derecho a juzgarnos nosotros también tenemos derecho a juzgarlos. Veo en Europa un estancamiento en lo creativo. No reseco, pero están agotados, han llegado a una etapa de agotamiento de su proceso cultural y tiene que venir una ruptura como ha habido en varias épocas: un estallido de comienzo.

Pero no tenemos que olvidar que Europa ha producido los mejores investigadores de nuestra cultura.

Los investigadores más serios, los que han llevado al máximo esta búsqueda de una realidad que hasta ahora ha estado oculta a los ojos.

El caso del Paraguay es típico. Al Paraguay lo han descubierto siempre los extranjeros. La realidad social, por ejemplo la ha descubierto Rafael Barrett, que era hijo de inglés y española. Fue el gran descubridor de nuestra sociedad a partir de este siglo.

Al medio natural americano lo reveló el español Azara. En las ciencias naturales, el que hace los grandes estudios es Bompland y también el sueco Eberhard Munck Rosenschöld, al que manda fusilar López. Como ves, han entregado su vida en la investigación.

Lo que hay que evitar en esta cuestión es crear una polémica entre pueblos subdesarrollados, inferiorizados, frente a los pueblos muy industrializados y yo no creo que deba plantearse en los términos de una polémica insoluble sino dentro de una manera muy general de ver y de planear los problemas.

Vuelvo a repetir que en el caso del Paraguay los que han tratado de descubrir nuestra realidad cultural a fondo han sido casi siempre europeos.

—¿Y paraguayos?

—El paraguayo que ha hecho los más importantes trabajos en el área guaraní fue León Cadogan. Hizo un trabajo increíble de rastreo. Se formó y se hizo un gran etnólogo como autodidacta.

Como sucesor de éste ha investigado un jesuita español, Bartolomeu Meliá, quien se hizo adoptar por una tribu guaraní, los Mbyla. Ahora se encuentra investigando entre los indios del Brasil.

—¿Qué ha sido importante en tu formación como intelectual?

—Soy un autodidacta. No debo nada a nadie, no he tenido maestros. Me he comido mis libritos. No vengo de un hogar iletrado. Mi padre y mi madre eran cultos. Mi padre sabía griego y latín por unos estudios de sacerdocio, pero vivíamos en una extrema pobreza por lo que dejé el liceo secundario en el segundo grado.

Mi madre siempre me impulsó a escribir. Cuando yo tenía 13 ó 14 años, escribimos juntos una obra de teatro que luego representábamos por los pueblos.

Luego me largué a la gran aventura, querer participar en la guerra contra Bolivia, pero me quedé por ahí porque no tenía edad para combatir.

—¿A qué edad empezaste a escribir?

—A los 18 años.

—¿Cuándo comienzas a tener una conciencia profesional del trabajo de escritor?

—Yo creo que no la tengo hasta ahora. Me cuesta mucho trabajo escribir. Soy un artesano que se rompe los dedos para escribir.

Yo no entiendo y diría que admiro a la gente que publica su librito anual con tanta facilidad, con tanta desenvoltura. Un libro me lleva mucho tiempo de trabajo y de dudas.

Conciencia profesional desde el punto de la exigencia, sí he logrado, con respecto a no querer publicar cualquier cosa, sino cuando me parece que esa obra ha dejado de ser un borrador. Yo tengo que estar buscando siempre, porque nosotros los paraguayos no tenemos un gran cuerpo de literatura que nos diga eso está mal. No tenemos antecedentes, tenemos que estar inventando la pólvora para cada guerrita.

Aunque ahora creo que en este proceso de aceleración mundial, hay una aceleración del patrimonio genético y esto hace que paradójicamente las distancias entre el hombre que no tiene cultura y el que la tiene se acorten. Ocurre que entre los ambientes donde no hay un gran patrimonio cultural se están procesando obras maestras. Una obra desconocida, que se está perdiendo todos los años, la obra que quizás hubiera podido dar el tono de una época. Una obra que se pierde y que nuestra topografía cultural vuelve a tragar.

Por eso es que yo me enojo mucho contra este aparato del negocio cultural, de la difusión tomada por las multinacionales y que no hace nada por descubrir la otra cara que queda escondida y que se diluye.

No hay tipos más censurados que los censores.

Con China Zorrilla

La Emily de China



Trabajando en una nota sobre el texto "Emily" de William Luce, para la página de libros, me enteré de la presencia de China en Montevideo. Me comuniqué con ella y, con su natural cordialidad, me recibió en su casa donde charlamos largamente sobre la obra. Así nació la dualidad de esta nota: una breve reseña sobre el texto y la palabra iluminadora de la actriz (siento, a este respecto, no poder reproducir la gama de gestos y entonaciones, matices desde los cuales también hizo vivir a "Emily").

Amor a la vida, poesía y soledad conformaron la existencia de Emily Dickinson. Su obra (tres libros de poemas y uno de cartas) fue publicada después de su muerte. Auto-recluida los últimos veinte años de su vida en su casa de Amherst (Massachusetts) y vestida invariablemente de blanco, escribió poemas que son como cartas a un mundo que no la oyó y para el cual no fue, en el momento, una de sus elegidas. Esta obra de W.L. la acerca por medio de la recreación, levanta para nosotros un personaje profundamente humano para que podamos juzgarlo "tiernamente... con amor".

La obra está concebida como espectáculo unipersonal. Una sola presencia, una sola voz —las de Emily— "muestran" una vida. Desde su propio yo es que adquieren existencia los otros personajes con los que "dialoga" o a los cuales presta su voz para la recreación. A la vez, y desde el principio, entra en íntimo "diálogo" con el público, quizás representante —ahora— de ese otro que no la atendió.

El espacio sugiere dos ambientes de su casa de Amherst, el dormitorio y la sala. Emily se desplazará de uno a otro mostrando su presente, evocando su vida, asistiendo a su futuro. Hacia el fondo, el texto que maneja indica la representación de siete árboles contra el cielo, alusión a esa naturaleza que tanto amó y en la cual sentía a Dios.

La acción transcurre entre los años 1845 y 1886, es decir desde los quince años de Emily hasta su muerte, pero todo está dado desde un presente. La obra toma al personaje a los cincuenta y tres años, en un día cualquiera, a la hora del té. El tiempo "real" queda pautado desde el momento en que Emily entra en escena y anuncia que está pronto el té hasta que el reloj marca seis campanadas y ella recuerda que prometió ayudar a su hermana.

La obra se estructura con la presentación del personaje, la historia de su vida —conformada como un despliegue de memorias y una alusión final a su propia muerte— y la despedida de ese público ante el cual reveló sus pequeños y grandes secretos. La interacción al espectador no queda circunscripta sólo a la primera y última parte, sino que permanentemente es integrado. Este recurso y el carisma del personaje —pleno de sencillez y autenticidad— tienden a crear un clima de compenetración afectiva muy especial.

Pero dejemos que hable China de "su Emily".

Emily histórica, Emily personaje; la charla comienza por acá.

Ch.— Cuando me trajeron la obra, a mí se me planteó un dilema que no se me había planteado otras veces, porque yo no he interpretado muchos personajes históricos, reales. O sea que yo nunca hice —como hacen, de golpe, las actrices ahora— Indira Gandhi, Marilyn, Golda Meyer... Siempre he hecho personajes imaginarios. Entonces me trajeron una obra, que se llamaba "Emily"... Y yo pensé: ¿cuál es mi obligación de actriz? ¿Tratar de leer todo lo que se ha escrito sobre Emily Dickinson real o ver qué me da esta obra de teatro? Y mi primer instinto fue no hacer ningún tipo de investigación, a ver qué me daba ese texto. Pero, no me pude sustraer a la curiosidad: fue más fuerte que yo. Y empecé a comprar libros de Emily Dickinson y a ver cómo era. Entonces, lo primero que me di cuenta fue que no nos parecíamos en nada físicamente, y me dije: "No, no me parezco en nada a ella —porque si bien todos somos carne y espíritu, ella era noventa por ciento de espíritu—, pero, aunque yo no me parezca de corte de cara y tenga diez kilos de más, no me importa. Lo que yo quiero es parecerme a su espíritu". Entonces empecé a pensar que nos parecíamos mucho.

Empecé a buscar y a encontrar impresionantes puntos de contacto. Y vi que a la gente le pasaba lo mismo. Una vez que estrené —con gran miedo, porque si bien no es un personaje muy difundido a nivel popular, lo es a nivel del mundo de la cultura— hubo gente que me dijo: "Te confieso que entré al teatro, apareciste y casi me fui. Pero a los diez minutos, me di cuenta que no estaba la cara, pero que estaba Emily Dickinson". Y lo que yo quería era ganar esta partida: que se olvidaran que soy una mujer rubia, que siempre estoy excedida de peso... y dar el espíritu de Emily. Y así fue que ese mismo comentario lo escuché mucho en Norte América, donde se sabe más cómo era.

No fue una mujer muy fotografiada porque era fea. Pero hay una foto de ella —en fin hay un par de fotos— donde se ve que era una mujer fea, flaca, de pelo cobrizo —de lindo pelo—, sin gracia, totalmente inocua, pasaría inadvertida en cualquier lado... y, entre una cosa y otra, era fea. Pero a mí no me importaba parecerme a ella físicamente, ni de silueta, ni de nada. Quería transmitir el espíritu de Emily, porque es lo primordial. Entonces, por primera vez me di cuenta que, aunque estudiara sobre ella, aunque tratara de saber cómo era realmente, lo que a mí me había salido de entrada, con el texto en la mano, era un poco lo que era Emily Dickinson.

Porque este autor —que es un autor novel— con esta obra, que está sacada casi exclusivamente de textos de Emily Dickinson y también de sus cosas cotidianas, había hecho una síntesis tan colosal del personaje —a veces lo que en el libro son diez páginas, él las condensó en tres frases, en un pequeño poema— que no había ninguna faceta de Emily que no estuviera allí. Entonces aparece un personaje muy querible, que tiene una dualidad muy particular. Era una mujer muy torpe socialmente, una especie de auto-recluida —no salió de su casa los últimos veinte años de su vida, de los treinta y seis a los cincuenta y seis—, que cuando venía gente se iba corriendo para arriba, que no hablaba con nadie que no fuera su madre, su padre, su hermana, su hermano, su cuñada. Entonces, un día que la va a ver un crítico de literatura se muere de miedo, no sabe cómo lo va a recibir. Piensa "¿me voy a hacer la canchera con él? o ¿voy a ser como soy yo?". Mezclaba esa torpeza de actitudes con un espíritu de una sofisticación y de un refinamiento increíbles; era una autodidacta absoluta, una rebelde total, había ido a un colegio de aquella época de Massachusetts.

¿Cuáles fueron sus rebeldías?
Ch.— Ella de chica, en el colegio provocaba un verdadero escándalo. A mí me pasó un poco con las monjas de mi colegio, cuando tapaban las partes de las estatuas griegas. Y yo decía "cómo es posible que hagan esto, si en el taller de mi padre, que es un santo y que es escultor, yo veo esas partes, cómo es posible que tapen". Yo ponía en un plano superior la obra de Dios, si Dios nos creó así, con esta anatomía, no es para ocultarla. Y a Emily Dickinson, una vez, en el colegio, el profesor de Literatura le pide que corte las partes escabrosas de Shakespeare —tú sabes que Shakespeare, en inglés es absolutamente escandaloso, escandaloso a lo grande, de una ferocidad total, dice las cosas frontalmente, con una enorme gracia—. Y el profesor le pide que corte a Shakespeare, y ella dice: "¿Cortar a Shakespeare? ¿Censurar a Shakespeare?". Se rebela contra la censura en el año 1845, tiene quince años. "Yo no. Los demás que lo hagan. Yo no". Y le dice al profesor: "¿Usted quién es para censurar a Shakespeare? ¿Qué credenciales tiene?" Imagínate esa actitud, en un pueblito protestante, cuáquero, cerrado, estricto, hace ciento cincuenta años. ¡Es Juana de Arco! ¡es una mujer increíble! No solamente no lo corta, sino que se levanta en clase y lo lee, en voz alta; varios pasajes. Entonces te das cuenta hasta qué punto era una persona que tenía el respeto por el arte en su esencia más fina. Cuando yo veo que hoy en día se corta una película porque hay una parte escabrosa, como si el público fuera un jardín de infantes... la falta de respeto que implica... Como yo le decía siempre a papá, siempre: "Es como si te dijeran: 'voy a poner su estatua en un museo, pero como no cabe, le voy a cortar el brazo izquierdo.' ¡No! ¡O la expones toda o no la expones!". Y Emily, jovencita, sola, porque era la única de la clase, ve la insensatez de la censura, y dice: "Ah no; yo no corto a Shakespeare; ¡yo no toco a este genio!". E increpa a su maestro; es la primera rebeldía ante la censura —para mí— en territorio americano. Y luego la otra rebeldía, la suprema rebeldía que fue anunciarle a su padre, a los treinta años, que no va más a la Iglesia. Eso era un acto casi suicida en aquella época. Era para encerrarla en un manicomio. Para que una familia de bien justificara que uno de sus miembros no iba más a la Iglesia, había que decir que estaba loco, porque si no era una deshonra. Y ella no

va más a la Iglesia, pero no por una actitud negativa de Dios, sino por una relación, casi panteísta con Dios. O sea, era una pibnera. En el revisionismo frente a la Iglesia católica ortodoxa, hay algo de eso, hay aquello de no darle tanta importancia a llegar tarde a la Iglesia, al largo de la pollera, a llegar a tal parte sí y a tal parte no. Es dar una amplitud, confiar en el contacto del ser humano con Dios mucho más. Esto lo hizo Emily por sí sola. Entonces no va más a la Iglesia. Provoca —me imagino lo que habrá sido— una reacción paternal terrible. Y empieza, desde ese momento, un contacto mucho más íntimo con Dios, con una permanente oración que era su vida, pero además diciendo que ve a Dios en las plantas, en sus flores, en los amaneceres, en las puestas de sol. Se adelantó cien años.

¿Cómo convivieron la mujer epocal, de ese medio que tú describís con tanta exactitud, la mujer rebelde y también la poeta?

Ch.— Ella se sale de su época intelectualmente. O sea, pregunta cosas, cuestiona cosas que no se preguntaban en aquella época. Pero no las preguntaba en voz alta, sino que se las preguntaba a sí misma —salvo el episodio del colegio ése, con las cosas escabrosas que se niega a cortar, y la gran rebeldía de que hablamos—. Tenía sus tremendas batallas intelectuales contra ella misma. Y como escribía infinidad de cartas, las preguntas se las hacía muchas veces a sus amigos por carta. Pero ella, en el ámbito familiar, fue la más perfecta señorita solterona, la mejor cocinera de la región, sus tortas eran famosas, lavaba todo, tenía todo pulcro. Siempre vestida de blanco, una mujer que —comentario femenino mío que les hacía gracia a los productores— siempre estaba vestida de blanco y siempre cocinaba (cómo sería de prolija! Entonces para su época no desentonaba. Era una señorita que iba a los bailes, que era un poco rebelde en el colegio, pero nada más. Irónica sí, ponía unos terribles sobrenombres a los maestros. Tenía un humor ácido, esa cosa que da miedo en aquella sociedad que no se cuestionaba nada. Era como un intelecto oprimido. O sea que si hubiera vivido en París del siglo XVIII o XIX, ¿sabe Dios lo que sale ahí. Pero se encontró contra una barrera, contra una frontera, estuvo como prisionera de un ámbito. Pero eso no fue inconveniente para que saliera el genio literario. De todas maneras, era esta figura opaca, con sus pequeñas rebeldías, como ser, no querer ver a la gente; con sus grandes rebeldías, como ser, no querer ir a la Iglesia, pero una mujer de su época. Nadie podía imaginar nunca lo que había escondido, lo que pasaba por las noches cuando se quedaba sola, escribiendo en su cuarto.

¿Cómo lográs hacer de Emily un personaje tan querido por el público?

Ch.— Para mí, el mérito de esta obra es haber hecho un éxito comercial, con el texto que, leído, es absolutamente el menos comercial de la historia del teatro. Cuando a mí me trajeron la obra y me la leyeron, yo dije: "¿qué es esto?". Y me quedé con la obra y empecé a leerla, y digo: "¿Pero qué es esta obra? Esto es —como se dijo al principio— para hacer en un teatro de ochenta plateas, con escritores, con críticos literarios, hacer después una mesa redonda, discutir la obra, y se terminó. Pero esta obra, en el teatro Regina, que es un teatro de gran prestigio en la Argentina, con cuatrocientas localidades... es un texto muy lindo, pero es lo anticomercial. A esta mujer nunca le pasó nada que no fuera discutir en el colegio, hacer tortas, limpiar la casa, tocar su piano, charlar con las amigas, escribir poemas. ¿Dónde está el meollo de todo esto? ¿Con qué atrapas al público? ¿Quién va a ir a ver esto?" Pero es tan increíble el carisma de este personaje. Es la heroína total antihéroe. Es la señora de la vuelta de tu casa. Y a poco de estar en el escenario, empezás a descubrir que a esa mujer la querés y que, en algún momento de la obra o en varios, te está diciendo cosas que tu siempre quisiste decir. Porque lo que a ella le pasa no son las voces que escuchaba Juana de Arco para salvar a Francia. No. Es la señora de la vuelta de tu casa. Y por más que ella escriba esa literatura perfecta, y sea una total innovadora, una rebelde en cuanto a leyes establecidas sobre la poesía, sobre la métrica y todo eso, ella —como ser humano— vive cosas lógicas, comunes: se le muere el padre viejo; se le muere la madre vieja, se enamora y no es amada... Y ella protesta ante esas cosas, en una forma visceral. Y cuando muere un niño, ella grita como un animal herido. Y si me preguntás cuál fue el éxito de esta obra, es que yo hice mucho hincapié en la Emily humana. Cuando yo fui a Norte América, iba muy curiosa, porque sabía que allí la había hecho Julie Harris, sabía que ella estaba notable, pero que había estado un mes y medio —en Broadway, un fracaso total—. Y me preguntaba: "¿Cómo es posible? ¿con este texto, con esta actriz, con la enorme adoración que se tiene en Estados Unidos por Emily Dickinson? ¿Cómo esta obra fracasó?" Y me la hice pasar en televisión. Ella lo había hecho todo poéticamente: y era pesado. Entonces dije: "No, aquí hay que poner una cuota latina". Y cuando se muere un niño, yo no digo "¡qué triste!", pego un grito que se oye a ocho cuadras. es un grito como de alguien que se está cayendo en un precipicio, ¡esos gritos guturales

casi de horror! Ella se da vuelta y de golpe grita, y yo digo "Gilbert murió", y después digo: "mi niño no... mi niño no" y vuelvo a gritar, y me tiro arriba de la cama, y, yo te digo que lloro, aulló.

También está el momento de la muerte del padre. ¿Conocés esas preguntas metafísicas, terribles, que todos nos hacemos por encima de toda la fe que podemos tener? Esas son las cosas que yo me pregunto siempre, es otro de los puntos de contacto con Emily: el más allá. Ella se lo pregunta en un idioma tan cotidiano. Tiene esta particularidad curiosa: aborda los temas más metafísicos con el idioma más coloquial, y los temas más simples con el idioma más sofisticado. De pronto te habla de un amanecer con un rebuscamiento barroco genial, y cuando se muere el padre dice simplemente: "¿Dónde estará papá ahora? ¿Qué hará sin su cuerpo? ¿Qué clase de vida es esa? —Y señala al cielo— ¿Qué pasa ahí arriba? ¿Por qué no me lo explica alguien? ¿Lo volveré a ver?" Esas cosas simples y terribles... Y yo lo hice poniendo mucho énfasis en eso.

Después, sin acentuarlo, hice cuestión, ante mí misma como actriz, de que la gente captara lo que, desde la primera parte de la obra y hasta el final, es una constante en ella: el increíble sentido del humor. Cuando yo digo que la mejor función de Emily que he hecho fue la de la Universidad de Harvard, lo digo porque a nadie le regalaban un título en Norte América. Y Harvard es la mejor universidad norteamericana, para entrar ahí tenés que tener un coeficiente mental alto y buenas calificaciones, porque si no, no entrás. Ese público que tuve esa noche, a dos horas de auto de la casa de Emily, captó el humor, riéndose fuerte, y es tan sutil ese humor... Ella nunca hace un chiste rotundo, pero permanentemente dice cosas cómicas. La gente cree que eso va a ser la primera parte; pero, al final, cuando empiezan las grandes tragedias —hay una seguidilla de muertes que son atroces: su padre viejo, la madre vieja, el sobrino— entre muerte y muerte, están los mejores chistes de la obra. Muere su madre y la gente solloza, porque dice una cosa genial, que no hay ninguna persona que no lo haya sentido: "Cuando mamá se enfermó, se transformó en mi hija, y entonces sí, estalló mi amor". Entonces, de golpe se queda quieta y dice al público: "Estrechen a sus padres tiernamente, porque cuando se van el mundo parece un lugar extraño y solitario". Es una cosa para que la entienda un chico de tres años. Después dice esta frase, que yo al principio no la entendía, porque son esas cosas rebuscadas que ella hace. Se toca el cuerpo y dice: "Ay, si mi pequeño engranaje se deteriora un poco... sólo un poco... ¿Por favor!, ¡que alguien lo detenga de todo!". O sea que el recuerdo del horror de la enfermedad. (Si voy a empezar a enfermarme, y a ser inútil, y a sufrir, y a obligar a la gente que me cuide. No. ¡Por Dios! Mátenme —es lo que quiere decir—).

Después de esto —que es una cosa gritada— se pone a mirar postales que le mandan sus amigos: "Ah, estas postales me las mandan mis amigos que están de viaje", y sigue: "tal cosa... tal cosa"... "la Mona Lisa"... "La famosa Mona Lisa!" Y la vuelve a poner, se queda mirándola y dice: "No veo por qué tanto alboroto." Y es tan genial, si pensás. Porque ¿por qué tanto alboroto con la Mona Lisa? Hay cien mil cuadros más famosos... Y la gente se muere de risa. Es ese sentido común, casi campesino...

Y después que muere el padre hay otro chiste, y hasta cuando muere el niño —que ella queda como postrada —enseguida vuelve a la vida. Se pone a ordenar la casa y a cubrir unos muebles con unas gasas y dice: "Murió mi amigo... Me mandó una carta donde decía: 'Si vivo tal vez vaya a Amherst, si muero seguramente iré.' Y luego agrega: "¿Qué democrática es la muerte, ¿no?".

Este rasgo de humor la hace muy querible, y fue muy importante en ella, muy importante. Y lo más nuevo que tiene esta versión que hicimos con Alejandra Boero, es haber hecho hincapié en el sentido del humor, y es salpicar ese texto con... no son chistes, son pensamientos llenos de gracia, de picardía, que divierten mucho, en esta pobre solterona, así medio torpe, a la que además yo le pongo una manera de caminar y de moverse medio como boba... porque era sin gracia... eso sí, lo lei...

Lo más curioso es lo que provocaba Emily en el público: provocaba amor. Es un personaje que la gente ama. Yo tengo anécdotas increíbles de chicos jóvenes. Iba mucha gente joven al teatro. Una vez, yo venía por la calle y para un auto lleno de jóvenes y freno y uno de ellos me grita: "¡China! Ayer fuimos al teatro a verte, ¡estás estupenda!". Y sigue. De pronto, vuelve a parar y dice: "Y esa Emily —entonces hace un beso con la mano— ¡qué minón!" Me estaba diciendo que él había visto con el amor, lo que hubiera podido ver en una "beauty". ¡Era tan emocionante! Son esas cosas curiosas. Hay personajes que uno, de pronto admira pero no ama; y otros a los cuales ama pero no admira. El peligro es cuando amas y admirás. Entonces, es un fenómeno muy particular el de Emily Dickinson, el de la obra "Emily"... realmente...

¿Cómo se trabajó sobre el texto original? ¿Hubo alguna modificación?

Ch.— Está cortado el texto. Yo no hice

la obra entera porque se calcula que una obra, al traducirse del inglés al español aumenta en un treinta por ciento su extensión. Cuando lo lei sola, en mi casa, despacio, me di cuenta que duraba dos horas diez. Entonces les dije a los productores, que son traductores también —Fedeico González del Pino y Fernando Masllorens— y a Alejandra Boero: “Yo siento mucho; odio cortar texto; pero, por más bien que esto se haga, hay un límite de atención en el espectador que es exactamente una hora y media. “La obra no se corta, no se hace intervalo —originalmente tuvo uno—. Pero, hacer intervalo en este tipo de obra donde hay un clima poético, donde hay música, donde hay cambio de luces, con una salida al hall, es hacer salir al espectador de clima. Por eso me dije: “No, prefiero hacerla toda entera y no puede durar más de una hora y media. “Y se cortó. Pero estoy convencida que en gran beneficio de la obra. Ahora, lo que es curioso es que, como yo lo corté después de haberla estudiado mucho, según el público, la hago más corta o más larga. En el escenario, ya tenés como un sexto sentido que te dice “este público es para una hora y cuarenta y cinco”, y vas agregando todas las cosas que has sacado. De golpe me doy cuenta que es un público muy juvenil, que está atento pero que se mueve, y le aplico todos los cortes. Es curiosísimo. Pero creo que la hora y media es perfecta para un espectáculo así.

—¿Cómo reacciona el público cuando entrás en escena y anunciás que vas a dar la receta de una torta?

Ch. Hay gran sorpresa. Porque la gente que va al teatro siempre va en un estado de espíritu muy lindo —así lo espero, por lo menos. Pero cuando va a ver “Emily”, realmente piensa “qué culto que soy, voy a ver “Emily”. (Te lo digo un poco en broma, ¿no?, pero hay algo de verdad). Entonces aparece Emily, en aquel ámbito tan lindo, que es una especie de romántico amontonamiento de muebles. Y el público está esperando el gran mensaje literario, y lo primero que ella hace, a la cuarta o quinta frase, dice una receta de cocina. Yo, cuando leí la obra, me dije: “Qué extraño que este hombre haga esto”. Pero si el autor tiene una cierta edad, como evidentemente éste la tiene, por algo será”. Y después me di cuenta de lo importante que es esa receta para el final de la obra.

Incluso, es tan importante, que yo busqué la forma —y no la encontré— de poner esa receta un poco más adelante. Porque es tan fundamental que el público la oiga, que si alguien llega tarde y no oye esa primera receta, lo puede desconcertar muchísimo el final.

Sí, esa torta es muy desconcertante para el público, y muy hábil del autor, y, para mí, es tan importante que —como te digo— la quise correr un poquito. Como la obra va desgarrando memorias, no en orden cronológico, sino como uno recuerda, la quise correr, y después no me animé. Pero siempre que llega un espectador retrasado, me digo: “¡Ay, qué lástima! ¡Si pudiera decirle que acabo de dar una receta de una torta!”.

La puesta de Alejandra Boero —que es excelente— le pone música a la receta, música de Mozart, muy alegre, saltarina, que termina exactamente con la última palabra. Esa coincidencia provocaba, a veces, el aplauso. Además es una receta muy cómica. Porque lo que no puedo explicarle a la gente es que, en aquella época, se hacían tortas para todo el año. Era, por ejemplo, la famosa torta que se hacía el día del casamiento, y se comía la otra mitad cuando nacía el primer hijo, a los nueve o diez meses. Entonces cuando yo empiezo la receta, digo un quilo de harina, un quilo de azúcar, un quilo de manteca —y la gente se empieza a reír—, diecinueve huevos... Una vez, una señora me dijo: “¡Imposible!”. Yo me acerqué y le expliqué: “Sí, señora, yo hago esta torta para todo el año”. Le expliqué, como Emily, sin darme cuenta... En fin, tantas anécdotas...

—Y junto con esta mujer que hace tortas, está la poeta. ¿Cómo está elaborada la relación con Higginson, el crítico que le niega esa condición?

Ch. Tenía fe en lo que escribía. Era autodidacta, tenía contacto con la gente que escribía. Había sido mala alumna en conducta, pero se destacaba intelectualmente. Entonces le manda sus poemas a Higginson. Claro, eran locos sus poemas. Cuando la gente critica a este profesor que la rechaza, hay que ver lo que era en aquel momento la llegada de esa poesía que se reía de toda rima, que inventaba y hacía juegos de artificios con las palabras. Entonces, a este hombre le falta visión para captar en Emily Dickinson esa cosa genial. Cuando le publica —con gran esfuerzo de ella— siete poemas, exige que sea en forma anónima. Pero ella sabía el valor de lo que escribía; y cuando este crítico la rechaza, se consuela pensando que es el mismo que rechazó a Walt Whitman.

Cuando finalmente Higginson la va a ver, ella lo espera como al Mesías (esa es la parte en que originariamente se hacía el intervalo). Entonces él le dice que lamenta mucho, pero que no sirve, que sus rimas no son ortodoxas. “Pero usted no entiende lo que yo escribo —le contesta— lo que pasa es que Ud. no entiende”. El genio no se puede explicar, Higginson era un hombre de su época, y ella estaba cien años adelantada. Pero esa amistad fue muy importante. Las cartas que se mandaron

toda su vida fueron importantes. Porque, aunque él no le publicara, el hecho de que le escribiera y le contestara, la obligaba a un ejercicio.

—Tuvo además un gran amor...

Ch. Un loco amor por Wadsworth. Mirá qué curioso. Hay una persona que yo quiero mucho: se llama Lily Stol. Fuimos compañeras, hace cincuenta años, en el Liceo Francés. Yo sabía que se había casado con un americano..., yo conocía mucho a su cuñada, que vivía en Estados Unidos —una mujer muy vinculada con el teatro—. Cuando fui a hacer la función, ahora, a Harvard, esta amiga mía, Lily Stol, está en la directiva de la parte latinoamericana, hispana, de la Universidad... Y el apellido de su marido —están separados ahora, pero tienen estupendos hijos grandes— es Wadsworth. Y es descendiente del gran amor de Emily Dickinson. Entonces, me reencuentro, después de cincuenta años, con una amiga casi del jardín de infantes..., y tienen sus hijos —y ella tuvo— el apellido Wadsworth, que fue el gran amor de Emily Dickinson... Cuando yo le pregunté “¿ustedes son parientes?”, me dijo “pero cómo no vamos a ser parientes, cuando yo me casé lo primero que me dijeron todos fue que eran directos descendientes de Wadsworth”. ¿Cómo se encuentran en el mundo las coincidencias! Lily Stol... Lily Wadsworth...

—En una de sus cartas, Emily dice: “Si el padre está dormido en el sofá, la casa está llena”. Quisiera que me hablaras de la relación de Emily con el padre.

Ch. Ese es otro punto de contacto con Emily, aunque tuvimos padres muy distintos, porque el de Emily era un padre duro. Ella sintió, toda la vida, la nostalgia del contacto, del mimo de su padre... Mirando una foto de su padre, dice: “Nunca, en toda su vida, papá nos dio un beso de buenas noches”. Yo me decía: ¿cómo es posible? Mientras vivió papá, la idea de que se fuera a acostar sin darnos un beso a todos... Y ella tiene una adoración por ese padre que como tú decís llenaba la casa. El vacío de esta casa cuando papá murió, yo estoy sentada en el que era su sillón... El trabajaba todo el día en el taller, pero siempre, de cierto modo, se le estaba esperando... Como que se completaba este ámbito, con su presencia. Yo lo sentí toda mi vida, y sentí una adoración por papá, apoyada en un ser con el cual me entendía, con el cual dialogaba, con el cual tenía mil puntos de contacto.

Y Emily tenía esa misma adoración por un ser con el cual nunca tuvo contacto. Quizás el afecto mejor pintado en la obra, que se mantiene de punta a punta, como una constante, es el afecto de Emily por el padre. “Yo sé que nos quiso —dice— pero era tan serio, tan austero. Nunca sonreía”. Y ahí hace un chiste muy gracioso: “Recuerdo, cuando fuimos a sacarnos esta fotografía, y aquel pobre fotógrafo, tratando de ser amable, tratando de que papá se sintiera cómodo. ‘Por favor, señor Dickinson, ¿no podría sonreír un poquito?’ ‘Estoy sonriendo’ —le contestó papá”. Este es un chiste colosal. Pero la relación de ella con el padre es absolutamente desgarradora. Quizás el parlamento teatral más fuerte es el de la muerte de su padre. Y quizás sea el momento —como puesta en escena— también más fuerte. Porque es una cosa dramática, quieta. Entre las partes que se refieren al padre, está, también, la escena mejor escrita, y que yo hacía con más amor, y que es cuando ella rehabilita al padre frente al público. Es cuando el padre la encuentra escribiendo de noche, a las dos de la mañana. Primero se ve que le reprocha esa actitud de estar a semejante hora escribiendo, después le pregunta qué estaba escribiendo y ella le dice que un poema. Y el padre, ante el asombro de Emily, le pide que se lo lea. Ella lo hace y le pide que le lea otro. Vuelta a asombrarse. Y luego, se ve que le da permiso para que siga escribiendo de noche; y la exime de la obligación de madrugar. Y termina con que ella lo mira y le dice: “Gracias papá” —Y cuando el padre toca la campana de la iglesia?

Ch. Sí. Ella permanentemente quería dar como la cara buena del padre. Quiere hacer ver que él, aunque parecía muy severo, tenía fecetas que lo rescataban un poco de esa dureza de no haberle dado nunca a un hijo un beso de buenas noches. Entonces cuenta dos episodios: uno es el del dormitorio, y el otro es cuando cuenta que el padre, un día que en el pueblo aparece la aurora boreal, toca las campanas de la iglesia, para que todo el mundo viera esa espectáculo de belleza increíble. Y le dice al público: “¿Quién creen que tocaba las campanas aquella noche? ¡Papá!”. Está rehabilitando al padre.

—Dado que es un espectáculo unipersonal, ¿cómo surgen los otros personajes y el medio?

Ch. Por suerte hablaste de eso. Porque a esta obra yo la llamo un falso monólogo. Emily, de la hora y media que habla, por lo menos media hora está hablando con seres que no están en el escenario. El escenario está realmente poblado de gente y ella permanentemente establece diálogos. Y, aunque no se oye más que una voz, te das cuenta, por lo que ella contesta, lo que le están diciendo. Y pasan también anécdotas. Ella, en un momento dado, corre por el escenario a un gato, lo corre, lo golpea. Y entonces, cuando lo estoy haciendo en Córdoba, el día del estreno, con mil doscientos espectadores, al poco tiempo de esa escena, aparece un gato

real. Entonces, agarro de nuevo el diario que tengo ahí y lo empiezo a correr llamándolo Buffy. “¡Fuera, Buffy! ¡Ya te dije que fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!”. Espero, lógicamente que el público se ría, pensando “cómo salió del paso, qué canchera que es”, etcétera. Silencio total. Y, cuando termina la función, viene al camarín un grupo de personas. “Por qué no se rieron cuando apareció el gato en el escenario” —les pregunto. “Pero ya había aparecido antes” —me dicen. Y no había aparecido, pero lo habían visto.

Entonces, el autor ahí demuestra una gran habilidad. No hace un monólogo como el de Hamlet. No. Es un diálogo. Y, a veces, una discusión. “¿Cómo que no? ¿Cómo que mis rimas no son perfectas? ¿Pero entonces Ud. no entiende? Y está la silla y ella le habla a la silla, y vos lo ves. Cuando no dialoga con alguien en el escenario, dialoga con el público. En un momento dado muestra una foto y dice: Este es mi hermano”. En un ensayo que estábamos haciendo, estaba mi hermana Guma. Y yo tomé la foto y como no sabía donde meterla se la di a Guma. Me dice Alejandra Boero: “Dásele siempre a alguien del público”. Y la gente adoraba eso. Yo le daba la foto a alguien y se sentía como privilegiado. Y en la foto estaba el retrato del abuelo de Manucho Mujica Láinez. Porque yo tenía una foto de época, divina; pero en Córdoba desapareció. Y una vez que me llegué a comer a lo de Manucho —que es muy amigo mío, le dije a una vieja tía suya —Martha Láinez—: “Necesito una foto de un hombre buen mozo del año más o menos tal”. “Pero, mi querida, te doy la de mi abuelo”. Entonces cada vez que miro en el escenario la foto del hermano de Emily, estoy mirando la foto del abuelo de Manucho Mujica Láinez.

—Yo quería preguntarle sobre los temas; en realidad muchos de ellos ya los traté.

Ch. Hay un tema muy importante —quizás el punto más de contacto con Emily— que es un delirante amor a la vida. En algunas frases, yo hacía hincapié, porque es una filosofía de vida tan definida que a mí no me sorprendería que, en el futuro, algún estudioso de la obra de Emily Dickinson creara una filosofía que se llamase “el emilismo”. Absolutamente es el permanente agradecimiento por el milagro de la vida; esa mujer no le pide al mundo, no le pide a su vida grandes cosas heroicas. No tuvo el gran amor —o lo tuvo y se frustró—, vio morir a sus seres queridos, vivió una existencia opaca, encerrada en su cuarto. Pero el amor a la vida la hace casi delirar de felicidad. Y dice una frase que yo la podría decir todos los días de mi vida y es: “Yo encuentro el éxtasis con sólo vivir. El mero hecho de sentirme viva es suficiente alegría para mí”. Es de un optimismo delirante. Y es una mujer que encuentra, como he encontrado yo en la vida, una inmensa felicidad en las pequeñas cosas. O sea, que yo me levanto, tomo mi café, acá sentada con el diario, y soy feliz. Y eso en Emily es una constante; ella tiene adentro una cuota permanente de sonrisa frente a la vida.

Después tiene las grandes preguntas del más allá; las grandes rebelías frente a las cosas ante las que cualquier persona es rebelde. Me acuerdo de una frase de Ernesto Sábato: “Yo dudo de la existencia de Dios cada vez que muere un niño”. Y la única cosa que a Emily la hace gritar como un animal es la muerte del niño. La muerte de su padre la lleva con dulzura y la de su madre también; pero la del niño la rebela. ¿Quién no ha pensado esto alguna vez? En este sentido, se re-



bela frente a las cosas que nos rebelamos todos lógicamente, porque aun para la gente que tiene fe, como tengo yo, hay explicaciones que, por el momento, no tenemos. Pero ese amor a la vida, a mí me impresiona mucho, muchísimo...

—¿Cómo recrea Emily su propia muerte?

Ch. Bueno, esa parte está cortada. Hay un parrafito muy lindo hacia el final de la obra, es cuando ella dice que se sintió mal y, al despertar, ve a su familia alrededor y piensa que ya está muerta. Pero se da cuenta que lo que tuvo fue un desmayo. Nosotros lo cortamos eso, y queda un poco colgado el misterio de su muerte...

—Hacia el final de la obra Emily dice “Esta es mi carta al mundo que jamás me escribió”...

Ch. Ese es un poco el poema de Emily Dickinson.

(China dice el poema)

“Esta es mi carta al mundo que jamás me escribió.

Las simples noticias que la naturaleza me dio con tierna majestad.

Su mensaje está consignado a manos que no puedo ver.

Por amor a ellas, dulces compatriotas, juzgadme tiernamente... con amor”.

—Un poco, en Norte América, es a través de este poema, “This is my letter to the World, como más se la conoce. Escribió cosas más lindas, pero esa frase es terrible porque es su soledad. Ella le escribió, el mundo no le contestó.

Mucha gente, como ya viene el final de la obra, piensa que va a terminar con ese gran poema de Emily. Y ahí viene la genialidad del autor, que pega la vuelta y levanta la obra con un acorde final.

—¿Te sentís portadora de esa carta?

Ch. No es solamente Emily, es el grito del espíritu en el mundo de hoy, del hombre que está haciendo cosas del espíritu, y que no se escucha porque hay ruido de balas, de huelgas, porque hay ruido de gente descontenta, o porque hay ruido —qué querés— de cacerolas...

El mundo está lleno de gente descontenta, y estas cosas del espíritu, generalmente, no van a ningún lado. En un mundo conflictuado, económicamente angustiado, hay Emily. Y esa carta —“Esta es mi carta al mundo que jamás me escribió”— para mí es un mensaje del espíritu, no de Emily, sino de todos los artistas del mundo actual que, con los problemas que hay, siguen produciendo. Es un problema muy clave, muy desgarrador... Y ella lo dice, en la puesta de Alejandra Boero, sacando del baúl sus poemas, casi dos mil poemas... Es la soledad del artista en el mundo actual, el artista desprotegido. Es el taller de mi padre que se cae a pedazos, hace ocho años, que no lo arreglan... Y es el clamor nuestro “¡por favor! ¡hagan algo!”. Está toda la obra de papá ahí. Tuvo que venir un señor particular, un amigo entrañable: “Que yo arreglo. ¿Qué es lo más importante? ¿El piso? Bueno, yo lo pongo”. Y de su bolsillo paga un arreglo, para que ese taller del viejo escultor no se desmorone. Yo decía “esta es mi carta al mundo que jamás me escribió”, y veía el taller de Punta Carretas de papá, viniéndose abajo, con goteras, resquebrajado, con el piso podrido...

Son todos los artistas del mundo diciéndonos: “¡Escuchémoslos!” Para mí es eso. Es terrible esa poema.

—Finalmente esa pregunta, en la que también va implícito un deseo: ¿Qué significaría para ti, “Emily” en el Uruguay?

Ch. ¡Imaginate qué significaría! Sabés que yo no puedo hacerlo acá, no se me permite trabajar. Me vieron muchos uruguayos —¡por suerte!— en Buenos Aires. Yo sabía cuando había uruguayos en la sala y, a veces, me dirigía a ellos. Me acuerdo que, el 25 de agosto, dije: “Como sé que hay uruguayos en la sala, para todos, un abrazo”. Y se armó una...

Espero hacerlo... espero hacerlo... Conociendo, como conozco al público uruguayo, no dudo que esta obra tendría una gran recepción. Porque es un espectáculo muy misterioso, muy mágico, muy espiritual, y muy directo y muy humano. Es como un gran respiro en un mundo tan violento. Es lo opuesto a la violencia. Es un reencuentro con el espíritu. Y te digo que te ayuda. Es una obra que ayuda y que el público de hoy, en cierta forma, necesita.

Yo ahora me voy del Uruguay, me voy a filmar a la Argentina. Pero esta gira no se terminó. No se hicieron todas las plazas porque hubo un problema; pero los productores quieren hacer las que faltaron. Concretamente: Bogotá, Costa Rica, Puerto Rico, Panamá, Israel. O sea que la última página de “Emily” todavía no se escribió...

En su momento, el mundo no oyó a Emily Dickinson, China ha llevado esa voz al mundo, y nosotros, hoy, no podemos oírla.

Queda una página de “Emily” por escribir. Inscripto en ella está nuestro Uruguay, porque tiene que estar.

Jenny Barros

REPORTAJE

Deformar a lo héroes ¿no es vilipendio?

¿Quién me iba a decir a mí, grumete epigonal en la estela de los galones de Rivera y de Batlle, que iba a terminar ejerciendo con indignada piedad la defensa de Juan Antonio Lavalleja!

Desde que le levantaron al pobre, en la Plaza de los Bomberos, esa contrachecha figura con sable en mano sin carabina a la espalda, que aprieta los dientes, cabezona y mal proporcionada, creo que he estado esperando, casi hora por hora, que saliera algún lavallejista a romper, profestando, alguna lanza en favor del Jefe de los Treinta y Tres. Alguien del tipo del ilustre Don Eduardo de Salterain y Herrera, autor del mejor libro, creo, sobre Juan Antonio. O alguien, por lo menos, como Aníbal Barrios Pintos, mi amigo, o como mi viejo y entrañable Claudio Williman, para citar a dos anticolorados de toda la vida. Pero nada. Nadie.

Al ensayar ahora estas defensas me siento un poco, pues, como el gran Macedonio Fernández, cuando mandó al banquete la legendaria tarjeta excusatoria: "Como el amigo a quien pedí que faltara por mí, a último momento me comunica que no puede hacerlo, me veo en la necesidad de faltar personalmente..."

Así, a mi pesar, salgo personalmente a defender al Brigadier General Juan Antonio Lavalleja, figura y héroe central del cuadro sobre la arena, con juramento, pintado por Juan Manuel de Blanes. Y también personaje protagónico de "La Leyenda Patria" de Don Juan Zorrilla de San Martín y, por si fuera poco, jefe además del desembarco del 19 de abril de 1825. Lo hago porque este último "homenaje" del proceso, enfundando el rostro del hombre de Sarandí en los inflacionarios billetes de cinco millones de pesos viejos, con arrasamiento de toda posible verosimilitud fisonómica del héroe, constituye un golpe respecto del cual el prócer tiene un evidente derecho a que lo socorran protestando. Es lo que intento, entre otras reflexiones, acometer en esta nota.

Búsqueda de abuelos

Está en la naturaleza de las cosas que aquellos movimientos que carecen de raíces o de justificaciones profundas en la historia, las busquen ávidamente. Como lo está también que aquellos movimientos que carecen de porvenir intenten inventárselo, o predeterminarlo, y busquen hacia atrás apoyos en que afirmarse, como para tomar impulso en el salto hacia la posteridad que les está radicalmente negada.

El proceso que desde 1973 manda en nuestro país no ha sido naturalmente ajeno al fenómeno que describimos. A propósito del mismo demostró además, desde sus horas iniciales, la limitada vinculación que mantiene con algunas de las características claves del espíritu nacional. Así por ejemplo cuando rompió con homenajes el casi piadoso silencio que los orientales consagrábamos al recuerdo decreciente del Coronel Lorenzo Latorre. O cuando sobrepuso concursos, exaltaciones y monumentos a la



Doña Ana Monterroso aconsejó probervialmente a su marido, que exageraba la humildad, aquello de "¡Date corte, Juan Antonio!"

En la estatua de la Plaza Artola, Lavalleja ignora la recomendación. El que la sigue, en cambio, es el caballo, que irradia imponencia y vanidad. En un cuento de Paco, un caballo se transforma en enorme bagre. ¿Este es el caballo de Lavalleja o el bagre de "Rodríguez"?

información ínfima que, para bien de Francisco Solano López, los orientales teníamos de Francisco Solano López.

Sin hablar de Leonardo Olivera, glorioso caudillo patrio del Sudeste, cuyas hazañas le valieron en vida el grado de coronel. Y que como coronel fue honrado y recordado por la admiración de los orientales durante más de un siglo. Hasta que vino el proceso y así, de golpe, lo hicieron de un solo plumazo General y Ruta 9.

Todo esto de nada sirvió sin embargo a quienes lo promovieron. Latorre que practicó la austeridad, Latorre que no aceptó jamás ser ascendido a General por el régimen del cual era figura dominante, no es apto —era cruel, era irrespetuoso de la voluntad popular, era incomprensivo de la suprapersonal autoridad de la ley— para organizar en torno a la osatura de su personalidad, lo que desde Artigas los orientales consideramos virtudes irrenunciables de un caudillo.

Todos los intentos reivindicativos de otras figuras del pasado, impulsados a partir del proceso y de su visión castrense de la vida colectiva, fracasaron por igual. Como correspondía a la filiación predominantemente blanca y al radical anti-batlismo de las figuras principales del movimiento del 73, los intentos en cuestión se orientaron siempre hacia figuras del Partido Nacional, desde Aparicio Saravia a Leandro Gómez. Cuadra a nuestra lealtad de adversarios subrayar, sin embargo, que la devoción profesada a esas figuras históricas por mayorías blancas innega-

blemente contrarias al proceso, destituyó de sentido los intentos.

Fue entonces, en estos años últimos, que los estrategas histórico-publitarios del proceso, tomaron la pala para trabajar con la figura de Juan Antonio Lavalleja.

Hay destinos

Ha estado un poco desde siempre (o por lo menos desde que se murió) en el destino de Lavalleja esto de que lo trajeran para apuntalar situaciones de facto.

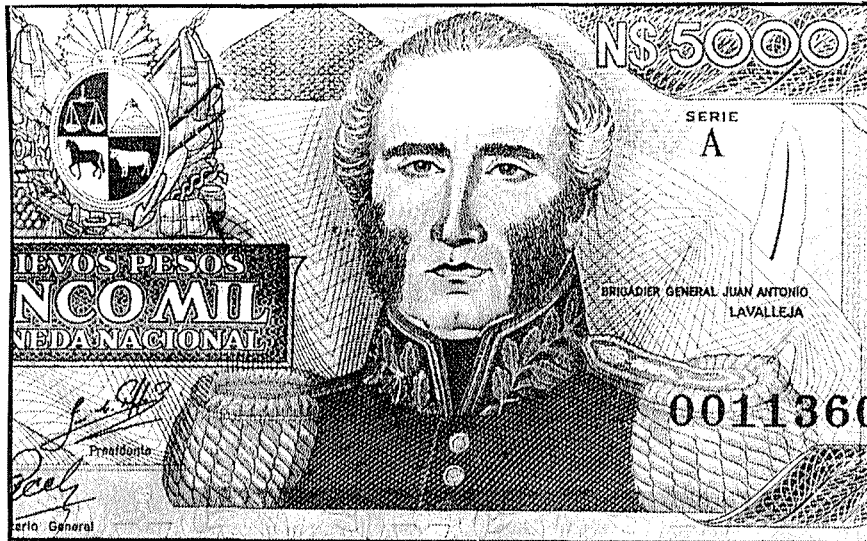
Hace un siglo y un lustro fue Latorre quien ordenó se inventara la actual versión de los 33 Orientales, obra que el destino reservó al genio, ya que no poético, cuando menos de "public relations" de Juan Zorrilla de San Martín.

Entendámonos: entre otras muchas cosas humanamente notables en que es pródiga la excepcional historia de este retazo de planeta que antes pertenecía a los uruguayos, los acontecimientos de 1825 ocupan un lugar levantado. Algún día habrá que escribir de verdad lo que entonces ocurriera, poniendo cada cosa en su sitio, cada acontecimiento en su fecha, cada hombre en su estatura justa. Tal vez ese día no se hable ya de 33 Orientales — no fueron 33 sino 39 ó 40—, de los cuales orientales eran sólo algunos, mezclados con un francés,

en el Arenal Grande. Desembarcó en la noche y hacia el monte, y no a la luz del día, como corresponde a un oficial que carece de caballos y no quiere regalarse. El Arroyo donde no desembarcó, no se llamaba tampoco la Agraciada sino La Graseada (como quien dice La Charqueada). Y ello por las matanzas de vacas que allí habíanse hecho algún día. La historia de un nombre geográfico instaurado como reconocimiento a una joven "agraciada" se cae sola. La toponimia criolla no tolera palabras difíciles. Hubiera dicho sólo Arroyo de la Linda. O de la China.

Toda esta hojarasca, más propia para transmitir los dudosos ideales estéticos imperantes en 1879 (e infortunadamente prolongados en muchos hasta ahora), que para recoger la verdad de la historia, ha cubierto la figura de Juan Antonio Lavalleja.

Con el respeto que el pasado reclama y que el tiempo apisona, digamos una vez que no es servir a la memoria de Lavalleja proclamarlo como "El Libertador". Ese exceso fue meramente generoso o dolido y se ubica en el decreto con que Venancio Flores honró a Lavalleja muerto, el día que murió. Pero no tiene sentido repetirlo a casi siglo y medio de aquella fecha. Lo que hay que decir, en cambio, es que los orientales no tienen en nadie a "el" Libertador. Nos libertaron muchos, y entre los muchos, el primero fue sin duda el



Con los ojitos muy juntos (o muy separados) y con un levísimo estrabismo, montado sobre la nariz inquisidora que seguramente no tuvo, este retrato tiene poco que ver con el marido de Ana Monterroso. Lavalleja no es éste. Este ¿quién es?

varios entrerrianos, algún porteño, algunos paraguayos y también isleños del Paraná sin más patria que el agua y el pajonal lleno de víboras predeterminado por Horacio Quiroga.

Lo que quiero decir es que esa historia de verdad, trasuntará una gesta estúpida, mejor que la difundida a partir de la escuela oficial, por el simple hecho de contener menos bronce y más carne, menos mármol verbal y más deslavado coraje de civiles enredados en la rabia de la libertad irrenunciable.

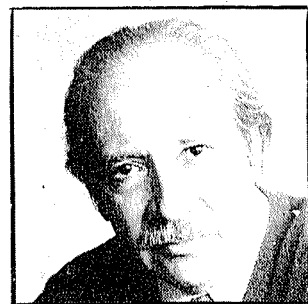
Esa historia sin embargo no se ha escrito. En su lugar se despliegan los hechos de la versión que cantó Zorrilla y que hacen de Zorrilla, desde el concurso que ganó en 1879 en la Florida, el principal beneficiario de la gloria de la Leyenda Patria. Es el destino de Lavalleja. El estanciero por entonces propietario de la costa donde Blanes los ubica en su cuadro, entusiasmados de inverosímil juramento, convenció al país y al Gobierno que Lavalleja había desembarcado en la Agraciada, en la mañana del 19 de abril.

No desembarcó en la Agraciada sino muchos kilómetros más arriba,

vencedor de Rincón, concertador de la estrategia de Sarandí y reconquistador de las Misiones: Rivera.

La manera de honrar a los muertos que se juzgan grandes, no es, por otra parte, cubrirlos de palabras. Ni vincularlos a los errores de quienes les rinden homenajes. Ni erigir monumentos de dudosa factura. Ni dibujarles caras inventadas en los billetes de banco.

Hay maneras mejores de honrar a los muertos. Entre ellas, la de permitirles descansar en paz.



Manuel Flores Mora

Todo lo que se exporta nos importa

Pero además atendemos sus importaciones a través de las 300 sucursales de KUEHNE & NAGEL en todo el mundo.

KUEHNE & NAGEL



EMPRESA INTERNACIONAL DE CARGAS

dir-express

Río Negro 1394 Esc. 802
Tel. 90 05 33 - 90 06 17 - 90 21 76 - 91 39 28
Telex UNIDEN UY 6320 - Montevideo - Uruguay